

AYUNTAMIENTO DE MADRID

REVISTA
DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO IX.—JULIO, 1932.—NÚMERO XXXV

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

DIRECTOR:
MANUEL MACHADO

Redactor Jefe:
A. MILLARES CARLO

SUMARIO

RAMÓN CARANDE. — *El obispo, el concejo y los regidores de Palencia (1352-1422)*

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA. — *La doncella que se sacó los ojos.*

A. R. RODRÍGUEZ MOÑINO. — *Fray Luis de León y Fray Héctor Pinto.*

JUAN MILLÉ Y GIMÉNEZ. — *Miscelánea erudita.*

VARIEDADES: JOSÉ CASCALES MUÑOZ: *Nacimiento, vida y muerte de la romería madrileña de «La Cara de Dios».* — NARCISO ALONSO CORTÉS: *Sobre la «Fiesta de toros en Madrid».*

RESEÑAS: Cervantes Saavedra, Miguel. — *Don Quijote de la Mancha* (S. DE R.). — M[artínez] Vélez, P. Pedro. — *Leyendo nuestras Crónicas. Notas sobre nuestros cronistas y otros historiadores* (AURELIO BAIG BAÑOS). — Ballesteros Beretta, Antonio. — *Historia de España y su influencia en la Historia Universal* (J. DELEITO Y PIÑUELA). — Salaverría, José María. — *Iparraguirre. El último bardo* (S. DE R.). — Villaurrutia, marqués de. — *Fernando VII, rey absoluto. La ominosa década de 1823 a 1833* (J. DELEITO Y PIÑUELA).

BIBLIOGRAFÍA por AGUSTÍN MILLARES CARLO, JENARO ARTILES y AGUSTÍN G. IGLESIAS.

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, calle de Fuencarral, 84, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año.....	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO IX

JULIO, 1932

NÚMERO 35

EL OBISPO, EL CONCEJO Y LOS REGIDORES
DE PALENCIA (1352-1422)⁽¹⁾

APORTACIÓN DOCUMENTAL SOBRE EL GOBIERNO
DE UNA CIUDAD EN LA EDAD MEDIA

Homenaje a Enrique Finke.

Pronto percibe quien se insinúa en los parajes de donde arranca y en que se manifiesta la organización del gobierno de las ciudades castellanas, la escasa firmeza del suelo que pisa, impresión determinada tanto por la falta de luz sobre diversos temas esenciales —aún no esclarecidos—, como por la invalidez de muchas de las contestaciones ofrecidas hasta ahora. Así, no ha precedido a esta comunicación el resultado de particulares averiguaciones, previas mientras alguien más acometedor no se aventure a emprender la labor arriesgada de sustituirlas, en conjunto, con la amplia tarea de recorrer el material y captar el número de respuestas precisas, si aspira a conocer las modalidades del gobierno, en sus órganos y funciones, de las ciudades castellanas en la baja Edad Media. De aquí que estas notas, obtenidas sobre el material de un archivo más bien pobre, y válidas —sin prejuzgar al detalle su correspondencia con la evolución general— para la órbita de una ciudad pequeña, nazcan con vicio de localismo. Otro defecto tienen: escaso número de referencias a fenómenos coetáneos distantes de Palencia. Éste será más fácil de remediar pronto.

(1) La primera redacción de este trabajo se leyó en la Semana de Historia del Derecho, abril de este año.

Se ha servido el autor en sus consultas de las dos obras fundamentales para la historia de Palencia; pero tanto la *Silva palentina*, manuscrito inédito del siglo xvi, del arcediano Alonso F. de Madrid (2), como la *Historia secular y eclesiástica*, de Pedro H. del Pulgar (1679-80), apenas rozan problemas institucionales. Alguno de los autores modernos apunta hacia este campo, pero no pasa de ahí.

Lo esencial de cuanto tiene cabida en este breve estudio procede de fondos inéditos del Archivo Municipal de la ciudad. Se aspira a determinar en él cuáles fueron los órganos del gobierno municipal durante el período recorrido y a descubrir, sobre las fuentes, la acción de las fuerzas políticas y sociales actuantes en la vida de la ciudad.

I

El obispo D. Raimundo (1150-1184), segundo de este nombre, concede fuero al concejo de Palencia en 23 de agosto de 1181 (3). No ha de entrarse en las cuestiones numerosas que el fuero suscita y la referencia valga de punto de partida para un estado de derecho que se invoca, en varios momentos durante la Edad Media, con ocasión de luchas —de toda índole— frecuentes en la ciudad.

Tanto por los obispos —en alegación de prerrogativas reconocidas en el fuero— como por el concejo —para combatir vulneraciones causadas por prelados omnipotentes—, se aduce la letra de sus disposiciones. Y estas discrepancias, que en más de un caso se manifestaron con extraordinaria violencia, prueban bien claro las proporciones que quisieron dar los obispos a su señorío, y, a la vez, la perseverancia acreditada del concejo en defensa de sus derechos y, de cierto, en la conquista de un grado mayor de autonomía.

El concejo hubo de habérselas con poderosos contradictores. Si no poseyésemos otros testimonios, lo acreditaría la talla bien destacada de sus señores, patente en las altas dotes de varios prelados palentinos, o en la preeminencia de los oficios cortesanos que les confiaron los monarcas de Castilla y que sirvió de poder avasallador para cercenar, en algún caso, los derechos y privilegios de la ciudad vinculados tradicionalmente en el concejo.

Como no ha de hacerse aquí, ni en sumario, una historia de los obispos palentinos, y se prescindirá de mencionar muchos nombres, sirvan, como ejemplo de lo antedicho, respectivamente: D. Tello de Meneses (1211-1246), inspirador y sostén de la primera Universidad real que conoció Europa;

(2) Hace tiempo prepara el docto canónigo D. Matías Vielva una edición de esta interesantísima obra.

(3) El texto lo publica Hinojosa en sus *Documentes*, págs. 187-198.

preclaro consejero, después, de Fernando III, todo un tipo de hombre, bien distinto por cierto de D. Juan Alfonso (1278-1293), quien, con o sin sangre real (4), llegó a ejercitar, durante el reinado violento del hijo de Alfonso X, un grado de poderío tan omnímodo como el que describen los procuradores años después, ante doña María de Molina y Fernando IV, con estas palabras: «si en tiempo del Obispo D. Juan tomó alguna cosa, tomonoslo por grand poder que avia contra derecho e contra nuestra voluntat, nos querellando siempre, e veyendo el rey D. Sancho, que Dios perdone, que passaran algunas cosas contra los ssus derechos e contra nos, e veyendo el poder quel Obispo touo del de la chancelleria, e de las otras cosas, reuocó todas las cartas e preuilliejos e las otras cosas quel Obispo auia tomado contra los ssus derechos e nuestros, del conceio» (5).

Claramente se reconoce el concejo privado de armas propias lo bastante recias para contener aquellos desafueros. Si algo le defendió fué la misma arrogancia del prelado, canciller mayor de Castilla, al atentar contra los derechos de su rey. Ello sirvió para que éste restableciera los fueros de la ciudad. Síntoma hartó repetido, durante la Edad Media castellana, del grado de independencia política de sus municipios, que tantas veces, si se alcanza, es como dádiva resultante del juego de alternativas en el predominio de fuerzas extrañas, es decir, fuerzas que no incorporaban las ciudades mismas. Falta de autonomía explicable por razones de índole social y económica: el comedido relieve dentro de la sociedad de entonces de la auténtica burguesía castellana, inerte con frecuencia en aquellos siglos. Hay, con todo, indicaciones posteriores, pese a la carencia de documentos reveladores del grado coetáneo de desenvolvimiento económico de Palencia, útiles para apoyar la creencia en que no fué una de las más débiles, si se considera que el señor, tan poderoso, vivía intramuros.

Desde luego contaba Palencia con una población muy reducida, como intentará probarse. Material directo, ni aun indirecto sobre el particular, en la primera mitad del siglo XIV, falta en absoluto; no sólo de la densidad, sino de la composición del vecindario y de su división en profesiones. Lo que haya de buscarse para conocer algún rasgo de su vida económica, hay que perseguirlo por otro camino, y sin grandes apoyos. Se citan nombres de algunos menestrales: tejedores, pellejeros, tundidores, curtidores, etc. Se dice que el barrio de La Puebla fué, desde un principio, el más industrial de la ciudad, que comprendía, además, estos: Puente, Domingo Lobón, Don Velasco, Vado y Cruz (6). Todo ello es bien poco. Una alegación de cierto privilegio de Fernando IV (1304) acentúa la verosimilitud de algún sello mercantil, cuando dice: «los mas de los omnes que moran en la dicha cib-

(4) El arcedianio del Alcor le llama tío de Sancho IV. Véase también la *Historia de Sancho IV*, de Mercedes Gaibrois de Ballesteros, que ofrece datos de su genealogía.

(5) Testimonio extendido en Valladolid, 28 y 29 de mayo de 1298. Se conserva en el Archivo municipal de Palencia. Lo publicó F. Simón Nieto, *Una página del reinado de Fernando IV*, 1912.

(6) Libros de acuerdos, 1924. Las partes integrantes de la ciudad y su término, sesmos, son unidades administrativas, entre otros efectos para la tributación. Precisamente para todo lo relati-

dad uiuen por mercaderias, e an de andar por la mi tierra, de unos lugares en otros, e, demas, que la mantenencia desta cibdad es assi de pannos e de mercaderias... como de todas las otras cosas que an menester, e an de traer de otras uillas e logares fuera de su término, porquel su término es pequenno e lo non an y» (7). Si, fundadamente, se piensa que faltaban pobladores, siquiera fuesen muchos de ellos tan activos y trajinantes, no sobraba tampoco solar a los mismos para abastecerse, en abierto contraste y desventaja con la extensión de los dominios de sus prelaños, fuera de la ciudad: próximas a ella, numerosas fortalezas; y distantes, en los límites extremos al norte de la actual provincia, las tierras de Pernía, cuyo condado ostentan los obispos de Palencia desde Enrique III.

Son muy escasos los pasajes del fuero de D. Raimundo expresivos de la fisonomía política del señorío. No señala prerrogativas distintas de los numerosos emolumentos, penas pecuniarias sobre todo, que le corresponden como representante de la justicia en la ciudad, función que absorbe facultades varias, fuente primaria de jurisdicción; más allá de esto los preceptos desarrollados son los declarativos del patrimonio territorial del obispo y de la Iglesia, dentro de la ciudad. La oposición, con tanta frecuencia delatada en los documentos—como sedes de derechos antagónicos—entre concejo y palacio, es muy representativa. Este, el palacio episcopal, incrustado con sus pertenencias dentro de la ciudad, constituye «una residencia completamente desligada del derecho propio de las restantes casas del lugar» (8). De fecha más avanzada existe dato probatorio, en lo dominical, de este deslinde de pertenencias. Consta en los Libros de acuerdos, año 1424, la declaración de que el suelo de la ciudad pertenece al concejo. Así se afirma con motivo de haber comenzado a labrar vivienda un vecino, junto a su vergel, delante del palacio del obispo, por cierto, y con la autorización exclusiva de éste. Reunido el concejo a propuesta de los alcaldes, deciden, para que no perezca el derecho de la ciudad, personarse en la obra y derribar lo edificado, como en efecto se cumple (9). No faltaron las consiguientes reclamaciones del prelado.

Repetidas contiendas se dan a menudo cuando se quiere trazar los límites que habrían de definir el ejercicio de algo tan inherente al señorío como la facultad de eximir del pago de tributos, mediante la declaración de sujetos exentos, o francos, a los llamados por esto mismo, excusados. De modo correlativo también en el reconocimiento de la parte del obispo sobre ciertos gravámenes en el disfrute del privilegio, tan difundido y tan provechoso, relativo al estanco de su vino. De ello ha de hablarse.

vo a este resorte se designa, eligiéndose entre los vecinos mejor dotados de cada uno, cuatro personas a quienes se encomienda la determinación de los patrimonios de sus convecinos, solidariamente obligados. Se nombran, también, dos «quadrilleros» por cada sesmo. Nombramientos análogos se llevan a cabo para atenciones militares. Así consta en los libros de acuerdos de los años 1421 y 1422.

(7) Lo cita Quadrado, *España y sus monumentos*, pág. 378.

(8) Mayer, 2, 111, 11, pág. 219.

(9) Archivo Municipal, Libros de Acuerdos, 1424.

Cada una de tales prerrogativas dió lugar a contiendas, contiendas alentadas por el poco respeto otorgado a los parvos derechos dominicales reconocidos en el fuero al concejo.

De la intervención del obispo en el gobierno de la ciudad, propiamente dicho, ya por sí, ya confiriendo delegaciones, nada dice el fuero. Tampoco de las reuniones o asambleas del concejo. Ni se mencionan en sus preceptos otros oficiales que los del mismo obispo: Merino, Sayón, Portero, además de los servidores que declara exentos el párrafo relativo a los excusados (10). A los trece del obispo agrega un privilegio de Alfonso X (10) los siguientes para todo el cabildo: mayordomo, merino, portero, cellerizo, carpintero, herrero, pastor, molinero, hortelano, sayón, lavandera, y si los canónigos comiesen en refectorio, el cocinero. A éstos, que llama «comunales», suma uno para cada canónigo, no menos de sesenta. De las reservas reconocidas al concejo en este documento se dirá algo más adelante.

Interesa anotar que el señorío episcopal, otorgado por los reyes, tenía sus límites en derechos que los monarcas conservaban. Se sabe que así fué. Se ha aludido a ello con motivo de las intrusiones de D. Juan Alfonso. En dos ocasiones (12), por lo menos, lo recuerdan los monarcas. Nunca fué su intención que los obispos de Palencia tuvieran «el sennorio, nin las alçadas, nin el poder que auemos de facer alcaldes de la hermandad en la cibdat..., nin toller al Conceio dende ninguna cosa de las juderías, nin de las morerías, nin de los pesos», ni algún otro derecho real o concejil. Pero no se olvide que, como a su señor, manda Alfonso X, en 1256, haga el concejo homenaje al obispo. Así como tiempos después ordenó Don Juan I, en 1383, que pues el obispo tiene al señorío de Palencia, castigue los bandos (13).

En cuanto a los derechos no enajenados del concejo, muchos más podrían haberse mencionado, y si se limitan a éstos es porque sobre ellos versó la sentencia en el pleito sostenido con D. Juan Alfonso, y por no ser el segundo documento más que una confirmación, de tiempos de Enrique III.

Bajo la minoría de Fernando IV y el obispado de D. Álvaro Carrillo (1296-1309), «hombre belicoso», según el arcediano del Alcor, quiso el prelado, olvidando la revocación de Don Sancho, ejercitar aquellos derechos y, con los mencionados, el de tener las llaves de la ciudad. La contestación a estas pretensiones se conserva (14), y es sumamente hábil la que oponen en lo referente a la guardería de la ciudad y tenencia de las llaves, propias del concejo, porque si así no fuese —dicen los procuradores del

(10) Es el 28, y dice así: «Maiorimus episcopi et maiorimus et sagio et carpentarius et ferrero et repostero et azemelero et portero et hortolano et molinero et lavandera et pastor et magister maior de pescaria, omnes isti homines predam de episcopo non dent aliqua facendera, set sint escusati de toto.»

(11) Uclés, 1 de mayo de 1260.

(12) Valladolid, 8 de enero de 1287, y Burgos, 20 de febrero de 1392.

(13) 3 septiembre, Segovia, a D. Juan de Castromocho, obispo entonces.

(14) F. Simón Nieto, obra cit.

rey—, «non podríamos ffacer omenaie, nin guardar la uilla para uos». Merece asimismo conservarse la razón que invocan los procuradores cuando se allanan a otra cosa que se les pide en 1298. Acceden, en virtud de ser así «como dice el fuero del obispo D. Remondo». Si en 18 de julio de 1256 había dado el rey sabio a Palencia el Fuero Real, no arraigaron sus preceptos, como en varios sitios ocurrió.

De los más próximos sucesores de D. Álvaro no quedó rastro en las relaciones de la ciudad. Los dos inmediatos, ocuparon muy poco tiempo la sede. El tercero, D. Gómez (1315-20), lo bastante para dejar memoria de su desventura. Cuenta el arcediano del Alcor cómo al llegar un día adonde estaban administrando justicia los «alcaldes, este D. Gómez, obispo, cabalgando en una mula, hubo ciertas pláticas con los alcaldes y con otros. Y no solamente le dixerón injurias, más aún, que pusieron las manos en él y unos le tomaron de las riendas de la mula y otros diz que le hirieron y le siguieron a pedradas hasta su casa» (15).

II

Palencia fué testigo en los primeros años del xiv de turbulencias, intrigas y deslealtades. Sitiada la ciudad por D. Juan, tío del rey, gracias a la astucia y al denuedo de súbditos fieles pudo conservarla Fernando IV. Premia el rey al concejo con el castillo de Tariego, vigia señero de aquellas tierras. Les exime (16) «de fonsado e de fonsadera e de servicios, e de apellidos, e de otra fazendera, e de todos los otros pechos..., salvo de moneda forera..., de siete en siete años, e de yantar una vez en el año... e de martiniega». Antes ya habían sido declarados exentos de portazgo (17). Los estragos de entonces fueron enormes. No se repuso la ciudad en el curso de este breve reinado, ni en la minoría de su sucesor, época que, en Palencia, remata Alfonso XI.

El rey, bajo la tutela de D. Juan, tuvo en cuenta aquellas calamidades y quiso contribuir a remediarlas. Dos cartas suyas lo acreditan (18). Para que la ciudad se poblase mejor y aminorar el daño del encabezamiento de la martiniega, al ver como el descenso del número de habitantes determinaba un aumento correlativo de las cuotas individuales en la derrama,

(15) Fol. 19 de la copia existente en la Biblioteca Nacional. Dos muy anteriores, alguna coetánea del autor, existen: una en la Academia de la Historia y otra en la Biblioteca de Menéndez y Pelayo.

(16) Valladolid, 1 de febrero de 1300.

(17) 30 de junio de 1924. Reyes posteriores confirman estos privilegios.

(18) Una de septiembre de 1322. El mal estado del pergamino impide leer día y lugar de su otorgamiento. Y la otra, de Palencia, del 20 de abril de 1324. Ambas se conservan en el Archivo Municipal.

baja lo que a Palencia correspondía en cerca de una tercera parte, a 4.600 maravedises anuales.

La martiniega fué una forma de capitación graduada, en la que cada vecino asumía la obligación de contribuir en una cuota convenida, teniendo en cuenta su posición económica en su carta de vecindad cuando se extendía ésta, y que en el fondo constituía, con la diversidad consiguiente en las prestaciones, una modalidad bastante justa del impuesto sobre humos y hogares, tan generalizado en aquellos tiempos. El hecho, debido a circunstancias distintas, de que en la martiniega participaran señores territoriales, nada abona en contra de su naturaleza (19), como tampoco deben buscarse otras distinciones entre este tributo y la marzadga, por ejemplo, que la fecha de su recaudación.

Sirva este episodio, si otras conjeturas se creyeran menos fundadas, para arrancar la evidencia de la escasísima población de la ciudad. Sabido es que no estaban exentos de martiniega —cancelada los años que el concejo servía en hueste— otras gentes que las ajenas a su comunidad, judíos, no vecinos, que formaban la aljama, de los que hubo buen número en Palencia. No alcanzaba, en cambio, a la martiniega la exención declarada de otros gravámenes. Dada la cifra anterior, y menos aún después de la merma introducida, no podría juzgarse opresivo su peso de no contar una población que apenas rebasara los 400 vecinos, libres como estaban —salvando las excepciones mencionadas antes— de otro tributo al rey. Supuesta igual la capacidad de cada vecino, les habría correspondido pagar menos de nueve maravedises. Sin duda no era éste el caso, y las palabras del rey dejan presumir máxima debilidad y absorbente predominio numérico de los más pobres, ya que los precios y jornales registrados de entonces permiten graduar aproximadamente la cuantía de la carga. La peste negra mermaría después, de nuevo, la esquilmada población; así como ya en la segunda mitad del xiv se repuso, y aumentó con mayor velocidad en el xv. En él sabemos que la martiniega llegó a alcanzar, al promediar el mismo, un cupo de 36.000 maravedises; cierto que con el hecho coinciden momentos en que culmina el envilecimiento de la moneda de Castilla. De entonces se sabe, por varias cartas de vecindad (20), que la cuota ofrecida en ellas, como era de rigor, oscila entre 30 y 40 maravedises anuales.

Las primeras cifras publicadas sobre la población de Palencia son muy posteriores, pero muy significativas (21). Dan para Palencia, en 1530, 1.364 vecinos; en 1587, 2.203; en 1594, 3.069, y, por último, en 1694, 972 (!). De la aljama de Palencia sabemos que pagó, en 1474, 2.000 maravedises

(19) Uno de los temas que requiere una labor urgente es este de la fijación de conceptos en los distintos tipos de prestaciones recaudadas durante la Edad Media en Castilla y León, por lo menos. Las dos memorias dedicadas al tema son a ratos estimables; pero más a menudo equivocadas y carentes de fijeza.

(20) Se conservan, transcritas, en los Libros de Acuerdos.

(21) Tomás González, *Censo de población*, 1829.

en el repartimiento de servicios. Cifras muy completas del siglo xv esperan su publicación.

El expediente de la martiniega dió lugar a reclamaciones del obispo, formuladas en el último año de su gobierno por el infortunado D. Gómez, quien al ver cómo mermaban en la misma proporción que los derechos del rey los suyos propios —la mitad del tributo que por señorío le correspondía—, alegó razones de tal peso, que redujeron momentáneamente el alcance de la dispensa. Momentáneamente, porque no tardó el concejo en dar pruebas de cómo el prelado ocultaba que ya en reinados anteriores los obispos de Palencia habían visto reducida la martiniega y otros tributos, por merced regia al concejo, disposiciones cumplidas en todos sus términos. En consecuencia, confirmó Alfonso XI la orden primitiva y revocó su anterior condescendencia.

Continuaban las disensiones. Se repitieron una y otra vez algaradas, que adquirían más resonancia con ocasión de las reuniones del concejo abierto, acaso en el momento de ejercitar los obispos alguno de sus tradicionales derechos: el nombramiento de merino u otros análogos.

III

Sabido es que Alfonso XI, en diferentes ciudades, llevó a cabo una reforma trascendental para la vida de los Ayuntamientos al establecer en Segovia, 1343, en Sevilla, 1344 (22), y en Burgos, León y Madrid, 1346 (23), el gobierno de los regidores. Confíale muchas de las atribuciones ejercidas hasta entonces por los concejos, con otras nuevas cuyo desempeño en cierto modo impuso el propio desarrollo municipal ante la necesidad de nuevos órganos de administración, que comienzan a dibujar sus especiales cometidos.

Reservábase el monarca, en unas o en otras ciudades, distinto grado de prerrogativas. En las más importantes persiguió una tendencia unificadora, muy en consonancia con corrientes eruditas de la época, sobradamente conocidas. Logró, más de una vez, elevar el rango de los especialmente encargados de la administración, y puso, en más de un caso, término a banderías y nuevas manifestaciones del desnivel de poderes de las ciudades. Con varia terminología se generalizaron por entonces distintas magistraturas encargadas del regimiento y se constituyeron con ellas cabildos con atribuciones propias, de composición reducida, encargadas del despacho de asuntos, cuando no por sí solos, en presencia de la magna

(22) Abundantes informes en mi «Sevilla, fortaleza y mercados» en *Anuario de Historia del Derecho español*, tomo II.

(23) Para Madrid, véanse *Documentos de la Villa* publicados por Domingo Palacios, tomo I, pág. 273.

asamblea del concejo (24). El fenómeno recorre en muchas ciudades un camino que pudiera juzgarse evolutivo, si bien no en todas se dieron las mismas modalidades, ni se acusa con análogas proporciones. Ya la diferenciación de atribuciones de oficiales en algunas ciudades fué mayor y más temprana, sobre todo, después de Toledo, en las del Sur, Córdoba y Sevilla (25). En cambio, razones de otra índole, que el propio desenvolvimiento de funciones administrativas —que rara vez dejaron de percibirse—, deben tenerse en cuenta al explicar su implantación en ciudades como Palencia, cuyo señor, por vivir intramuros, determinaba una incompatibilidad tantas veces probada entre su presencia jurisdiccional y el funcionamiento correcto de las asambleas concejiles, irritables e irritadas, sea que el obispo las cohibiese, o por complacerles el ejercicio estruendoso de sus atribuciones, cuando no la explicable propensión a extralimitarse ambos en la defensa de sus derechos. La sospecha de que cualquiera de estas razones contribuiría no sólo a sostener, sino a incrementar la discordia entre el señor y el concejo, sugiere una vez más la creencia, a falta de pruebas documentales, de que el silencio de las fuentes no es dato concluyente de que lo no transmitido falta por no haber acontecido, sino más bien por no haber llegado a nosotros testimonio escrito de ello.

En efecto, si durante el reinado de Alfonso XI —tan fecundo en innovaciones administrativas— se llevó a cabo la reforma apuntada con carácter de generalidad en la organización de los municipios, no sería aventurado imaginar que precisamente en aquellas ciudades que con más urgencia —por las razones indicadas— demandaban una sustitución de atribuciones del concejo, se implantase sin demora.

Reconstruir el camino seguido, en este caso, no es labor que pueda emprenderse con garantías de fidelidad. Pero tampoco sería forzar la imagen de una marcha lógica de los acontecimientos pensar que el rey —con medios para satisfacer al obispo y al concejo— aspirase, con las precisas contemporizaciones, a introducir en Palencia el nuevo régimen, si con él, además, eliminaba motivos de discordia y revueltas. Es, por lo demás, verosímil que los intentos tropezaran con alegaciones de una o de otra parte, y que el procedimiento se prolongara. La «avenencia» recogida en el documento de que ahora se va a tratar, por serlo, presupone un término de discrepancias, y nada tendría de extraño que sus incidencias, en gran parte, hubieran acontecido bajo D. Alfonso, aunque no sea fácil descubrirlas hoy todas. Pero «avenencia» hubo ya en el reinado de D. Pedro, en 1352, precisamente.

(24) Fruto de esta reforma, acaso el más ostensible, fué el enorme incremento de la documentación manuscrita de las escribanías, que atestigua la labor de esta nueva burocracia, no siempre estabilizada, pero vehículo en todo caso de conquistas tan decisivas como la introducción y arraigo de normas y procedimientos de recaudación y contabilidad, a partir de entonces generalizados. Este aspecto del movimiento no ha sido, hasta la fecha, examinado en nuestra historiografía, y bien lo merece, sin embargo.

(25) Por lo que se refiere a ésta, puede verse mi obra citada «Sevilla, fortaleza y mercado», en *Anuario de Historia del Derecho*, tomo II, 1925.

En el documento básico se invoca, como punto de partida, un privilegio que había extendido el rey al obispo D. Vasco. Privilegio, en cambio, que no se conserva en el Archivo Municipal.

Es la que ahora se interpreta una provisión de chancillería (Millares). A requerimiento de los comparecientes en la Audiencia real, el obispo D. Vasco y el procurador y alcalde de Palencia, Benito Pérez, que así lo pide a los oidores, se extiende la carta por mandato del oidor de la Audiencia y alcalde del rey, Garci Pérez de Valladolid, el 22 de febrero de 1352. Ello, con independencia del valioso contenido de la carta, reviste de particular interés diplomático al documento, hasta hoy inédito. El pergamino, que fué rasgado en dos piezas, se conserva cosido de arriba a bajo por el centro, en forma que dificulta su lectura, más penosa aún por el mal estado de la letra, que en algunos pasajes falta. A D. Agustín Millares debe el autor el haber podido descifrar más de una palabra borrosa.

He aquí el texto:

«Don Pedro, por la gracia de Dios Rey de Castiella, de Toledo, de León, de Gallizia, de Se[ui]lla, de Córdoua, de Murçia, de Jahén, del Algarbe, de Algezira e sennor de Molina, al conceio e a los alcalles de la cibdat de Palençia que agora son o serán de aquí adelante e a qualquier o qualesquier de vos [que] esta mi carta vierdes, o el traslado della signado de escriuano público, sacado con autoridat de juez o de calle salut e gracia: sepades que don Uasco por esa mesma gracia obispo de Palencia, chanceller mayor de la Reyna donna Catalina mi madre, e mio notario mayor del rregno de León, me dixo que yo quel mandé dar un mi priuegio en el qual le otorgué que él e los obispos de Palencia que después del fuesen pudiesen y poner de ocho fasta doze omnes bonos que vieses la hacienda de uos el dicho conceio de esa dicha cibdat, e pudiesen fazer e ordenar todas las cosas que uos el dicho conceio todo ayuntamiento podiades fazer e ordenar segunt que más complidamente se contenía en el dicho priuilegio que le mandé dar en esta rrazón. E que uos el dicho conceio que le enviastes mostrar en commo vos el dicho conceio uos teniades por agrauados de la dicha merçed que fiz al dicho obispo e a los otros obispos de Palençia que después del fuesen, por quanto dezía en el dicho priuilegio quel obispo podiese tomar de ocho fasta doze omnes bonos quales el quisiese non deziendo que fuesen vezinos de la dicha cibdat. E quel dicho obispo que se avenía sobresto conuusco en esta manera: que uos el dicho concejo seyendo ayuntamiento segunt que lo auedes de uso e de costumbre, nonbredes ueynte omnes bonos de entre uos que uayan al dicho obispo o a su prouisor e a los obispos de Palençia que fuesen por tiempo o a sus prouisores, e que ellos que tomen a los dichos ueynte omnes bonos que asy fueren nonbrados jura sobre santos euangelios [de] que cada vno dellos segunt su entender nonbre a aquellos que entendiesen que serán pertenescientes para uer e ordenar fazenda de uos el dicho conceio, e que desde los dichos ueynte omnes bonos asy fuesen jurados que digan e nonbren apartadamente cada vno por su cabo quales les pa-

rescen que serán pertenesçientes para uer e ordenar la fazienda de uos el dicho conçeio, e que cada vno dellos nonbre três omnes bonos de los vezinos desta çibdat, los que cada vno entendiere que son pertenesçientes para ordenar e fazer los fechos de uos el dicho conçeio de la dicha çibdat. E los que el vno nonbrare que los non nonbre el otro, e de los dichos omnes bonos que asy fueren nombrados, sobre la dicha jura commo dicho es, quel dicho obispo o su prouisor, o los obispos de Palençia que fueren por tiempo, o sus prouisores, que tomen e escosgan de ocho fasta doze omnes bonos segunt entendieren que cunple para que uean e ordenen la fazienda de uos el dicho conçeio, e aquellos que asy fueren nonbrados e escogidos por los dichos obispos o por sus prouisores commo dicho es, con los alcalles, que se ayuntan en las capillas de sant Antolín, e non a otra parte dos días en cada semana a lo menos, que sea el vno el lunes e el otro el viernes, e que sean todos los que fueren de los sobredichos y, en la dicha çibdat, tenudos de venir ssin ser llamados en los dichos dos días e en cada vno dellos en quanto tan[nere] canpana en la yglesia de sant antolín, sopena de diez m. desta moneda que agora anda, por cada día que non venieren a cada vno, commo dicho es. E así qualquier o qualesquier que fueren llamado o llamados para otro día qualquier para se ayuntar a librar e ordenar algunas cosas de uos el dicho conçeio e non venieren que peche cada vno los dichos diez m. E esta pena de los diez m. que sea para los que venieren al dicho Ayuntamiento.

E los merinos del obispo e del cabillo cada vno en su jurisdicción que sean [te]nudos de preñar al que non venieren como dicho es por esta pena e que la den e entreguen a los que venieren al dicho ayuntamiento. E estos dichos omnes bonos e los alcalles que se así ayuntaren el lunes e el viernes avn que non sean llamados, commo dicho es o en los otros días seyendo llamados, todos los que fueren en la dicha çibdat que puedan fazer e tratar e ordenar todas las cosas e cada vna dellas que uos el dicho conçeio seyendo ayuntado podriedes tratar e ordenar e fazer. E todo lo que alg[unos] e la mayor parte dellos con los dichos alcalles o con los dos dellos tratare fezieren ordenaren otorgaren, que sea firme e ualedero así commo sy uos el dicho conçeio seyendo ayuntado lo fezieredes tratasedes ordenasede s o otorgasedes. Enpero que non puedan fazer donación nin quitamiento nin enagenamiento de los bienes e rrentas de uos el dicho conçeio. E otrosy que non derramen pecho sin mandado del obispo o de aquel que lo ouier de veer por él. E que quando se quisieren ayuntar a tratar e fazer e ordenar todas las cosas e cada vno dellos que tengan y consigo el escriuano de las cuentas de uos el dicho conçeio que escriua e de fe e testimonios de lo que ellos feçiesen e ordenasen. E que daqui adelante non aya y otro ayuntamiento de conçeio nin de pueblo ninguno porque de los tales ayuntamientos suelen uenir grandes discordias e peligros e dannos en las villas e en las çibdades, enpero que se pueda y fazer conçeio cada anno primero domingo del mes de março, para nombrar ueynte omnes bonos que nonbren al dicho obispo o a su prouisor e a los obispos de Palençia que fueren por tiempo

o a sus prouisores, omnes bonos para uer fazienda de uos el dicho conçejo. E sy alguno o algunos de los dichos omnes bonos que asy fueren nonbrados e tomados finaren o se fueren a otras partes o ouieren alguna enfermedat luenga porque non puedan vsar del dicho ofiçio, e non vsaren del bien quel dicho obispo o su preuisor o los obispos de Palençia que fueren por tiempo o sus prouisores, puedan tomar otros de los que dicho es que vsen con los otros. E estos dichos omnes bonos que agora fuesen tomados e puestos commo dicho es que vsen de su ofiçio fasta primero día de março primero que viene, e dende adelante que sean nonbrados e tomados e puestos en cada anno en el dicho domingo primero de março. Otrosy que aquellos ueynte omnes bonos que uos el dicho conçejo dierdes o nonbrades para que nonbren omnes bonos para que uean fazienda de uos el dicho conçejo, commo dicho es, que nonbren el dicho día de domingo omnes bonos para al[cal]des segunt que lo auedes de fuero e de uso e de costumbre. E que si uos el dicho conçejo non nonbrades en el dicho primero domingo de marzo en cada anno los dichos omnes bonos en la manera que dicho es, que el dicho obispo o su prouisor de Palencia que fuesen por tienpo o a los sus prouisores, en aquel anno que los uos non nonbrades puedan tomar e escoger de los uezinos de la dicha çibdat los dichos ocho omnes bonos. E dende arriba fasta doze para que uean o ordenen fazienda de uos el dicho conçejo segunt dicho es. E que cada vno de aquellos quel dicho obispo o el su prouisor o los obispos que fueren por tiempo o los sus prouisores tomaren o escogieren de los uezinos de esa çibdat, para que uean e ordenen los fechos de uos el dicho conçejo que sean tenudos de tomar el dicho ofiçio e de jurar sobre santos euangelios al dicho obispo o al su prouisor o a los obispos de Palencia que fuesen por tienpo o a los sus prouisores, que bi[en] [e fi]elmente vsen del dicho ofiçio guardando el mio seruicio e de los Reyes que después de mi rreynen e del dicho obispo o de los obispos que y fueren por tienpo, e de la yglesia de Palençia e la pro de la dicha çibdat de Palençia. E qualquier que lo non quisiere asy fazer que por ese mesmo fecho caya en pena de seysçientos m. de la dicha moneda. E agora el dicho obispo por sy e benito perez alcalde de la dicha çibdat de palençia, uuestro procurador con uuestro poder suficienete espeçialmente para esto paresçieron en la mi audiençia e otorgaron esta auenençia en la manera que dicho es e pidieron a los míos oydores della que les mandasen dar mi carta porque de aquí adelante fuesen nonbrados e tomados e dados omnes buenos para que uiesen e ordenasen la fazienda de uos el dicho conçejo de Palençia en la manera sobredicha. E que [se guarde e] cunpla en todo lo que sobredicho es. E los dichos oydores a pedimiento de la dicha parte otorgaronlo e mandaron que se cunpliere e guardase en todo segunt dicho es, porque uos mando, uista esta mi carta o el traslado della signado commo dicho es, que cunplades e guardades todo lo que en esta dicha carta se contien. E defiendo que ninguno non sea osado de yr nin de pasar contra las cosas contenidas en esta dicha carta nin contra algunas dellas, so las dichas penas que de suso se contienen. [O]trosi que de aquí en ade-

lante nenguno non sea osado de llamar a conçeio nin de fazer otro ayuntamiento de conçeio nin de pueblo sopena de mill m. de la dicha moneda. E qualquier queal dicho ayuntamiento de conçeio o de pueblo veniere, saluo commo dicho es, que caya por ello en pena de sessenta m. de la dicha moneda por cada vegada. E el que en estas penas cayere sy non ouiere las dichas quantías quel echen a la cadena sesenta días. E los vnos nin los otros non fagades ende al por ninguno man[er]a so las dichas penas. E desto mande dar esta mi carta sellada con mio sello de plomo.

Dada en Valladolid ueznte días de febrero era de mill e trezientos e noventa años.

Garçi perez de valladolit alcall del Rey oydor de la su audiençia la mandó dar por que fue assy librado por el audiençia. E yo Ruy fferrandes escriuano del Rey la ffiz escriuir por su mandado. — *Juan Sanchez.*—Vista.—*Pero Eanes.*»

De D. Vasco, portugués de nación, se sabe ocupó la silla desde 1343 a 1353, y en ellos ostentó otras distinciones de la corona, la chancillería de la reina doña Catalina y la dignidad de notario mayor de León. De la sede de Palencia pasó a Toledo (26). Por lo visto, en el privilegio aludido, se reconocía al obispo el derecho de nombrar, para el gobierno de Palencia, de ocho «fasta doze omnes bonos», a los que se encomendaban los asuntos jurisdiccionales del «Conceio, todo ayuntado» en términos que implicaban facultades para sustituirle. Alarmados los de la ciudad de semejante merced, declaran su agravio, porque ni siquiera se previene que la elección hubiese de recaer sobre vecinos de Palencia.

Bastante mayor fué la concesión arrancada entonces del obispo, si bien no consta en qué medida contribuyera la espontánea disposición del rey para lograrla, o la reflexión sobre pasos anteriores dados por la ciudad que el obispo y el rey no hubieran olvidado.

Discrepancias repetidas se registran, precisamente en lo referente a nombramientos de las autoridades locales en otros puntos. Sabido es que Alfonso XI intervino el 1322 en Sahagún, para resolver contiendas sostenidas entre abad y concejo (27), y decidió que los alcaldes fuesen elegidos por el abad, de los presentados por el concejo en una lista formada al efecto (28).

Treinta años después he aquí el procedimiento introducido en Palencia, tal y como el documento lo refiere:

El concejo designa veinte hombres buenos; jura cada uno de ellos ante el obispo o su provisor, que elegirá tres de los vecinos que juzgue más capaces, y de los sesenta seleccionados en esta forma queda el obispo en lib rtad para designar los ocho, o doce regidores.

(26) De los libros que allí dejó se tiene noticia detallada.

(27) Pueden consultarse la obra clásica de Escalona y el libro de J. Pujol.

(28) Esta forma de propuesta se registra también para Madrid en *Documentos de la Villa* con motivo de la designación de alcaldes, en 1339 (Domingo Palacio, tomo I, pág. 263).

A los así escogidos corresponde, reunidos con los alcaldes, conocer, bajo las limitaciones que después se dirá, en los asuntos propios del concejo. Los alcaldes conservan inalterable su jurisdicción en los pleitos civiles y causas criminales. Hacen las instrucciones o pesquisas. En general, les corresponde el ejercicio de la justicia del rey en la ciudad. Fuera de esto, incumbe a los «ommes bonos», a los que en Palencia, sin tardar, se denomina regidores, entender y resolver en todos los asuntos propios de la vida municipal: ordenación del mercado, administración o arriendo de rentas, policía del campo y del ganado pertenecientes a la ciudad, recepción de nuevos vecinos, redacción de ordenanzas, intervención en las cuentas. Colaboran en la forma generalmente adoptada: los mayordomos, contadores, fieles, etc. En una palabra, todo aquello de que expresamente el documento no les excluye.

Las juntas se prescribe que se celebren, por lo menos, dos días en semana, y, precisamente, los consabidos lunes y viernes, en la capilla de San Antolín. En cualquier otro día que deban reunirse serán convocados a campana tañida; no así los mencionados, por sobre entenderse la reunión ineludible. Las penas a los ausentes son pecuniarias; del importe de lo así recaudado disponen que se benefician los puntuales asistentes, y como medio de hacerlas efectivas se faculta al merino para que prenda a los morosos. De los acuerdos que adopten dará fe el escribano de las cuentas del concejo.

Las atribuciones que no se transfieren a los regidores son señaladamente las concernientes a garantías del patrimonio comunal y privado de los vecinos. No se les permite, por sí, enajenar bienes y rentas del concejo; tampoco derramar pecho alguno, de no mediar autorización especial (29). En todo lo demás lo que ellos hicieren se declara tan valedero y firme como si lo hubiese acordado el concejo en pleno.

Que no está en la transmisión de competencias la causa porque se estima cancelada la celebración de asambleas, bien se adivina y no se deja de dar a entender en los términos nada ambiguos de la prohibición: «que daqui adelante non aya y otro ayuntamiento de conceio, nin de pueblo ninguno porque de los tales ayuntamientos suelen venir grandes discordias e peligros e dannos en las villas e en las cibdades». Ricos en acontecimientos de tal indole habían sido, sin duda, con frecuencia, los que en Palencia tuvieron lugar con anterioridad (30).

(29) No son importantes, ni siquiera frecuentes, las noticias del material inédito para conocer las personas encargadas de la administración económica de Palencia. Ninguna existe anterior al siglo xv. En éste se sabe que, como es general, funcionaba un mayordomo; en 9 de marzo de 1448 se le ordenan ciertos pagos, en presencia de corregidor, alcaldes y regidores, y, poco antes (en una sentencia arbitral de 1447) se encomienda la recaudación de diversos ingresos «a un omne bueno pechero que sea puesto por mayordomo». Ha de prestar fianza y se le asignan en nómina 3.000 maravedises. Otros oficiales mencionados en 1421, eran éstos: un alcalde de cuentas, un abogado, dos contadores y tres procuradores. No todos, como se ve, del ramo de hacienda. En éste intervenían, con frecuencia, los fieles.

(30) Es, por otra parte, argumento invocado al fundamentar la reforma en distintas ciudades.

Sólo, como obligada excepción, se autoriza la reunión del concejo anual en el primer domingo de marzo, a fin de llevar a cabo la designación de los veinte hombres buenos encargados de confeccionar la lista que había de presentarse al obispo.

Por poca información que se posea sobre la vida municipal de aquel tiempo, y por muy reducida que se preceptúe la intervención del concejo en sus propios asuntos, bien se comprende que si la excepción antedicha no las incluye, relaciones y exigencias de la ciudad no podían soportar que se excluyese el cumplimiento de formalidades siempre en vigor y que imponían —como impusieron bien pronto en Palencia— la celebración de concejos para designar los procuradores, satisfacer apremios de la hacienda municipal, cuando no de la defensa de la ciudad, como para realizar obras en la muralla, por ejemplo, obras que siempre exigían la derrama sobre el vecindario de algún gravamen.

Si esto se tiene en cuenta, toma aún mayor relieve el carácter de la medida, como delatora de la gravedad de las situaciones que la celebración de los concejos habían ocasionado. A la vista del texto del documento los caracteres de la prohibición aparecen, sobre todo, cuando se lee que «nenguno non sea osado de llamar a conceio, nin de fazer otro ayuntamiento de conçeio, nin de pueblo, so pena de mil mrs... E qualquiera que al dicho ayuntamiento de conceio o de pueblo veniere, saluo como dicho es, que caya por ello en pena de sesenta mrs... por cada vegada». Y cuando no tuviera esta suma «que lechen en la cadena sesenta días». Pronto ha de verse que si con la intervención del regimiento se quisieron evitar aquellas discordias, otras surgieron del seno mismo de la ciudad en años inmediatos. Antes, sin embargo, interesa recoger un pasaje del documento comentado relativo a la designación de los alcaldes.

Es el que dice así: «Otrosy que aquellos veynte omnes bonos que uos el dicho conceio dierdes e nonbrardes, para que nonbren omnes buenos para que vean fazienda deuos el dicho Conceio, como dicho es, que nonbren el dicho día de domingo omnes bonos para al[cal]des, segunt que lo auedes de fuero e de uso e de costunbre».

No obstante haber sido la facultad de nombrarlos, en Castilla, tradicional prerrogativa de los concejos hasta que a mediados del xiv comenzaron a generalizar los monarcas la política de reservarse ellos por lo menos la confirmación, existen documentos anteriores probatorios de que en Palencia, a pesar de lo invocado —fuero, uso y costumbre—, no vino siendo ésta la práctica constante. Sabemos que Fernando IV, otras veces tan generoso, «confirma» a D. Gerardo, obispo de Palencia (1309-1314), el año 1309, la facultad de poner alcaldes en la ciudad. Esta invocación por sí sola, por tratarse en todo lo referente al nombramiento de los regidores de una reforma, es una novedad, frente a una costumbre añeja. Da fuerza singular al testimonio, aun cuando pudiera interpretarse la merced en el sentido de facultar al obispo —como en el caso de los regidores— para elegir entre los propuestos. Así debe anotarse, ya que en años próximos subsiste con

leves alteraciones el régimen descrito, y así fué hasta muy entrado el siglo xv por lo menos (31), pierde sin embargo el concejo el disfrute de la prerrogativa referente a los alcaldes, como puede comprobarse por documentos de años posteriores.

IV

No por hacerse raras desde entonces las reuniones del concejo, dejaron de registrar pronto la ciudad y su iglesia nuevas disensiones, que perturbaban orden y gobierno. Se conserva una sentencia de otro obispo, muy cercano a D. Vasco, D. Gutierre (1356), liquidadora de contiendas tan graves, que llevaron al cabildo catedral a decretar la interdicción de los oficios divinos.

Da otra vez juego la vieja polémica de los francos o exentos de tributos, y junto a ellos la irrogación de daños por los vecinos a los canónigos, y de éstos a aquéllos, en sus respectivos derechos territoriales. Disfrutaban los canónigos la propiedad del soto, que hoy todavía lleva su nombre, en cuyos árboles se había hecho una tala por el concejo, así como se infringieron disposiciones del fuero cuya vigencia se invoca acerca del monte (32). El obispo zanjó con sendas multas esta parte de las querellas. Subsistentes los excusados nominalmente conocidos ya desde el fuero, y con la particularidad de dejar sujetos a las cargas del concejo a los nueve excusados de los canónigos, para los restantes se adopta una solución hábil: redimir el cabildo catedral a metálico su derecho a un cierto número de sujetos francos mediante el pago anual por el concejo de sesenta doblas de oro castellanas o marroquíes (33). La gravedad inherente a toda ampliación del número de sujetos declarados exentos se entiende correlativa no tanto por la consiguiente sobrecarga para los contribuyentes, que soportarían la derrama de pechos o servicios municipales y de otra índole, sino que, además, al excluir con frecuencia a vecinos de mejor posición, se hacía intolerable el gravamen para los más modestos. Tal vez por eso, una carta ya citada de Alfonso X reconoce al concejo la facultad de que

(31) Según el arcediano del Alcor, subsistía en 1574, en sus grandes rasgos.

(32) El precepto correspondiente del fuero es el número 41.

(33) «Que por los escusados deste anno que ha el cabildo, asy del comunal commo los sesenta escusados que han los canónigos..., que este dicho anno, quel merino e el portero del cabildo que sean escusados de todo pecho e de toda fazendera, asy real commo concejil, e que porque daqui en adelante non venga griesco nin contienda entre el dicho cabildo e canónigos e Concejo, e bivan en paz e en sosiego e nunca ayan griesco nin contienda sobre cosa alguna, mandamos e tenemos por bien que dicho cabildo que tome cada anno su merino e su portero e quel dicho merino e portero que tomen que sean quitos e escusados de hueste e de pecho e de toda fazendera real e concejil e que los nueve escusados que han los canónigos que pechen con el Concejo en todos los pechos e fazenderas reales e concejiles en cada uno dellos asy commo uno de los vecinos... que no son escusados, e que por esto que el Concejo que dé cada anno al dicho cabildo sesenta doblas de oro castellanas e marroquíes, o la valía de lo que valieren el día de la pifanía.»

antes de elegir los canónigos los excusados a que tienen derecho, segregue el concejo no menos de ciento veinticinco vecinos, a los que previamente se excluye del disfrute de la franquicia (34). Otros extremos del documento se refieren a casos de menor importancia.

El régimen instaurado para designar las personas encargadas del gobierno de Palencia en 1352, subsiste sin interrupción conocida y con pequeñas alteraciones, no tan sólo en el siglo xiv, sino durante el xv.

Falta a los testimonios conservados la continuidad de alegaciones que expresamente así lo confirmen; pero dicen, sin dejar duda, cuanto precisa para confirmar la persistencia de aquella organización, así como la inutilidad de los esfuerzos realizados para impedir que el concejo se reuniese. La colección de Libros de Acuerdos, abundantes a partir del segundo cuarto del siglo xv, ofrece preciosos comprobantes.

Se sabe, por ejemplo, que en primer domingo de marzo, día 2 (1421), «ayuntados en concejo a campana repicada fueron nombrados los veynte omes buenos» que se indican; que juraron ante el provisor, por el obispo D. Rodrigo de Velasco, y que luego nombraron a su vez en la forma conocida los que habían de figurar en la lista para que el obispo eligiese. Mas no tuvieron aquel año pacífico gobierno. Se recrudecen disturbios que culminaron con la pena consabida de cesación de horas, e interdicción de oficios divinos.

En esta situación se encontraba la ciudad el 4 de mayo. En dicho día el concejo acuerda que mientras dure el entredicho sigan las reuniones en «capillas» —de San Antolín— los lunes y viernes. La pena impuesta por la iglesia se relaciona con talas realizadas en el monte de la ciudad. Incidentes de esta situación provocaron frecuentes reuniones del concejo. Se conserva el texto de unas ordenanzas breves, pero sustanciosas, aclamadas por el concejo a las voces de «sí, sí...» en reunión muy numerosa celebrada en el coro de San Miguel, y en sus términos se descubre la excitación reinante y se presienten el tono y los actos a que había llegado la discordia tradicional. Se encarece a todos la puntual asistencia, hasta el punto que al ausente, «llamado por campana o pregón, le pueda la ciudad derribar la casa, e tomar sus bienes e dejar su cuerpo a la merced del rey». Ante patentes deslealtades se previene «que ninguno dé armas a la ciudad en su daño, bajo la misma pena». Por atentados que habría cometido el merino se previene que a nadie pueda prender sin mandamiento de alcalde, de no ser *in fraganti*. Sabido es que eran de tres órdenes los merinos con jurisdicción: el del obispo, el del cabildo y los de la ciudad. Todos los de la ciudad, para ser reconocidos, tenían que presentar sus poderes ante las autoridades municipales. El concejo los recibía entonces y mandabalos pregonar (35). Cambian las cosas desde el momento que llega el corregidor,

(34) Antes aludida, Uclés, 1 mayo 1260. Se conserva en el Archivo Municipal.

(35) Así se hizo en 1421 con Ferrando Martínez de Torre. Así también con Rodrigo de Castro, merino mayor de la ciudad, a quien se extiende su carta credencial en 8 de enero de 1432.

no sin resistencias del obispo D. Rodrigo. Con la misma pena la conmina a los que revelen secretos —hechos «en capillas»— al obispo, sus previsores o sus oficiales. Y, por último, se salvaguardan derechos no delegados en los alcaldes, ni regidores al prevenir que la pesquisa general no pueda hacerse si no es por denuncia especial, o por mandato del rey o del concejo, bajo igual pena. Posiblemente he aquí un vestigio del proceso ulterior de desconfianza y agravios que en Toledo bien pronto formulan ante el rey vecinos de Palencia quejosos de sus regidores (36). Las causas de las quejas no aparecen aquí, si bien el rey las invoca más tarde. Y graves debieron ser por lo que pronto ocurre, así como no muy firme la posición del regimiento, ya que en su sesión de 18 de febrero de 1422 acuerdan que vaya a Toledo un bachiller para intentar que depongan su actitud y vuelvan a negociar con ellos en lugar cercano a Palencia.

Hasta qué punto desagradarían al obispo las ordenanzas, fácil es imaginarlo. Amenaza con la excomunión, que no deja de imponer a algunos, y por éste o parecidos caminos consigue que se revoquen, el 7 de noviembre.

Más a partir de entonces las cosas se complican cada día.

V

Consta en los Libros de Acuerdos que el primer domingo de marzo de 1422 se eligieron regidores en la forma conocida; pero ya el día 10 se anuncia que el rey va a mandar un corregidor. Se sabe incluso el salario que va a tener: 10 florines; se discute si deben recibirle o no; no llegan a ponerse de acuerdo.

Con anterioridad, alguien —probablemente el bachiller antes citado— había ido a Toledo para que el corregidor no viniese. El corregidor ya estaba en camino; llega a Palencia en la noche del viernes 13. Parece ser que es el jueves 19 el día de su presentación. Exhibe las cartas del rey. Don Juan II hace historia de los motivos que le han decidido a nombrarle (37): que por vecinos y moradores de Palencia habían sido alegados «robos e furtos e osadías e atrevimientos e muertes e feridas de omes e insultos e otros maleficios». Todo ello se pone en relación con «negligencias e menguamiento de justicia» por parte de los alcaldes y merino. Dice asimismo el rey que le pidieron enviase una buena persona para que hiciese pesquisas y entretanto «suspendiese de los oficios de las alcaldías e merindat» a los que las ejercían. Invoca la acusación recibida de que algunos vecinos y moradores de Palencia habían insultado al obispo «sobre lo qual yo mandé recibir e fue recibido por mi mandado cierta

(36) Libro de Acuerdos, 1422.

(37) Se trata del bachiller Gómez Díez de Basurto, vecino de la ciudad de Toro.

información, la cual yo mandé ver en el mi consejo, e fueme pedido por merced, por parte del dicho obispo que porque yo entienda quel desea justicia e le plaze della e que los culpables sean penados, e non es otra su entención, protestando de non pasar perjuicio alguno acerca de la jurisdicción de la ciudad, a su iglesia, ni a él, ni a su cabildo por ello, en alguna cosa, que me suplicaba que me plugiera de enviar por corregidor a una buena persona a la dicha cibdat». A continuación instruye al corregidor sobre cuál es su cometido: averiguar lo que haya de cierto en tales acusaciones y que lo ponga en conocimiento del rey. Le concede para hacerlo un plazo de seis meses. Decide suspender a los alcaldes y al merino, y que durante los seis meses use el corregidor de dichos oficios, con todas las atribuciones y facultades inherentes a los mismos. Por todo lo cual manda el rey al concejo que le reconozcan como tal y le faciliten la realización del encargo, así como le asignen «de las rentas e propios del concejo de la cibdad», como salario, 120 maravedises, previniendo que si no bastasen para ello los propios se repartiese entre vecinos y moradores lo que faltara (38).

Contestan al día siguiente los regidores que aceptan, cumplen y respetan lo mandado en la carta del rey, si bien «humildemente» formulan protestas de su diligencia y celo en el ejercicio de los oficios de que se ven suspendidos. A continuación nombra el corregidor merino de la ciudad a un hermano suyo, de lo que en el acto reclama el merino que estaba presente, en nombre del obispo, para hacer valer el derecho exclusivo de éste. No tarda el rey, informado de la reclamación, en contestar al obispo D. Rodrigo de Velasco (39), en carta que se pone coto a las alegaciones del prelado, según el cual la merindad era suya, y había hecho por lo mismo merced de ella «para en toda su vida al que agora tienen», añadiendo que si así no fuese menguarían sus derechos y la justicia. Pocos días después nombra alcalde, el corregidor (40). Por juntas sucesivas que el corregidor preside (41) se sabe que pocos días después de su llegada pidió al concejo ropa de casa por no haberla donde él moraba. Pronto tuvo que derramar un pecho de 15.000 maravedises el concejo para atender al pago del salario que el rey le reconocía, y pronto, también, 2.000 más invertidos en comprar armas para el corregidor y su compañía, así como otros 3.000 con destino análogo.

En septiembre, al expirar los seis meses, presenta, el martes 15, una nueva carta del rey prorrogando la misión por tres meses más (42).

Ya en noviembre corren noticias en la ciudad de que llegaba otro corregidor. Así fué en efecto (43). El rey, para conferir nuevo encargo a la per-

(38) La carta está fechada en Toledo el 6 de marzo de 1422.

(39) Por cierto el mismo que en 1426 murió envenenado por su cocinero. Véase el Arcediano y Pulgar. La carta del rey es de Toledo, 15 de mayo de 1422.

(40) Alonso Martínez de Villalobón.

(41) Desde entonces en el refectorio de San Francisco.

(42) La fecha de esta carta dice: Ocaña, 20 de agosto de 1442.

(43) Carta de Don Juan, Alcalá de Henares, 10 de noviembre de 1422.

sona que venía ejerciendo el corregimiento, notifica a los de Palencia que pone otro en su lugar (44) durante cuatro meses. No consiente ahora el concejo la designación ni lo aceptan, y así lo declaran, porque no lo habían menester, llegando algunos a dejar de ser vecinos de la ciudad por prevalecer el nombramiento. Otros piden que le paguen los que le querían, pero no los demás, ya que la ciudad estaba «muy pobre, e fatigada de grandes costas (45)». Persisten en sus quejas, y en diciembre mandan un procurador a la corte para que no subsista el nombramiento.

Las noticias que se conservan en los Libros de Acuerdos acerca del corregidor son pronto menos frecuentes; pero no deja de percibirse que sigue en funciones, que preside en San Francisco las juntas; y así continuó Palencia —es de creer que sin interrupción—, con corregidor, hasta el reinado de los Reyes Católicos.

Que la reforma, en virtud de la cual se destaca a estos representantes del poder real en el gobierno de las ciudades, no data del tiempo de aquellos monarcas, como muchas veces se ha pensado, es manifiesto. Otras ciudades los conocieron con y sin alegaciones de tipo circunstancial, de las que hace valer Juan II en Palencia, en reinados anteriores, especialmente en el de Enrique III (46), por lo menos en el último cuarto del siglo xiv. El nombre de «corregidor» era conocido en Castilla en 1348.

No siempre la medida en virtud de la cual se implantan aparece con justificación unívoca, ni en forma que permita juzgar de su alcance inicial. Pugna, desde luego, con las tradicionales franquicias del régimen municipal castellano, aun dentro del grado harto comedido en la efectiva autonomía política de nuestras ciudades. No tan sólo se explica que los reyes pudiesen nombrar corregidores, sino que, en muchos casos —cuando se llega a poner en claro el tipo y las vicisitudes del gobierno que prevalece—, no se puede condenar de plano que así lo hiciesen, como medio eficaz de ordinario de pacificar las banderías, y sobre todo de llevar con personas capaces, casi sin excepción bachilleres de competencia jurídica probada, un nuevo factor de orden con atribuciones para enmendar los yerros o eliminar las perturbaciones que presiones sociales opresoras de la burguesía impusieron tantas veces en la vida municipal. Que a la vez, sin embargo, sirvió para que los nombrados determinaran nuevos daños en la economía de las ciudades, tampoco es cuestionable.

Por lo que a Palencia se refiere el hecho significa, dentro del sector de las instituciones referentes al gobierno municipal, el término de un período bastante definido, como es el que se ha tenido a la vista. Si en la determinación del rey, cuando nombra al corregidor, prevalecieron razones que interesaran a la generalidad del vecindario, o a un bando del mismo, en aquel momento preponderante, no es fácil decidirlo.

(44) Esta vez el bachiller García Gómez de Villalón.

(45) Libro de acuerdos citado.

(46) Así ocurrió en Sevilla

Posiblemente la misma actitud rebelde de los vecinos que recurrieron al rey, quejosos del desgobierno de los regidores, no sin antes haber liquidado, a su manera, con el obispo las transigencias de éstos, bien pudo haber sido causa o pretexto de la iniciativa del monarca cuando envía un corregidor a Palencia. Si éste fuera el caso —y no se olvide, en apoyo de la tesis, la suerte de las ordenanzas derogadas por los regidores, complacientes con el prelado—, podría decirse que, a semejanza de lo ocurrido en otras ciudades (47), la corona sigue un camino orientado por el respeto de intereses populares, no obstante la intromisión de un delegado extraño a la órbita del municipio, ya que la debilidad social de la clase ciudadana más humilde no pudo, la mayoría de las veces, contrariar los designios y arbitrariedades de los patricios, en los que, por otra parte, encontraba también el monarca súbditos insumisos. Más indicios de que no reinaba la concordia entre los diversos componentes del vecindario aparecen en la documentación de Palencia, precisamente cuando comienza el siglo xv. Y el rastro de presencia más sostenida lo revela el hecho de que en el momento de confeccionar el concejo las listas de los candidatos al regimiento, proponen por separado nombres de representantes de las dos clases sociales, los caballeros y los ciudadanos pecheros. El fenómeno, si se compara con lo ocurrido en otras ciudades (48), se da en Palencia con evidente retraso, y es de creer que no se engañe quien relacione el proceso con el desarrollo económico alcanzado a partir del siglo xv en Palencia, y que se exterioriza en el florecimiento de la clase comerciante y artesana, que pronto se refleja tanto en el volumen de la tributación, como en el rápido aumento durante aquel siglo del número de los habitantes (49).

Si en el momento de llegar el corregidor, como se ha visto, el concejo le acoge, no obstante haber pretendido algunos que no llegara, fué, sin duda, porque el espíritu de los que le reclamaron prevalece. Recuérdese además que la única protesta presentada la formula, por boca de su merino, el obispo. Bien se comprende, sin embargo, que los abusos cometidos por el corregidor —algunos anotados quedan—, así como la censurable liberalidad del rey al fijarle, a cargo de sus súbditos, retribución tan costosa para la ciudad, vivificaran pronto una corriente adversa, aparte de estas razones, por verse el concejo sometido indefinidamente a una tutela que «no necesitaban». Y ello explica la inmediata hostilidad contra lo que se había juzgado, antes, medida acertada.

No debe omitirse indicar que la subsistencia del corregidor en Palencia no implica que en los años posteriores tuviera reconocida y ejercitase

(47) Así en Sevilla, bajo Enrique III, al expirar el siglo xiv.

(48) Sobre Sevilla, de interés los documentos que recoge Tenorio en su «Visita de Enrique III a Sevilla». Para Madrid, ya en tiempos de Alfonso XI, seis de los regidores representaban la clase privilegiada y dos a los pecheros. Véanse los documentos del Archivo, nueva serie, tomo I, pág. 168.

(49) Vestigios muy reveladores de esta diferenciación presenta la existencia de numerosas cofradías, por cierto constituidas teniendo a la vista la menos gravosa derrama de los tributos, aparte de sus otros fines.

la facultad amplísima de nombrar alcaldes y regidores. Del nombramiento de alcalde ha de hablarse de nuevo un momento. En cuanto a los regidores, sin que sobre el material se haga posible averiguar —porque es muy incompleto— en qué momento vuelve aquella prerrogativa al concejo, se ve que no tarda. Hasta 1447, en realidad, escasean los testimonios relativos al asunto y carecen de sustancia los que existen. No así desde este año. De él se sabe, por lo pronto, que en 5 de marzo se llevó a cabo la elección, exactamente en la forma establecida en el documento de avenencia de D. Vasco. Consta, asimismo, que el obispo, por no habersele propuesto ninguno de los del año anterior, se negó a elegir «porque dexaban vender en el estanque más vino de lo que era razón, e dizia el fuero». Hay otro dato de que el fuero continuaba en vigor en 1421: un pregón referente al estanco del vino del obispo, en 27 de junio, ordenando que durante nueve días sólo puede venderlo el obispo (50).

El obispo por presentir en la propuesta «liga e monipodio», excomulgó o todos y puso en entredicho la ciudad. Novedad resulta este veto; extraño al documento examinado. No es, por lo demás, la única. Ella sirvió entonces, ya que el litigio duraba (51), para que el corregidor, por sí y ante sí, nombrara y escogiese los hombres buenos que habrían de regir la ciudad, así como alcaldes. Juran ante él, pero muy pronto revoca los nombramientos (52). Se lleva de nuevo a cabo la elección en la forma descrita, y juran los nombrados ante el provisor, en el palacio del obispo. Pero ya aquí se inicia la otra innovación apuntada, que reserva, en manos del obispo, la elección de alcaldes, si bien entre los propuestos por el concejo (53). Posiblemente prerrogativa fruto de la sentencia del largo litigio que con la ciudad mantuvo acerca de la jurisdicción, y que fué tramitado ante los oidores del rey. Litigio aludido en diversos pasajes de los Libros de Acuerdos, y sobre el que se copian cartas de D. Juan II, una de 14 de noviembre de 1422, y emplazamientos llevados a cabo por el concejo. Ciertamente, que de las diversas menciones del mismo ninguna da luz bastante para esclarecer estas y otras dudas (54).

Otra reforma acusan los documentos de 1452, digna de anotarse. Aquel año, reunido el concejo para llevar a cabo la designación anual, hubo de comenzar su labor nombrando dos procuradores, «uno por los caualleros, escuderos, exentos e privilegiados, e el otro que sea de los buenos omes pecheros», para que ambos escojan los veinte hombres buenos, diez cada

(50) Véase el fuero, párrafo 24.

(51) Así ocurría el 30 de abril.

(52) En 3 de mayo.

(53) Así consta en Libros de Acuerdos de 1447 y de 1452.

(54) Una mención, sin otro rastro, de los «cambios» de la ciudad en 3 de julio de 1436, es indicio de fenómenos que valdría la pena perseguir, por constituir el hecho registrado de que alcaldes y regidores nombraban a los cambiantes —banqueros, como se sabe, de aquel tiempo— un dato de interés. Se nombra, como fué corriente en la generalidad de las ciudades, a un comerciante de paños (trapero). Se sabe, asimismo, que el rey mandó nombrar otros que relevasen a los existentes (3 sept. del mismo año) y que la orden tiene relación con alguna incidencia del litigio pendiente

uno, etc. De la referencia que trasmite el arcediano del Alcor (55), y que se corresponde con la práctica de este procedimiento en 1480, resulta haberse ya introducido una nueva merma en los derechos del concejo, pues no es él, entonces, el encargado de la designación de los dos procuradores, sino «una persona, la más principal que allí (56) se halla, vecino de la ciudad, la que nombra dos procuradores, o si hay o se espera haber discordia sobre quién será esta persona principal, nómbralos el corregidor».

Revela la interposición de los dos procuradores, uno por cada clase —la exenta de cargas comunales y la pechera—, como se venía acusando, no tanto la diferenciación en los componentes de la sociedad palentina, sino, más bien, cómo llegó a imponerse un criterio de gobierno conducente a que ninguno de ellos estuviese privado de representación equitativa en el gobierno de la ciudad. Igualitaria en apariencia en el número, distante —es lo más probable— de la proporción efectiva de sujetos interesados en una y otra capa social.

Otros documentos acerca de la forma en que se convino, por ambas clases, atender el peso de las cargas municipales, así como de los tributos correspondientes al rey, son de interés para la época —1448—; pero no pueden tener aquí cabida por quedar fuera del período sometido a examen (57).

RAMÓN CARANDE

(55) Folio 17 y siguientes.

(56) En la sala capitular en que la asamblea se celebra.

(57) Tal es un famoso laudo celebrado en la villa de Torremormojón.

LA DONCELLA QUE SE SACÓ LOS OJOS

(Conclusión)

Naturalmente, había de atraer el tema trágico de la mutilación de la Santa a los autores de comedias basadas en vidas de Santos, tan frecuentes en nuestro teatro clásico. Dos comedias conozco con la vida de Santa Lucía.

Es una la del licenciado Lucas Justiniano titulada *Los ojos del cielo* (39). Su asunto resumido es como sigue:

Acto primero

«Euticia quita a su hija Lucía un papel, sospechando que sea billete amoroso, y lo rompe en pedazos sin leerlo siquiera; da cuenta a Teodosio, padre. Mientras con la ayuda de Cardenio se reconstruye el papel, Otavio, médico, se despide de Teodosio y le recuerda que en el horóscopo que hizo de Lucía estaba escrito que sería cristiana, idea que excitó la cólera del padre. El papel que Lucía llevaba en las manos era el *Credo* o símbolo de la fe de los cristianos. Para tratar de sacarla de su creencia, Otavio aconseja al padre que no se dé por enterado y que procure que Lucía se interese por el amor mundano.

(39) Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. núm. 17.027. Del licenciado Lucas Justiniano sólo conozco los escasos datos que trae La Barrera en su *Catálogo del teatro español*. Fué cura de San Ginés, y lo citan Agustín de Rojas en su *Loa de la Comedia*, y Cervantes en el *Viaje del Parnaso*. Los editores de esta última obra, Sres. Schevill y Bonilla (Obras completas de Cervantes, *Viaje del Parnaso*. Madrid, 1522, pág. 156), añaden la noticia de que Justiniano concurrió al certamen celebrado en el convento de Carmelitas descalzos de Toledo, en la beatificación de Santa Teresa, en el año 1614, según el *Compendio*, de F. Diego San José, Madrid, 1615.

El Ms. de la Nacional lleva las siguientes fechas:

Fin del primer acto: «Compuesto por el licenciado Justiniano, y sacado en Valladolid, 28 marzo 1615.»

Fin del segundo acto: «Sacóse en Salamanca, 29 marzo 1615.»

Fin del tercer acto: «Sacóse en Valladolid, 30 marzo 1615.»

El reparto del acto tercero es como sigue:

Roselio (galán), Montemayor; Evandro, Robres; Lisauro (galán), Sotomayor; Lucía, María; El Presidente, Diego; El Virrey, Toledo; Criados suyos; Amor divino, Juanito; Teodosio, viejo, ciego, Alonso; Cardenio, Guardia; Criados; Soldado, Tapia; Euticia, la señora Ana; Otavio, Diego.

La madre insinúa a Lucía la conveniencia de que piense en casarse, a lo que se excusa la joven por su poca edad. En conversación con Otavio muéstrase enterada de la doctrina nueva, y no se arredra por la noticia que le dan de las crueldades de Pascasio contra los nuevos creyentes.

Lisauro cuenta a sus amigos que está enamorado de Lucía, y que ella no corresponde. El criado de Lisauro, Camafeo (gracioso), refiere cómo ha sabido que los padres de Lucía se preocupan de buscarle diversiones a la hija, lo cual considera el enamorado galán como buen augurio, y decide hacer una fiesta en honor de la doncella, que ha de venir a residir a una finca de campo.

En la fiesta hay bailes y danzas de los cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego; y hay discreteos de contar cada uno su sueño; el gracioso refiere un cuento de lavanderas, Lisauro da noticia de su amor, Lucía cuenta la historia bíblica de Lía.

Acto segundo

Casiano, eremita, disfrazado como mercader de joyas, visita a Lucía y le enseña doctrina cristiana; el criado Tilde, que introduce secretamente a Lisauro para que hable a Lucía, ve a Casiano abrazar a la joven y supone que el viejo está enamorado de ella y es correspondido, puesto que le besa la mano.

Lisauro insta a la madre Euticia, y ésta comunica a Lucía su decisión de casarla; pero la joven pide que se dilate, alegando la enfermedad incurable de Euticia y la ceguera de Teodosio. Sugiere a su madre la idea de visitar la tumba de Santa Agueda, en busca de salud, y deciden ir ambas. Lisauro, a quien su criado da noticia del viaje se apresta a ir con su prometida.

En presencia de Arsenia y Casiano, que ya también a visitar el sepulcro de Santa Agueda, se reúnen en la romería judíos, cristianos y gentiles, devotos de la Santa. Viene luego Lucía, que se encuentra con Casiano y adora la cruz en un soneto mediano. Sale Lisauro, disfrazado de loco, y los graciosos Tilde y Camafeo de loqueros, y se mezclan con los romeros. Pascasio, virrey, va también a ver aquel lugar para saber lo que allí se hace, y decide llevarse a cuatro cristianos presos: uno es Casiano y otra Arsenia, cuyos tormentos anuncia. El milagro de la resurrección de un niño muerto enardece al virrey, que quiere ver por sí mismo el sepulcro de Agueda; pero al intentar meter la mano sale fuego de la espada y árdele la mano. Irritado se vuelve a Zaragoza (Syracusa), determinando el exterminio de los cristianos.

Lucía rechaza a Lisauro nuevamente. Santa Agueda se aparece y habla a Lucía, cura a la madre y le predice el martirio.

Acto tercero

Lisauro, con sus amigos, trata de violentar a Lucía. A los reproches de Roselio contesta que lo han vuelto loco los ojos de Lucía, y les ruega que se vayan; pero una voz sobrenatural aparta al galán de cumplir su mal propósito. Cuando vuelven sus amigos, Lucía pide a Roselio que la acompañe, que ha de ser testigo del amor de Lisauro. Roselio vuelve espantado y cuenta lo sucedido hasta llegar al pasaje:

«Ansi también con juveniles bríos,
pidiendo un plato y un cuchillo luego,
bañándome yo en lágrimas los mios,
los ojos se sacó quedando ciego
el aire transparente, el mar lloroso,
el sol sin rayos, y sin luz el fuego.»

Y refiere cómo la curó y la vendó, y cómo

«Dábame la salvilla enriquecida
con dos estrellas muertas que os trajese;
pero faltóme el ánimo y la vida.»

La propia Lucía sale con el plato, y como Lisauro y sus amigos se van aterrados, aparece el Amor divino y toma el plato, y devuelve la vista a la doncella, con gran estupefacción de su padre, a quien habían contado la tragedia.

Lisauro denuncia al virrey que Lucía es cristiana, creyendo que sólo por ser cristiana se ha negado a aceptar su amor, llegando hasta la terrible mutilación. El virrey, al oír su confesión de fe, la amenaza con enviarla a una casa pública.

Roselio cuenta los episodios posteriores del martirio: milagro de la inmovilidad, del fuego, y cómo mandó atravesarle el cuello con una espada, y la prisión de Pascasio por los rebeldes.

Aparece la santa, con una espada por la garganta, y sus padres junto a ella, que se convierten; y luego Pascasio, atravesado con una lanza, que muere también.

* * *

Confusa es la acción, recargada de episodios, de versos no muy fluidos ni ligeros, bien escasa de interés literario esta comedia, donde ya se han mezclado los elementos diversos de las leyendas antiguas. Otro comediógrafo, basándose en la misma vida legendaria de Santa Lucía había de componer otra comedia más atractiva y de mayor valor estético.

Es la titulada *Cegar para ver mejor*, de D. Ambrosio Arce de los Reyes (40). Era D. Ambrosio presbítero en la parroquia de San Ginés, y La Barrera, en su *Catálogo*, pág. 16, dice que esta comedia está en la parte 13 de *Comedias de varios autores*, Madrid, 1660.

Anota además la siguiente producción de Arce: *El Hércules de Hungría* (parte 12); *La mayor victoria de Constantino Magno* (parte 14); *El Hechizo de Sevilla* (parte 38), y *Vida y muerte de San Cayetano* (parte 38) en colaboración con Moreto, Matos, Diamante, Villaviciosa y Avellaneda (41).

He aquí el análisis de *Cegar para ver mejor*, obra que merecía sacarse del olvido hecho, teniendo presente el texto manuscrito de la Biblioteca Nacional:

Jornada primera

Cardenio, primo de Lucía, está enamorado de su belleza, que alaba en estrofas fluidas, mientras que su criado, el gracioso Chicharrón, trata de disuadirlo. Acude Cardenio al llamamiento del virrey de Sicilia en la ciudad de Zaragoza (por Siracusa). Pascasio, decidido a hacer inquisición de cristianos, exclama:

«¡Viva Marte celestial,
que cercado de centellas
habita entre lumbres bellas
ese muro de cristal!

(40) Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. núm. 14.881. Es la original, con firma y correcciones autógrafas del autor. Se envía a la censura del Dr. D. Antonio de Nanclares, en Madrid, a 27 de noviembre de 1653. Nanclares la aprueba a 1 de diciembre.

Mándase luego que la vea Juan Navarro de Espinosa, fiscal; 4 de diciembre de 1653. Este, en su censura, dice que lo de sacarse los ojos y enviarlos en un plato al enamorado no se pone en las vidas de la santa, para que no fuera ocasión de que algunos cometieran el grave pecado de mutilación.

A este reparo, contesta otro censor, Fr. Miguel Guerrero, diciendo que no es de inconveniente, porque basta la costumbre de la Iglesia, que pinta a Santa Lucía con los ojos en un plato, y esta costumbre antiquísima de la Iglesia se comprueba con la autoridad de San Jerónimo, que en la vida de este santo, folio 18, lo dice expresamente en su tomo pequeño que escribió de vidas de santos. Cree que puede darse licencia. (31 de diciembre de 1653.)

(41) Véase, para la descripción bibliográfica de estas comedias, Emilio Cotarelo, *Catálogo descriptivo de la gran colección de «Comedias escogidas», que consta de cuarenta y ocho volúmenes,*

Que a todos los que el bautismo
guardan, he de hacerlos guerra,
aunque los cubra la tierra
y les encierre el abismo.»

Chicharrón, que se gloria de que este nombre le salvó la vida en una ocasión que lo apresaron los moros, ya que ninguno quiso nada con él porque «éste me huele a tocino», da al virrey la noticia de que Cardenio anda enamorado; y cuando éste se lamenta del desvío de la doncella, acude Teodosio, padre de Lucía, ante el virrey, acompañado de Casiano, cristiano, y de Octavio.

Pascasio les cuenta la razón de su llamada, y en un largo parlamento hace breve historia del cristianismo hasta los tiempos de Diocleciano y Maximiano, para excitarlos a la persecución de los nuevos creyentes.

Teodosio afirma que mataría a su hija única si supiera que era cristiana, y Cardenio haría lo mismo hasta con su enamorada. Puestos de acuerdo todos, se decide el exterminio de los secuaces de Jesús.

* * *

Lucía y su criada Julia hablan de la situación de alma de aquélla, enamorada sin celos y sin angustias; cuando la doncella trata de inquirir el nombre, aparece Casiano, que prosigue sus enseñanzas a Lucía, y le explica la creación en octavas reales, de las cuales cito:

«Al hombre por blasón de su grandeza
crió a su semejanza en este día
y por no dar lugar a su tristeza
le dió la más amable compañía.
Vióse en Eva perfecta la belleza,
a igual del sol su luz resplandecía,
y para darla más vistosos rayos
en su semblante anticipó los mayos.»

impresos de 1652 a 1704, en el *Boletín de la Academia Española*, 1931, tomo XVIII, págs. 232 418, 583 y 772.

Cegar para ver mejor, en la pág. 440; tomo XIX, pág. 161.

El Hércules de Hungría, en la pág. 434.

La mayor victoria de Constantino Magno, en la pág. 446.

Vida y muerte de San Cayetano, en la pág. 810.

El Hechizo de Sevilla, en la pág. 810.

Sobre D. Ambrosio Arce de los Reyes prepara un estudio el alumno de la Universidad de California Sr. Michels.

El pecado del primer hombre, el castigo del diluvio y el perdón posterior. Casiano trata de hacer comprender a su discípula que ha de creer toda esta doctrina, sin mirarla con los ojos materiales; le da un papel escrito con el símbolo de la fe, y se retira, mientras que Lucía, refiriéndose a Dios, afirma:

«Sólo a tí he de querer
y otro amor he de olvidar.»

palabras que oye Cardenio y le causan una explosión de ira, que no logran calmar las discretas explicaciones de Lucía. Llega a querer quitarle el papel que en la mano lleva; y estando en la disputa, entra Teodosio. El joven enamorado se aleja, entregando el papel, que supone de amores, a Teodosio, quien se entera de que es el símbolo de los cristianos, y decide fingir, pues ha de venir en seguida el virrey Pascasio.

Este se encuentra con Lucía, y no tarda en ser víctima del encanto de sus ojos. Deja el encargo de hacer la inquisición contra los cristianos a Teodosio; y por no mostrarse rendido a la fuerza de los bellos ojos, se retira.

Jornada segunda

Teodosio ofrece a Cardenio la mano de Lucía, y lo trata de convencer de que es mejor el desdén y la frialdad de la que va a ser su esposa. Así cree el padre que olvidará sus ideas cristianas. La invita a acompañarle a Catania, sepulcro de Agata, y le dice que a la vuelta será esposa de Cardenio. Lucía se resiste, pide un plazo; su padre, implacable, lo niega, y ella le confiesa tener esposo. Ante la estupefacción de Teodosio, le pinta a su Amado en esta forma:

«Sin principio criado,
sin esperar el fin constituido,
fué del Padre engendrado,
de entrambos el Amor fué procedido
y son de igual potencia
tres personas unidas a una esencia.

La persona segunda,
por sacarme de eterno cautiverio,
con humildad profunda
para alcanzar mi amor dejó su imperio,
trayendo el fino amante
todo el cielo cifrado en su semblante.

Largo y rojo el cabello,
el cristal de su frente dividía,
la nieve de su cuello
al ardor de sus hebras se encendía
y si el aire las mueve
aquel ardor se abrasa con la nieve.

Muriendo por mi culpa
me rescató su voluntad inmensa,
y no tengo disculpa
si respondo a su halago con mi ofensa,
dándome sin desvelo
a costa de su sangre todo un cielo.

Si penas para el malo,
si glorias para el bueno no tuviera,
yo que en amor me igualo
de un modo le adorara y le sirviera,
pues que venero al soberano Apolo,
sin temor ni sin premio, por sí solo.

Este galán adoro
por esposo le estimo y le venero;
otra caricia ignoro
que como en todo para mí es primero;
mira, pues, si en quererle tengo agravio,
siendo justo, piadoso, eterno y sabio.

Si el oro martillado
que la codicia arranca de la tierra,
si el diamante ilustrado
de las luces que el sol en él encierra,
si el mar que su poder ingrato oculta
me diera las riquezas que sepulta;
si para mí la aurora
cuando anuncia del sol el vivo rayo
cuajara perlas que su vida llora
y para mí se fecundara el mayo;
si fuera en glorias tantas
alfombra todo el orbe de mis plantas,
todo lo despreciara mi porfía
sin inclinarme a su mayor grandeza,
pues con mi esposo alcanzo la alegría
sin temor que suceda la tristeza.

Mira, padre y señor, lo que previenes,
pues me das males y me usurpas bienes,
aunque irrite o merezca tus enojos,
aunque tu acero con impulso fuerte
apague las antorchas de mis ojos
y las sombras encienda de mi muerte,
en querer a mi amante
siempre firme he de estar, siempre constante. »

Teodosio disimula y finge que es cristiano, para obtener de su hija el nombre del maestro que la enseñó. Así que lo sabe, sale iracundo para palacio a pedir al virrey que convenza a Lucía y dé muerte a Casiano.

Aparece el virrey, acompañado de música, que canta:

«En los ojos de Lucía
madrugaba un claro sol,
que no se atrevió a salir
sin licencia de otros dos;
no la despertó el aurora
que otro sol la despertó,
que salió al campo primero
y antes que él amaneció.»

A preguntas de Chicharrón, contesta Pascasio cómo vió a Lucía:

«Vila en el campo, y en hora
que las sombras la hacen salva
aun no se reía el alba,
aun no lloraba el aurora;
el sol con tibios desmayos
aun no ilustraba la cumbre,
ni aun madrugaba su lumbré
para dar al día rayos.
Mas no impide su arrebol
al día, que para el día
*en los ojos de Lucía
madrugaba un claro sol.*

Medroso el sol y ofendido
a salir no se atrevió
porque de otra luz temió
ser no sin causa excedido.
Detuvo sus arreboles
que el sol, cuya luz se alaba,
para salir aguardaba
la licencia de otros soles,
cuando los dos de Lucía
miraron hacia el oriente
y el sol repentinamente
dió claridades al día,
dando a entender aquel dios,
pues luego empezó a lucir,
*que no se atrevió a salir
sin licencia de otros dos.*

Al pisar su pie el vergel
quedaron de envidia o pena
como un carmín la azucena,
como una nieve el clavel;
dormida estaba la rosa,
pálida, confusa y cierta
viendo a Lucía despierta,
más jarifa, más vistosa.
La aurora entonces salió
y a esta flor que el valle dora
*no la despertó el aurora
que otro sol la despertó.*

Halló el sol deshecho el hielo
sin que la sombra de guerra
a la patria de la tierra
ni a la provincia del cielo
echó menos la armonía
de las aves, y la salva
con que festejan al alba
porque las conduce el día,
sin saber que festejó
ya su voz a otro lucero
*que salió al campo primero
y antes que él amaneció.*

El virrey va despachando su audiencia, y hace justicia a un soldado que resistió a la autoridad, y a un matrimonio disgustado. Otavio da cuenta al virrey de las muchas pependencias que hay en la calle, de que resultan heridas y muertes. El virrey impone pena de muerte a los que sacaren las espadas para reñir. Teodosio da noticia al virrey de la reunión que los cristianos han de tener en el sepulcro de Agueda, y le invita a que vaya para tener ocasión de castigar a Casiano, y esperando que convenecería a Lucía de su error. El virrey acepta:

«Temed, cristianos, mi enojo,
pues llevo en el pecho mío
el desprecio que Lucía
hace a todos mis cariños,
y tema yo de sus ojos
los incendios vengativos,
que si los toco me abrasan
y me hielan si los miro.»

* * *

Ante el sepulcro de Agueda, guardado por Arsenia, comparecen y oran Casiano, Lucía, Julia, un tullido, y todos oyen la doctrina de Casiano, que los enfervoriza para el martirio. Irrumpe Pascasio, que anuncia piedades, y al que Lucía contesta:

«Señor, nunca imaginamos
que tú a ofendernos vinieses
que no siempre los rigores
la flecha en el arco tienen;
no siempre el aire se irrita,
ni siempre el mar se enfurece,
ese volcán que es centauro
compuesto de ardor y nieve
no está siempre destruyendo
ni está congojando siempre.
No creyeron tus ofensas,
porque no te las merecen
el afecto con que aman,
el respeto con que temen.»

El virrey dispone que los cristianos vayan a la cárcel. El tullido recobra la libertad de sus movimientos; el virrey se enfurece y quiere por sí mismo destruir el Santuario, y no accede a las súplicas de Lucía; pero Santa Agueda habla desde dentro, y cuanto Pascasio mete la mano en el sepulcro, la saca ardiendo. Tal hecho irrita al virrey, que exclama:

«¡No te apagues tan presto riguroso!
Tala, destruye, quema, abrasa, prende,
consume, arde, irrita, amaga, ofende:
que esta mano que afliges luminoso,
si tú la enciendes, contra ti se enciende,
pues si a valerme de sus iras llego
el fuego suyo abrasará tu fuego.»

Y decreta la muerte de los cristianos, en bárbaros suplicios, exceptuando sólo a Lucía:

«¡Llevadlos! ¡Mueran todos! ¡Infinitos
tormentos los haced por inhumanos!
¡Iguálese el rigor a los delitos!
¡Los más crueles sean más humanos!
¡Nuestros ritos confundan a sus ritos!
¡Mueran alevés, bárbaros cristianos!
Y quédese la mágica encubierta
que le doy vida, porque está ya muerta.»

Jornada tercera

Principia la tercera jornada con un diálogo del gracioso Chicharrón y de su amor, Julia:

«JUL. Chicharrón, pues que te quiero,
quiéreme, y pues es razón.
¿No me quieres, Chicharrón?
Chicharrón, trata de amarme,
pues mi voluntad te alaba.
¡Chicharrón caliente!

CHIC. Acaba,
Julia, de chicharronearme!»

Después de darle la broma de que ha de ser ella la que solicite los favores del mozo, cae la conversación acerca de los amores del virrey, cada vez más prendado de los ojos de Lucía.

Pascasio y Lucía se encuentran, queriendo cada uno hablar al otro de sus propósitos, amorosos los de él, religiosos los de ella, y tras alguna vacilación, dice el virrey:

«Que hay una fuente en el norte
escribe pluma estudiosa,
cuyo licor cristalino
se enciende a la oscura sombra
de la noche que le abraza,
del horror que le sufoca;
y este cristal tiene una
contrariedad prodigiosa:
que si la sombra le enciende,
le hiela también la aurora,
y al ver el raudal su fuego
en sí mismo se aprisiona;
y es que temiendo el ardor
que en su resplandor arroja,
por resistirse valiente
su hielo junta y convoca
y esta natural defensa
le origina que no corra
aquel tiempo que resiste
a la llama luminosa.
Así el raudal de mis voces
al ver divinas antorchas,

que del cristal de tu frente
se visten, con que se adornan,
cuando se ardía en la noche
de tu ausencia, al verte ahora
cercada de dos luceros,
que dan paces y discordias,
se hiela por defenderse
de tantas ardientes tropas;
mas con una distinción
que es preciso que conozcas:
que mi acento se suspende
de dos luces que tremolas,
y la fuente rinde el brío
a la fuerza de una sola.»

Lucía piensa en si pudiera quitar la causa de su amor, y le ruega que deje el tono amoroso para escucharlo.

El virrey, de parte del padre, le propone el matrimonio con Cardenio. Le interrumpe Lucía, y le habla de que ella ama a otro ser más noble:

«Un vasallo y un monarca
a un mismo tiempo me adoran:
aquél me ofrece su hacienda
y éste me da una corona.
¿Pues he de elegirlo esclava
y despreciarlo señora?
No, Pascasio, que por ti
he de alcanzar esta gloria,
he de tener esta dicha
y adquirir esta victoria.»

La doncella trae a la realidad al enamorado Pascasio, que sigue creyendo ser amado de ella, y que ensalza sus ojos:

«Esos hermosos luceros,
que inclinan, porque enamoran;
esos soles que dan guerra
al batallón de las sombras;
esas luces que se avivan
en ardor cuando se enojan;
esas lucientes estrellas
y esas cándidas auroras,
sigo, venero, idolatro,
con la voluntad tan pronta,
que la que no fué precisa
viene a ser por ti forzosa.»

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

Al oír lo cual reflexiona Lucía:

«Si los ojos, si las manos
a las culpas ocasionan,
¿no es bien sacarse los unos?,
¿no es bien cortarse las otras,
porque no llegue a extenderse
en lo demás su ponzoña?»

Pero Pascasio sigue exaltado, expresando su anhelo por los ojos de la doncella, por los cuales diera todos los bienes del mundo.

—¿No quieres más que mis ojos?— le pregunta Lucía. —Sólo ellos me enamoran—, afirma Pascasio. —Pues yo te daré mis ojos—, le dice la joven, alejándose por un momento. Vuelve, acompañada de Julia, con las órbitas vacías y un plato con los ojos, y le dice:

«Pues ella, señor, te ofrece
su vista, porque a su vista
mires el pesar que amabas
y el horror que apetecías.
Estas, señor, son las luces
en que tu amor se encendía;
hiélente ahora por muertas
las que te abrasaban vivas.
Y pues que cesa la causa
de tu amorosa porfía,
déjame, pues que te dejo
en esto lo más que estimas.»

La impresión que a Pascasio causa tal hecho, la expresa en este soneto:

«¡Llama luciente entre ceniza helada,
que resplandeces más, más consumida,
¿eres luz y eres sombra, muerte y vida,
que estás perdida cuando estás hallada?
¡Lumbre en horror y miedo disfrazada,
fábrica de tu estrago construída,
¿qué resplandor causabas encendida,
pues que tanto me alumbras 'apagada?

Ya resistir no puedo resplandores;
no tanto me alumbréis, antorchas bellas,
porque son rigurosos los favores.

Temed, huid, temblad de sus centellas,
que ya fenece el mundo con ardores,
cayéndose del cielo las estrellas.»

Y a seguida se desata en imprecaciones contra los cristianos, convertido su amor a Lucía en odio implacable.

A Lucía se le aparece un ángel, que aprueba su acto, y la eleva a las nubes. Y Pascasio, que no puede arrancar de su alma el amor a la piadosa joven, la encuentra, duda, vacila, la recrimina a ella y a su Dios, que permite que siga sin ojos. Y llega a ver que otra vez los tiene. Ante tal maravilla, el virrey llama a sus criados y servidores, y delante de ellos Lucía canta un himno a la castidad, que concluye:

«La castidad es la joya
que más en el mundo aprecio,
cándida tela que tejen
en la provincia del cielo.
A la castidad adoro,
a la castidad venero,
a la castidad estimo
y en la castidad me enciendo.»

Pascasio decreta que la lleven al burdel; pero ella está inmóvil, y nadie puede arrancarla de su sitio. El padre la excita a que no le dé la pesadumbre de ver su martirio:

«Hija, hija, si estas canas
que trémulamente peino,
letras que escribió con nieve
en mis dos sienes el tiempo...»

La doncella va animosa al suplicio, que lo cuenta el gracioso, único personaje que queda en escena, y cuya descripción refleja cierto interés histórico:

«Ya la llevan, ¡qué pesar!
Y va firme como un roble:
«den, por Dios, para esta pobre
que sacan a degollar.»

Toda la plaza está llena
de gente que causa susto;
miren allí con el gusto
que van a ver una pena.

Aquél con manos severas
se arrima al que está embobado,
por saber hacia qué lado
se hicieron las faltriqueras.

Todos las caras alzadas
tienen, y en aquesto dan.
¡Oh, qué famosos que están
para llevar gaznatadas!

Ya el pregonero el camino
empieza y se satisface.
¡Ah! Qué buena voz que hace
en esta ocasión el vino.»

Los cristianos se rebelan y dan muerte al virrey; la santa aparece en el suplicio, donde la coronan los ángeles.

* * *

Bien clara se ve la influencia de Lope de Vega en esta bella comedia de Arce, que difiere de la de Justiniano en suponer enamorado al virrey Pascasio, igual que se leía en las *Parthenices* de Mantuano y en las *Vidas* de Juan Maldonado. La acción es clara y diáfana, dentro del sistema de la escuela; está relegado a segundo término el amor de Cardenio, y es atrayente y espiritual la figura de Lucía, con la cual contrasta violentamente el virrey, *durus et atrox*, capaz de las mayores tropelías, duro de corazón, incapaz de dejarse influir por los milagros más patentes.

Creo que Arce conoció la comedia de Justiniano; sobre todo el episodio en que le arde la mano al intentar profanar el sepulcro de Santa Águeda, procede de otro igual de la primera comedia; y hasta se da la circunstancia de que en ambas se emplean octavas reales para las horrorosas imprecaciones del virrey.

* * *

Dentro del siglo xvii y en textos literarios no dramáticos se reproduce la leyenda de la mutilación voluntaria de Santa Lucía. Es típico el sermón que el doctor Cristóbal Lozano dedica, con el nombre de *Oración evangélica en alabanza de Santa Lucía, abogada de los ojos* (42), «a la más preciosa perla, que en las islas de Ceilán, ni en el mar de Margarita pescó el Pescador Supremo; a la más rara hermosura que veneró Sicilia, pues a la vista de sus ojos se abrasaban corazones y se embelesaban almas... a la Médica famosa y Physica divina, que para curar ojos lascivos hizo al doliente ella misma plato de sus ojos.»

(42) *El hijo de David más perseguido*, cap. IV, ejemplo 3.º (pág. 91 de la edición de Madrid, 1761).

Acerca de la personalidad de Lozano y de su bibliografía, véase la excelente y completa monografía del joven y erudito profesor D. Joaquín de Entrambasaguas, *El Doctor D. Cristóbal Lozano*, extracto de la *Revista de Archivos*, 1927.

Véase cómo explica Lozano «por qué es Santa Lucía abogada de los ojos, y por qué la pintan con ellos en un plato»:

«Un mancebo de lo más principal de Zaragoza estaba tan enamorado y perdido por Lucía, que andaba (como acá decimos) bebiendo el viento por ella. No acertaba a salirse de su calle, asido siempre a sus rejas, siempre siguiendo sus pasos: Lucía se hacía la desentendida, hasta que viendo su porfía, le envió a reñir sus sinrazones, diciendo que la dejase y que ¿qué quería de ella? Que si pensaba en su hacienda y sus riquezas estuviese advertido que ya lo había vendido todo y repartido a pobres, y que su voluntad era de vivir en estado de doncella; y que así que se quitase y buscase otros más ricos empleos. El mancebo enamorado valiéndose de una criada y aun sobornóla quizá para ello (que criadas y terceras, alcahuetas, dicho en buen romance, son las que por interés echan a perder a una doncella, a una familia, y a un pueblo: ojo las que tenéis hijas, y mirad las compañías que las dais, porque compañías ruines a la más noble la manchan). Valido, pues, el mancebo de una criada, enviola un recado a Lucía, lleno de exageraciones, de ansias, de deseos y de todos aquellos cumplimientos que ofrece un enamorado a la dama que idolatra, añadiendo por contera que él no buscaba hacienda, ni quería riquezas, reinos ni coronas, sino solamente gozar sus hermosos ojos; que sus ojos eran el imán atractivo de su alma; que sus ojos eran soles en que ardía, luces en que se abrazaba, y que sus ojos, en fin, le tenían perdido, loco y muerto.

«Claro está que la tercera haría muy bien el papel, que no hay criada boba en estos casos: pintó a Lucía todos los extremos del joven enamorado. La santa, habiendo oído el recado, y hecho para con ella su discurso, respondió a la mensajera: «Esperaos, responderé; que es razón que yo remedie a quien está por mí tan rematado y perdido». Diciendo esto, entróse en su aposento, e inspirada del Espíritu divino (pues claro está que a no inspirarlo Dios hiciera Lucía mal en tal arrojo), sacó un cuchillo de su estuche, pidió un plato, y con más valor que Porcia ni Sofronia, se sacó entrambos ojos, y, puestos en el plato, llamó con gran gentil despegó a la criada (que atónita y pasmada de ver el espectáculo, se quedó como difunta) y díjola: «Andad y decid a ese caballero que, supuesto que mis ojos son los que le atormentan, los que le matan y encienden, los que desea, los que busca y los que ama, que vea, ahí se los envío, que se contente con ellos y que me deje.»

«Hecho tan heroico, hazaña tan famosa que con estos ojos de Lucía y con los merecimientos que granjearon con Dios, mira esta gloriosa santa a todas las necesidades de sus devotos; y así por esta causa la pinta nuestra madre la Iglesia con los ojos en un plato, que es decir que Santa Lucía es señora de nuestros ojos, y que la salud de ellos, así de los corporales como de los del alma, quiere Dios que corra por su cuenta. Bien se manifiesta en tan innumerables milagros como ha hecho y hace cada día Santa Lucía, sanando el mal de los ojos. La primera cura fué la de los ojos lascivos de

su pretendiente, pues según dice la historia, al punto que vió el mancebo en el plato los ojos de Lucía, y aunque ya soles muertos, le arrojaban rayos dulces a su alma; se mortificó de modo, se compungió de suerte que, apagando en su pecho las llamas de la lascivia, les puso freno a sus ojos de castidad y pureza.»

Cuenta luego Lozano rápidamente los milagros de la inmovilidad, de la incombustión y la muerte de la santa, degollada con una espada.

No estaban todos tan seguros como Lozano en afirmar el hecho de que el patronazgo de los ojos lo ostente la santa por este hecho de la mutilación voluntaria: ya hemos visto cómo dudaba alguno de los censores de la comedia *Cegar para ver mejor*, de Arce, y los editores del *Flos Sanctorum*, de Villegas (Barcelona, 1794), no se satisfacen con la explicación dada del nombre de Lucía por los autores, y dicen que algunos «atribuyen a otra santa del mismo nombre» el hecho de que se sacase los ojos para evitar la persecución de que la hacía objeto «un hombre principal». Acaso no estuviese lejos del texto de Lozano, o del que a éste sirviera de fuente, la de esta edición del *Flos Sanctorum*: los ojos puestos en un plato, con una criada suya, que debió de estar bien espantada de verlo, se los envió diciéndole que tomase de ella lo que le había parecido bien y la dejase. Y para explicar la innovación que este episodio de los ojos hacía en las vidas antiguas de la santa, dice el *Flos Sanctorum*, de 1794, que no se incluía en ellos el hecho para evitar casos semejantes por puro fanatismo.

* * *

Todavía la leyenda de la monja que se arrancó los ojos sobrevive en la literatura del siglo xix. En el farragoso *Drama Universal*, de Campaamor (43), la vemos aparecer con todos sus espeluznantes detalles en el episodio de

El príncipe sin nombre

«Detuvo al hombre, hasta el furor hastiado,
Honorio, preguntándole: —¿Quién eres?—
—Un hombre, contestó, que, desdichado,
sólo amó a la mujer en las mujeres.

Gran príncipe nací; y aunque comienza
mi vida en cuna real, he sido un hombre
que, acaso por desprecio o por vergüenza,
ha olvidado la historia hasta mi nombre.

(43) Escena 31. *Obras completas*, Madrid, 1903, tomo VII, pág. 329.

A sor Clara una vez en su convento
la requerí de amor con un cinismo
que en tan santo lugar y en tal momento,
lo audaz deshonraría al crimen mismo.

—¿No adivináis mi amor en mi mirada?—
murmuré irreverente a sus oídos.

¡Oh juventud por el placer cegada,
que no piensa en más Dios que los sentidos!

—¿Qué os gusta en mí?— me preguntó gimiendo.

—Vuestros ojos— la dije, y tristemente,

—¡Mis pobres ojos!— exclamó, volviendo
al cielo con dolor su limpia frente.

Y de su celda hacia la puerta andando,

—Mi respuesta aguardad— serena dijo;
y en el quicio apoyada, entró besando,
con la fe de una santa un crucifijo.

Al pensar ¡oh miseria de la vida!
en su talle gentil, su rostro bello,
la respuesta aguardando prometida,
hasta se hinchaba de placer mi cuello.

Al umbral de la puerta, a poco rato,
destrozadas las órbitas se asoma
y sus ojos me ofrece en este plato
con tranquilo ademán, diciendo: —«Toma».

¡Horror! Cruzaron por el pecho mío
la sangre al ver de tan atroz presente,
una llama primero y luego un frío
que hasta heló de mis lágrimas la fuente.

— Toma —añadió— que mi presente pueda
a tu pecho sin fe volver la calma;
y aunque ves que mi faz sin ojos queda,
para mirar a Dios me basta el alma.»

Me echó el plato y partió. De espanto yerto,
yo en tanto miro el don que, abominable,
dejó en mi sangre para siempre muerto
el torbellino del amor culpable.»

Y todavía ha debido inspirar, aunque sea remotamente, la bella composición de Enrique González y Martínez, poeta mejicano de nuestros días. En su *Parábola de los ojos* pinta un hombre, pugnando por sacudir la obsesión de la lujuria, que le sugiere la visión fantástica de una mujer:

«Sólo un hombre pugnaba por asirse a la vida
ante el hondo presagio de la noche estelar,
y quedarse a la zaga, mientras era impelida
la fantástica turba por el viento del mar.

Mas sintió que era inútil... Un afán sin medida
le empujaba al espectro... ¡Y era noble cegar
las pupilas obsesas a la luz maldecida
por no ser el esclavo de su propio mirar!

Y en las pálidas cuencas que albergaban sus ojos
sepultó las diez uñas, y cayeron dos rojos
y sangrientos claveles de la turba a los pies...

Y sumido en su noche, emblemático y fuerte,
como el ángel que triunfa del amor y la muerte,
lo miraron los hombres que pasaron después.» (44)

* * *

¿Puede haber algún fondo histórico en la leyenda de la doncella que se sacó los ojos? En fin de cuentas es la adaptación literal del precepto evangélico: «Por tanto, si tu ojo derecho te fuere ocasión de caer, sácalo, y échalo de tí; que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala, y échala de tí; que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.» (45) Y muchos casos heroicos de castidad y de mortificación se cuentan en las *Vitae Patrum*, o en el *Prado espiritual*, como llevados a cabo por los monjes del desierto, para no poder pensar en la verosímil posibilidad de un hecho histórico y real.

Es sorprendente el relato que llega a mis manos en los días en que estoy redactando este artículo. Se cuenta como sucedido en Venezuela, y lo refiere el padre Andrés Mesanza, dominico español, a quien lo contaron, a fines de agosto de 1923, a bordo del vapor español *Buenos Aires*, unas religiosas del Buen Pastor, testigos presenciales del hecho. Quiero dejar el relato tal como el padre Mesanza lo ha publicado, después de habérselo leído a la monja que se lo contara (46):

«En la ciudad de X vivía una joven huérfana con su tía; la señorita era ejemplar en su virtud: noble, rica y hermosa. Con santo orgullo llevaba la insignia de Hija de María y era el modelo de sus compañeras. Un día, al atravesar la calle, topó con dos militares; uno de ellos, mirándola, exclamó:

(44) *Lirica Mexicana*. Antología publicada por la Legación de México. Madrid, 1919, página 226.

(45) Evangelio de San Mateo, cap. V, vers 29 y 30. En el de San Marcos (IX, 47) se dice casi lo mismo: «Y si tu ojo te pone ocasión de caer, sácalo: mejor te es entrar al reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado a la Gehenna»

(46) *El Mensajero Venezolano del Corazón de Jesús*, año XXV, núm. 298. Caracas, octubre, 1929, págs. 278-283.

mó: «¡Qué ojos tan hermosos!» Este inesperado cumplimiento la hizo sonrojar, y... apresuró el paso para llegar a su casa. Una vez allí corrió al espejo a ver sus *hermosos ojos*, como el militar los había llamado. Hasta entonces nunca había pensado que eran tan bellos. Consintió en pensamientos de vanidad y se propuso hacerlos valer. Poco a poco fué reclamando frecuentar más el mundo, vestirse lujosamente, seguir la moda en todas sus peligrosas exageraciones. Las pasiones se fueron despertando; fastidiada con los maternales consejos de su piadosa tía la abandonó para ir a vivir con amigas mundanas; pero, aumentando su sed de libertad y las exigencias de sus pasiones lisonjeadas, aquellas amigas le negaron su hospitalidad por temor de comprometer su reputación. Nuestra joven, herida, partió a otra ciudad con su gran fortuna, para vivir allí sola y libre... Como es fácil imaginarlo pronto los numerosos amigos le ayudaron a derrochar todo, y entonces el mundo, como acostumbra, la abandonó, dejándola enferma, sola, sin honor, presa de los más terribles remordimientos.

Desesperada se entregó a la bebida para «olvidar», y «la hija de María», modelo de virtud en otros tiempos, quedó convertida en el ser más degradado y escandaloso de la ciudad, conocida de todos los policías, que, cuando la encontraban beoda, privada de razón en alguna plaza pública, con asco la cogían, la metían en una ambulancia para dejarla en la cárcel unos días.

Esto acababa de suceder en una fría tarde de invierno y la habían encerrado en estrecha celda de la prisión.

Esa noche el guardián de vigilancia, al pasearse por los largos corredores con su linterna, quedó transido de terror al oír en el silencio nocturno el grito más espantoso; en ese alarido se distinguían los sentimientos más horribles: desesperación, temor, dolor en su más extremo grado, furor; en fin, era un grito más del infierno que de la tierra. Vuelto en sí, el policía se encaminó a la celda de donde el grito había salido, vió el número, buscó su librito, y al ver que nuestra pobre heroína era quien la ocupaba, se tranquilizó y se dijo: — Si es ella, nada importa; será causado por el *delirium tremens*.

Al amanecer, nuestro guardia fué a abrir las celdas, y al entrar en la del grito..., horrorizado, retrocedió. ¡Qué cuadro tan espantoso se presentó a su vista! Una mujer pálida, mortal, inmóvil, acurrucada sobre la paja, con dos huecos sangrientos y en el suelo..., en un pozo de sangre..., dos ojos.

Vuelto de su estupor se acercó: — Mujer, ¿quién ha hecho eso? —, le gritó. Silencio profundo... —¿Quién ha sido el autor de semejante crimen? —, insistió, cogiéndola por el brazo... Una voz ronca se dejó oír: «Soy la más culpable y miserable de las criaturas, que me castiguen como lo merezco.»

A cada nueva tentativa ésta era su única respuesta; lo mismo cuando la condujeron a los tribunales delante del juez. «Soy la más culpable de las criaturas —repetía—, que me castiguen como lo merezco.»

—¿Qué hacer con ese caso extraño?... ¿Será culpable?... ¿Estará loca? Llénvela al Buen Pastor—, decidió por fin el juez; las buenas religiosas con su tacto acostumbrado y caritativa delicadeza encontrarán la solución del problema.

La compasión de las hermanas fué grande cuando les entregaron a esta desgraciada. Siguiendo las costumbres del instituto nadie hizo una pregunta a nuestra pobre joven sobre su vida pasada ni sobre el espantoso suceso de la pérdida de la vista; al contrario, se esforzaron en rodearla de bondades y delicadezas, la llevaron a la enfermería, le prodigaron toda especie de cuidados y poco a poco se cicatrizaron las rojas cavidades, que fueron disimuladas con anteojos negros.

Jamás se le escapaba una queja a esta pobre criatura; todo lo encontraba inmerecido, demasiado bueno para ella, y se deshacía en agradecimientos por el menor servicio. Una vez restablecida quiso hacerse útil, y oyendo decir que la casa se sostenía con el trabajo de lavandería, deseó a toda costa aprender a planchar. No pudieron disuadirla las religiosas diciéndole que ella, ciega, no estaba obligada a trabajar así... Insistió con tanta instancia, que, por no apenarla, la dejaron ensayar. En poco tiempo aprendió aquel arte con tal perfección, que a ella le daban a planchar las cosas más delicadas y difíciles. Llena de paz y dulzura, sus compañeras la veían deslizarse como un ángel sembrando la edificación y el contento por todas partes. A ella recurrían cuando necesitaban un consejo, una palabra de aliento, calmar una tentación. La maestra, encantada, se servía de ella para ayudarle en todos los casos difíciles, persuadir a una el no abandonar el seguro nido del Buen Pastor, a otra pedir perdón a su compañera ofendida, vigilar a una tercera para que no hiciese mal por medio de conversaciones imprudentes, etc., etc.

Así pasaron diez y siete años de una vida ejemplar y penitente; inmóvil pasaba los domingos delante del Santísimo, sus comuniones eran diarias y muy fervorosas; en fin, nadie encontraba en este «ángel de la clase» la menor imperfección; pero lo que más llamaba la atención era su devoción extraordinaria por la Santísima Virgen y su santo rosario.

Una mañana no pudo levantarse, y al ir la maestra ansiosa a ver lo que tenía, la encontró muy enferma; el médico acudió y la declaró gravísima, añadiendo que sólo tendría pocas horas de vida y que debía prepararse a la muerte. Al saber esto la enferma, el más vivo gozo llenó su alma; pidió se le administrasen los últimos sacramentos inmediatamente. Después de recibir el santo viático, y de una ferviente acción de gracias, suplicó a su maestra le concediera un favor: el de dirigir la palabra a sus compañeras las penitentes, reunidas alrededor de su cama, acongojadas de perder a su «ángel». Apenas se le concedió, les dijo que, antes de morir, quería contarles su vida, para que mejor comprendieran cuánto necesitaba de sus oraciones y esperando que su triste experiencia les impediría caer en los mismos pecados. Empezó, pues, a contarles lo que sabemos, hasta llegar a esa noche en la que, completamente ebria, la habían arroja-

do en un calabozo, sobre un montón de paja. «Allí permanecí como un animal, inconsciente de mí misma, varias horas; pero de repente, ¿cómo?, no lo sé, creí sentir mi alma desprenderse de mi despreciable cuerpo y asistir a mi juicio delante del tribunal de Dios. El terrible demonio estaba allí triunfante, seguro de su presa.

»Una luz intensa iluminó mi vida entera y mis odiosos y numerosos pecados. ¿Cómo describir lo que sentí en esos momentos? Hubiera querido aniquilarme y desaparecer en el centro de la tierra..., cuando apareció mi juez, airado justamente contra mí. Al ver el plato de la balanza pesado con mis inquietudes, Él pronunció las terribles palabras: «Lejos de mí..., condenada por toda una eternidad!» En un instante comprendí la extensión de esta palabra y vi el infierno abierto a mis pies... Un grito feroz se escapó de mi ser, y... ¡oh maravilla!, la Virgen María, la que había sido en mis primeros años mi madre tiernamente amada, apareció suplicante a los pies de su divino hijo: «¡Oh, Jesús —le dijo—, detén la sentencia, acuérdate que esta alma fué Hija de mía, por amor a mí dale unos años más de prueba!» «Pero, madre mía —le contestó mi juez—, por lo mismo que fué Hija de María es más culpable abusando así de sus gloriosos privilegios.» «Hijo mío —insistía mi celestial abogada—, ¿podrás negarle algo a tu madre?»

»Y dirigiéndose a mí, pobre pecadora, que escuchaba temblando este diálogo divino, me miró y me dijo: «Mira.» Miré. ¿Y qué vi? Una pirámide colosal, la punta hacia abajo y cuya base inmensa se perdía en las nubes. Al fijarme más vi que el punto de la inconmensurable pirámide reposaba en la tierra sobre... dos *ojos humanos*. Con estupor todo lo comprendí; ese punto fijo era símbolo de mi primer pecado de vanidad, al oír decir que mis ojos eran hermosos, y por medio de mis infidelidades voluntarias y pecados reiterados mi vida se había convertido en un coloso de iniquidades.

»En ese momento me desperté... ¿En dónde estoy?... ¿Muerta o viva?... Por fin, realizando la situación, tuve horror de mí misma, de mis ojos, que fueron la primer causa de mi perdición, y en ese deseo, imprudente, sí, pero ardiente de vengar en mí el honor de Dios, me arranqué los dos ojos y los tiré lejos de mí. Feliz aquel primer acto de expiación; esperé el día anhelado en que me castigasen, me torturasen, me hiciesen sufrir, siquiera un poquito, como lo merecía; en comparación de ese infierno espantoso que había visto abierto a mis pies todos los sufrimientos de la tierra me parecían sumamente insignificantes, juegos de chiquillos.

»Así se deslizaron diez y siete años felices en este santo asilo; mi corazón desborda de gratitud, y sólo el pensamiento de ir a ver a mi misericordiosísimo salvador y a mi madre querida me llena de la más viva alegría...»

Su rostro sonrosado parecía en éxtasis...; un silencio impresionador reinaba allí como en un santuario. El ministro del señor pronunciaba la última absolución...; la moribunda tendió los brazos, y con esa misma ex-

presión de gozo celestial, como si viese a la Virgen Inmaculada venir en persona a conducir al cielo a este trofeo de las divinas misericordias, inclinó la cabeza y dulcemente expiró, sin agonía.»

¿No resulta extrañamente curioso ver puesto en práctica, por arrepentimiento, en el siglo xx, el mismo hecho que, por virtud heroica, se dice sucedido en el siglo vi?

* * *

Nota final. He de expresar mi agradecimiento a D. Joaquín de Entrambasaguas, doña Enriqueta Hors, doña María San José y padre Cristóbal Fernández, alumnos de mi clase en la Universidad en el curso de 1928-1929, por la ayuda que me prestaron en la busca de datos para la redacción de este artículo.

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA

FRAY LUIS DE LEÓN Y FRAY HÉCTOR PINTO

El nuevo libro del insigne lusólogo e hispanizante Sr. Aubrey Bell (1), trazado con sereno espíritu, y cuyos límpidos párrafos no insinúan una actitud polémica de *odium theologicum* o censura inquisitorial, ofrece al estudioso de la cultura lusitana numerosas sugerencias y valiosas noticias y juicios, como, por ejemplo, la posible influencia de la *Canción autobiográfica* (*Vinde cá...*) de Camoens en la poesía *Del conocimiento de sí mismo* de Luis de León (pág. 226).

Es, sin embargo, en torno de una noticia acerca de Fr. Héctor Pinto, cuya biografía está narrada en cuatro líneas, y cuya posición mística y saber escriturario jamás han sido estudiados, sobre lo que hacemos esta nota comentando un pasaje del notable libro del Sr. Bell.

En la *Portuguese Literature* (pág. 236), al biografiar a Fr. Héctor Pinto, dijo el Sr. Bell que el autor de los diálogos *Da imagem da vida cristã*, tras haberse doctorado en Teología por la Universidad de Sigüenza —que en aquel tiempo no merecía aún el peyorativo epíteto seiscentista de *Universidad silvestre*—, concurrió en 1567 a una cátedra de la Universidad de Salamanca, mas fué vencido por la oposición de Luis de León y por las luchas entre los padres jerónimos y agustinos.

En la monografía desenvuelve este punto escribiendo: «[Fr. Luis de León] incurrió también en la enemistad de los jerónimos, que ansiosamente deseaban que el portugués Fr. Héctor Pinto, cuyas obras son casi tan estimadas por los catadores de la lengua portuguesa como las de Luis de León lo son por los de la castellana, obtuviese una cátedra de Teología en Salamanca. Fr. Luis pudo haber visto en esto un ataque a las esperanzas de su amigo Grajal, que ya anteriormente tuviera discrepancias con los jerónimos, y desaprobando la creación de una nueva cátedra, por innecesaria, en la Universidad, opúsose seriamente a las pretensiones de fray Héctor a esa cátedra y apoyó a Grajal contra éste en la sustitución de la cátedra de Biblia. Debe observarse de paso que Pinto, a quien una tradición posterior atribuye la frase *El rey Felipe bien me podrá meter en Castilla, mas Castilla en mí es imposible*, estaba lejos en 1568 de mostrar esta adversión. Envió a decir a Fr. Luis de León que se comprometía por escrito a no oponerle con él cuando vacase la cátedra de Biblia, con tal que le fuese garantizado un *partido*; pero Fr. Luis no aceptó tal contrato y salió

(1) Aubrey F. G. Bell, *Luis de León. A study of the spanish Renaissance*. Oxford, 1925.

Pinto afrentado de Salamanca. Héctor Pinto venía recomendado por el rey y por el Consejo Real, y es posible que los jerónimos se hubiesen quedado a Felipe II, así como a Fr. Diego López, prior del convento de los agustinos de Salamanca» (págs. 122-3).

Estas noticias nos avivaron la curiosidad de esclarecer ese capítulo de la biografía de Fr. Héctor Pinto, tanto más cuanto que la crudeza de los hechos disiente del parentesco espiritual de los contendientes, revelado ora en el método de interpretar las Escrituras, ora en la actitud mística *De los nombres de Cristo* y de la *Imagem da vida cristã*, y fué también el Sr. A. Bell quien liberalmente nos facilitó algunos extractos documentales de dos libros que no teníamos a nuestro alcance.

En 1568 se nos aparece Héctor Pinto en Salamanca, si es que, como parece lógico, no estaba allí desde antes. A la vieja ciudad universitaria, uno de los centros de peregrinación intelectual de todo portugués culto, llevóle quizá la necesidad de imprimir los *In Ezechielem Prophetam Commentaria*, que realmente imprimió en esta ciudad y año; mas seducíale también la posibilidad de regir una cátedra. La naturaleza de sus estudios —además de los *Commentaria in Ezechielem* había publicado en Lyon, en 1561, los *In Isaiam Prophetam Commentaria*— salía al encuentro de las necesidades de la Facultad de Teología. En 1560 se jubila Gregorio Gallo en la cátedra de Sagrada Escritura o Biblia (Esperabe Arteaga, *Historia de la Universidad de Salamanca*, II, 351-2); pero era costumbre o ley universitaria conservar la cátedra en nombre del propietario hasta su muerte, proveyéndose interinamente, por períodos de cuatro años, por el sistema de las oposiciones (Getino, *Vida y procesos de Fr. Luis de León*, página 264). En este año de 1568 debería haber, por tanto, concursos (oposiciones), viniendo así las circunstancias a estimular los deseos de Fr. Héctor Pinto, que eran también los de su orden. Al acabar el año 1567, Fr. Rodrigo Hiespes, prefaciando en Madrid los *In Ezechielem Commentaria*, no recela en afirmar que «*Inter [prophetarum enarratores] nostra hac tempestate principem locum tenet reverendus pater Héctor Pintus, patria Lusitanus*»; confesando además que «*ubi simul integritatis suæ, religionis, pietatis, ac eximie prudentiæ, prout sacerdotem monachum, theologumque decent, exemplo ac conversatione plurimum recreati sumus*».

Gaspar Grajal era el catedrático interino desde la jubilación del maestro Gallo. En torno de su nombre y de sus opiniones de hebraizante se urdía la intriga teológica que le arrastraría, con Fr. Luis de León, a las cárceles Inquisitoriales. Los jerónimos del convento de la Victoria de Salamanca, que ya en 1562 habían denunciado a Grajal, ¿no harían todo lo posible para evitar la reelección en este segundo cuatrienio, conquistando la cátedra para su orden? Por las piezas del primer proceso parece que no hay dudas. Sea como fuere, Héctor Pinto iba empleando las horas libres en conferencias, como hoy diríamos, y veía formarse a su alrededor un aura de prestigio. Los estudiantes parecían ser los más entusiastas, y entre ellos es natural que se distinguieran los portugueses, cuyo número

todavía era entonces apreciable en Salamanca, a despecho de los esfuerzos nacionalizadores de la Universidad de Coimbra. (Véase el documento publicado por Teixeira de Carvalho en la *Revista da Universidade de Coimbra*, vol. III, pág. 265.)

Espon táneamente, o inducidos por un elemento hábil, solicitaron de la Universidad la creación de un *partido* suficientemente remunerado para que quedase en Salamanca el maestro libre enseñando las páginas sacras, las lenguas y artes liberales, en las cuales se mostraba tan noticioso, y cautelosamente se instruyó al rey y a los miembros del Consejo Real de ese propósito. Simultáneamente a estas representaciones de los estudiantes, de trascendental importancia porque sus votos eran los que conferían las cátedras universitarias, se procuraba vencer la resistencia de los profesores. En el primer proceso Luis de León pregunta «si saben que el doctor Héctor Rodríguez vino a la celda del dicho Fr. Luis de León y le pidió que no contradijese el partido que pedía el dicho Pinto, y de su parte le ofreció que no se [o]pondría con el dicho Fr. Luis de León a la cátedra de Biblia si vacase, y dello le daría seguridad firmada del dicho Héctor Pinto, y el dicho Fr. Luis de León no lo quiso hacer ni cesar en la dicha contradicción»; citando, entre varios testimonios, el del médico portugués, su colega en la Universidad y constante amigo, Ambrosio Nuñez. (*Colección de documentos inéditos para la historia de España*, XI, páginas 262-3.)

La petición de los estudiantes fué presentada en 17 de mayo de 1568 al claustro universitario, cuyos votos se dividieron, y aunque ocho miembros, entre ellos el rector y maestrescuela, la aprobaron, la mayoría decidió, si no repudiarla, por lo menos diferirla. Es lo que parece confirmar la convocatoria inmediata del claustro para el día 20 del mismo mes, en el cual el maestro Gaspar Torres dió por escrito el siguiente voto:

«Dixo que no convenia al bien de la Universidad, ni se podia de presente votar en lo que el señor Rector tiene propuesto, lo uno porque fue pedido este salario por no parte, porque la petición y firmas que en Claustro se dio era de canonistas, y si algunos theologos firmaron fue por importunacion de unos portugueses que anduvieron muchos dias cobrando firmas... Y lo otro por la variedad de oyentes de diversas facultades que tiene el P. Maestro Hector Pinto, porque en el numero se conoce claro no ser solo theologos, es evidente razon para pensar que lo que hace el padre Pinto es mas predicar que no interpretar Escritura, porque a interpretarla como conviene en Escuelas solo podran oir los que la entendieren, que habian de ser artistas o theologos... Lo otro porque para que esta Universidad insigne se conserve en la limpieza de errores como hasta aqui, conviene que se evite la ocasion de do tanto daño ha venido en otras Universidades que sin teologia escolastica solo con lenguas se han metido muchos a explicar la escritura y pretendido que todos la pueden oir e tratar, de do vino el principal daño de Alemania, e asi es necesario primero conste de la suficiencia que tiene el P. Maestro en Theologia scholastica presidiendo

en actos e sustentandolos, de lo cual nadie ha visto muestra ninguna en esta Universidad.» (Getino, obra cit., págs. 123-125.)

Con este voto comenzaban a descubrirse las primeras luchas entre los partidarios de la Vulgata y los del texto hebreo, que en breve degeneraron en esas iras teológicas de compasiva ironía, si no fuesen a veces de trágica memoria; pero sorprende que el traductor del *Cantar de los Cantares* lo aprobase en una extraña incoherencia, porque consciente o inconscientemente Gaspar Torres condenaba el método hebraizante y la frescura de inspiración bíblica por la Filología que Héctor Pinto moderadamente practicaba. (*Sequor communem versionem ab Ecclesia approbatam, et in fine uniuscuiusque capituli adiicio ex hebraeo nonnullas annotationes*, dice en la dedicatoria del *In Isaiam Commentaria* al cardenal-infante D. Enrique.)

Diríase muerta la pretensión de los estudiantes; pero inesperadamente es leído en el claustro pleno de 13 de julio una provisión regia, en la cual se ordenaba «se diese a Fr. Héctor Pinto la cátedra de Teología que había obtenido por votos de estudiantes, con la condición de que diese muestras en lo escolástico como lo había dado en escritura y cual se había ofrecido a dar».

La Universidad tuvo entonces una actitud de independencia, y discutiéndose si debía o no cumplir la voluntad real, la mayoría vota por la desobediencia, destacándose Fr. Luis de León. Valerosamente, como le imponía su temperamento de luchador, que por serlo puede exclamar con horaciana moderación:

«¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!»

da por escrito el siguiente voto:

«El maestro fr. luys de leon dio su boto e parecer scripto e firmado de su nombre, el qual es el siguiente: Acerca de la provision de su magestad, que se a presentado en este claustro que se cuentan trece de Julio, en que su magestad manda que se le diese informacion de lo que en esta Universidad a pasado en manera que haga fee en el anterior claustro de deputados, primero que se fizo acerca deste negocio, y ni mas ni menos de todo lo que pasó en el claustro pleno que despues se hizo sobre lo mismo, en el cual testimonio vayan los pareceres que acerca desto dieron por escripto los señores maestro Sancho e maestro fray gaspar de torres, asi como los dieron, a los quales nos allegamos los theólogos que estabamos presentes e muchos otros destos Señores doctores, porque destos testimonios constara entera e verdaderamente todo aquello que su magestad manda se le envie informacion, e pido y supplico al Señor rector no mande ni consienta

que se aga alguna otra particular información de estudiantes y personas particulares, porque es manifesto y notorio que ese padre y los que tratan deste su negocio an andado con gran diligencia agora, hablando e negociando por diferentes maneras con las personas deste claustro, para que den este partido al dicho padre y no le contradigan, ofreciendo para ello promesas e haciendo amenazas. Y es tambien publico y notorio que para las firmas de estudiantes que una vez se traxeron a este claustro y otras se embiaron a su magestad y a los señores de su muy alto consejo, andubieron un mendigo y otros dos o tres estudiantes de la nacion del dicho padre importunando a los estudiantes theólogos y a otros de otras facultades que firmasen un pliego de papel blanco que les mostraban, sin saber [lo] que firmaban ni lo que despues se abia de escribir, e tambien es publico y notorio que la mayor parte de los estudiantes que firmaron esta postrera vez no oyen al dicho padre ni le quieren oír, y que solamente firmaron por la importunacion y ruego de otros e porque dicen publicamente que a ellos no les va nada en que haya muchos partidos e muchos lectores qualesquier que ellos sean, antes les viene bien porque podran escoger a su voluntad, y siendo esto como es así es cosa ciertisima que si se hiciese informacion de estudiantes particulares, las mismas personas que con tanta instancia y por tantos medios no usados ni debidos an tratado y tratan deste negocio, acabarian con estudiantes theólogos o de diferentes facultades que dixesen lo que a ellos les pareciese, de donde seguirian que su magestad seria mal y falsamente informado con daño publico desta Universidad. Demas desto pido y suplico al Señor rector mande [a] andres de guadalajara, secretario deste claustro, que cotege y confiera las firmas de estudiantes que estan en la petition que vieron en este claustro sobre este negocio con la matricula, y que en el testimonio que diera de la dicha petition para llevar a su magestad señale la facultad que oye cada uno de los que alli firman, porque la mayor parte dellos y de los que agora oyen al dicho padre, como se ve manifestamente, son estudiantes y canonistas y artistas y gramáticos, y los menos theólogos, y es justo que conste esto a su magestad y a los señores de su consejo.

Demas desto soy de boto que con los dichos testimonios e informacion senvie una persona deste claustro a su magestad, que sea theólogo para que informe a su magestad e a los señores de su muy alto consejo y les suplique no sean servidos de alterar ni mudar lo questa Universidad acerca deste negocio determino en sus claustros, ni den entrada a que con el... perjuicio que an tenido de los estudiantes que se mueven ligera y facilmente, se atrevan muchas personas a pretender lo mismo que este padre pretende, que seria en gran daño de la Universidad, por las razones que ya e dicho de palabra, y al dicho andres de guadalajara pido e requiero que no de testimonio deste claustro sin que vaya en el este mi parecer e boto que doy por escripto, e a mi me de un traslado del en manera que aga fee para presentalle ante quien constar deba.» (Tejada, *Vida de Fr. Luis de León*, pág. 26, nota.)

Con este voto, que traducía la opinión general del claustro, quedó absolutamente perjudicada la solicitud de los estudiantes. En tanto aproximase el fin del cuatrienio de Grajal, imponiéndose nuevo concurso para la sustitución de la cátedra de Biblia. Héctor Pinto, comprendiendo que la integridad de su nombre sufriría con aceptar la propuesta de un partido hurtándose a las pruebas de un concurso, a pesar de la evidente animadversión de la Universidad, opúsose con Grajal a la sustitución del segundo cuatrienio. Nos faltan documentos impresos que ilustren la fase de estas oposiciones; mas por el proceso de Fr. Luis de León pruébese con toda evidencia que el autor de *Los nombres de Cristo* patrocinó a Grajal, combatiendo ostensivamente a Héctor Pinto y a los jerónimos del convento de la Victoria. Es Luis de León quien lo confiesa, no faltando la confirmación de testimonios autorizados: «Item si saben que el dicho Hector Pinto se opuso a la sustitucion de Biblia que vaco por el cuadrienio con el maestro Grajal, y fray Luis de Leon negoció publicamente contra Hector Pinto y la perdio, y se fue afrentado de Salamanca»; lo que, por ejemplo, corrobora el testimonio de Fr. Juan de Guevara: «sabe que hizo el dicho fray Luis publicamente quanto pudo contra Hector Pinto, fraile geronimo, en la sustitucion de Biblia por el maestro Grajal, y los dichos frailes geronimos se quejaron del en el monasterio de Sant Augustin». (*Colección de documentos* cit., XI, págs. 263 y 277.)

Fray Héctor Pinto salió sin duda vejado de Salamanca; mas ni por eso deja de afirmar su tenacidad, y como respuesta a los detractores salmantinos, que no le reputaban suficiente *escolástico*, parte para Sigüenza, en cuya Universidad, poco después (4 de octubre de 1568), alcanza el grado de doctor. (Vid. Brito y Silva, *Héctor Pinto, estudiante e profesor da Universidade de Coimbra*, 1925, pág. 12.) Era una satisfacción moral; pero la verdadera reparación sólo se la dió Portugal, creando en la Universidad de Coimbra una cátedra nueva de Escritura y encargándole por distinción, como diríamos hoy, la respectiva regencia (mayo de 1576). Por poco tiempo ejerció el magisterio, durante el cual leyó al profeta Zacarías y los Salmos; porque, patriota ardiente y fidelísimo partidario del prior de Cralo, Felipe II le destierra en 1580 a Castilla. Y si la frase que se le atribuye en este momento trágico —*El rei Felipe bem me poderá meter em Castela, mas Castela en mim e impossivel* (B. Machado)— no es exacta, atestigua, tanto o más intensamente que el legendario *Declamos ayer*, la vivacidad y constancia de sentimientos. Reproduciéndola el Sr. Bell, parece notar una contradicción entre el espíritu que la proforió y la ambición de ocupar una cátedra en Salamanca; pero basta leer la dedicatoria a D. Sebastián de los *Comentarios a Ezequiel*, impresos precisamente en Salamanca y en 1568, toda ella una alabanza exaltada de Portugal, para comprender que la ambición del profesor no sofocó los sentimientos del patriota: *Vine tu felix [rex], vine ut patria vinat*.

Un punto queda aún por esclarecer: la actitud de Fr. Luis de León, de nerviosa animadversión. Como Luis de León, Héctor Pinto tiene el

apasionamiento de la cultura libre y la misma energía de resistencia al ambiente intelectual. Ambos vivieron en el mismo edificio escolástico, y la actitud mística es en uno y otro, por decirlo así, correcta, razonable. El mismo método de interpretación de las Escrituras y el mismo culto por lo hebreo, la misma ansiedad en sorprender la frescura de la Biblia y el mismo horror al comentario enfático los aproxima, y de tal forma que no puede explicarse la combatividad de Fr. Luis de León por motivos de indignación intelectual, y mucho menos aún por divergencias teológicas. El Sr. Bell parece explicarla por la amistad con Grajal; pero Alonso Getino (obra cit., pág. 147), como el propio Héctor Pinto, la hace derivar de la ambición de Fr. Luis de León en asegurar para sí la cátedra de Sagrada Escritura, que alcanzó finalmente en 1579. Ambas hipótesis son legítimas en presencia de los documentos; pero ¿no será atrevido sugerir también que, además de un motivo personal de amistad o de egoísta ambición, se debe pensar en que Fr. Héctor Pinto no tenía en aquella ocasión los grados académicos?

El voto escrito de Fr. Luis de León y la intransigencia de su actitud eran la voz de la legalidad, del respeto al orden y a las prácticas universitarias, de terrible seducción romántica, y que siempre fueron de cordialísimo acatamiento por los hombres a quienes incumbe —al decir de la ley— crear ciencia y agitar los espíritus.

JOAQUIM DE CARVALHO,

Profesor de la Universidad de Coímbra.

Traducción de

A. R. RODRÍGUEZ MOÑINO

MISCELÁNEA ERUDITA

TERCERA SERIE (1)

I

EL COMENDADOR ZAPATA

Sabido es que *La Dorotea*— libro que Lope pretendía haber escrito en su juventud— constituye en realidad una rememoración desde la vejez, de la vida amorosa, tan singularmente activa, de su autor. ¡De qué prestigio se revisten, en el ánimo del viejo poeta, algunos detalles de sus amores juveniles! Así, por ejemplo, el entierro en la arena de una playa, cerca de Cádiz, de aquel retrato de Elena Osorio, que perennemente llevaba consigo, y de que entonces, despechado y celoso, se separaba para siempre (2).

No era ésa la sola prenda que le acompañaba. También llevaba, «entre otras devociones, una zapatilla de ámbar sobre el corazón, como madeja de seda carmesí, para alegrarle»; «pero todavía ayudaría el ámbar a confortar el corazón, y era donaire, que le dejaba en la camisa, al lado izquierdo, señalada la suela, y llamábale yo [Julio, un amigo de D. Fernando] *El Comendador Zapata*, que, según los puntos, pienso que pudiera ser Trece de su Orden» (3).

Nótese que ello concuerda con una oscura alusión de *La Niña de Plata*, comedia que reproduce también, en algunos otros respectos, la historia autobiográfica de *La Dorotea*, según en otra ocasión (4) lo hemos hecho notar. He aquí a Don Juan (personaje que representa a Lope) dialogando con su criado Chacón (5):

(1) Las series primera y segunda aparecieron en la *Revue Hispanique* (tomos LXV y LXVIII).

(2) *La Dorotea*, acto cuarto, escena primera. La misma escena se relata en *La Hermosura de Angélica*. Obras sueltas, II, pág. 317 y siguientes.

(3) *La Dorotea*, lugar citado. Aquí la palabra *puntos* denota una medida de calzado, así como *Trece* una dignidad de la Orden militar de Santiago.

(4) En el artículo titulado *La juventud de Lope de Vega*, publicado en 1922, y reproducido después, con adiciones, en nuestro libro *Estudios de literatura española*. La Plata, 1928, pág. 56.

(5) *Biblioteca de autores españoles*, XXIV, pág. 277, a).

«CHACON. Loco estás.
DON JUAN. No hay en Sevilla
niña de tal perfección.
CHACÓN. Parece que al corazón
la echaste por zapatilla.»

La alusión autobiográfica tiene aquí más valor precisamente por su oscuridad, ya que no puede ser interpretada sino teniendo en cuenta el pasaje concordante de *La Dorotea*. De tratarse de un motivo meramente literario, el autor hubiera dicho claramente de qué se trataba.

Por lo demás, había existido, en tiempos bastante inmediatos a Lope, un famoso *Comendador Zapata*, el padre precisamente de D. Luis Zapata, el autor de la *Miscelánea* que se refiere a él en alguna ocasión «porque viese yo cuán grande hombre de Orden era el Comendador Zapata, mi padre» (6).

Lope, gran lector desde muy joven, podría haber tenido en cuenta, para caer en esta manía, un lugar de Suetonio (7), en que se relata cómo el padre de Vitelio llevaba continuamente un zapato de Mesalina entre la toga y la túnica, y lo besaba de cuando en cuando.

II

UN PASAJE DE TÁCITO IMITADO POR QUEVEDO

Y he aquí a D. Francisco de Quevedo dirigiendo «Al excelentísimo señor D. Gaspar de Guzmán, Conde-Duque, Gran Canciller» los magníficos tercetos de su *Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos*, publicada en 1639 (8):

«No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca, o ya la frente,
silencio avises, o amenazas miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de *sentir* lo que se *dice*?
¿Nunca se ha de *decir* lo que se *siente*?

(6) Zapata, *Miscelánea* (apud. *Memorial histórico español*, XI), pág. 301.

(7) Suetonio, *Los doce Césares*, Vitelio, pág. 2.

(8) *Obras completas de Quevedo*, edición de D. Marcelino Menéndez y Pelayo para la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, III. Sevilla, 1907, pág. 210 y siguientes. *Biblioteca de autores españoles*, LXIX, pág. 37 y siguientes.

Hoy, sin miedo que libre escandalice,
puede hablar el ingenio asegurado
de que mayor poder le atemorice.

En otros siglos pudo ser pecado
severo estudio y la verdad desnuda,
y romper el silencio el bien hablado.

Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
que es lengua la verdad de Dios severo
y la lengua de Dios nunca fué muda...»

Se ve que, aparentemente al menos, este interlocutor que pretende amordazar con la amenaza no es el conde-duque, destinatario de la epístola. Casi todos los niños —y buena parte de los grandes— que deletrean los primeros versos de la famosa composición, lo creen, sin embargo, así. Y acaso no vayan tan descaminados, en el fondo. Los tiempos eran de lucha cruenta y disimulada. Muy poco después, Felipe IV el Grande —pero grande a la manera del hoyo: más grande cuanto más tierra le quitaban—, al desdoblar su servilleta encontraba un encarnizado memorial contra él y contra el valido. Y en seguida, a las once de la noche, el 7 de diciembre de 1639, dos severos alcaldes de Corte sacaban preso a D. Francisco de Quevedo para la húmeda y lóbrega mazmorra de San Marcos de León...(9).

En fin, ello es que nadie, según creo, se ha enterado hasta ahora de que en el segundo terceto de la *Epístola* hay una notoria reminiscencia de un autor adusto y severo, tan del gusto de D. Francisco como Tácito. En el libro primero de sus *Historias*, al iniciar el historiador romano la relación de los tiempos desventurados y criminosos que siguieron a la muerte de Nerón, se regocija pensando que, terminada su labor, y si le queda para ello bastante vida, ha de dedicar sus tareas a narrar los tiempos bienhadados de Nerva y de Trajano, en los cuales es lícito pensar lo que se quiere y decir lo que se piensa:

«Quod si vita suppetitet, principatum divi Nervae et imperium Trajani, ubiorem securioremque materiam, senectuti seposui, rara temporum felicitate, ubi sentire quae velis et quae sentias dicere licet» (10).

A su vez, el pasaje de Tácito está inspirado probablemente en otro de una de las *Epístolas* de Séneca, que también ha podido ser tenido en cuenta por Quevedo. El filósofo cordobés afirma allí que nos debemos proponer, como norma de conducta, decir lo que pensamos y pensar lo que decimos, poniendo de acuerdo nuestras palabras con nuestra vida:

«Haec sit propositi nostri summa: quod sentimus, loquamur; quod loquimur, sentiamus; concordet sermo cum vita» (11).

(9) Hurtado y González Palencia, *Historia de la literatura española*, segunda edición. Madrid, 1925, pág. 595.

(10) *Oeuvres complètes de Tacite*, II. París. Garnier, sin año, página 3.

(11) *Oeuvres complètes de Sénèque*, I. París. Garnier, sin año, pág. 280, epístola LXXV. Redactado ya el presente trabajo, encuentro en la dedicatoria que puso Lope de Vega (Parte XIII,

III

OTRO ATAQUE DE LOPE CONTRA JÁUREGUI

En una comedia de Lope, *El premio del bien hablar*, que salió en la parte XXI, Madrid, 1635, y de la cual sabemos que fué representada antes del 18 de noviembre de 1625 (12), figura cierto pasaje, en el cual se alude con burla a «los donaires del Parnaso del *Orfeo* del nuevo Garcilaso» (13). Indudablemente se trata del *Orfeo* de Jáuregui, y es una nueva muestra de la enemistad entre éste y Lope, revelada por el Sr. Artigas en su *Don Luis de Góngora* (14), y a que aludimos también en nuestro artículo «Lope y Jáuregui» (15). Como de ese mismo artículo resulta que es muy creíble que Jáuregui estuviera ya reconciliado con Lope hacia el 27 de junio de 1625, podemos fechar *El premio del bien hablar* entre esa fecha y la de la tasa del *Orfeo*, que data del 12 de agosto de 1624.

IV

MONTALBÁN, IMITADOR DE «EL BUSCÓN»

Las desavenencias entre Quevedo y Montalbán son de sobra conocidas desde que fueron historiadas y aclaradas por el gran erudito D. Aureliano Fernández Guerra (16). Según parece tuvieron su origen en una picardía cometida, en perjuicio de Quevedo, por el padre de Montalbán, el librero Alonso Pérez, que hizo una edición furtiva de *El Buscón*, y por ello fué

año 1620) a su comedia *Los esclavos libres* (*Obras*, nueva edición de la Real Academia, tomo V, pág. 397), unas palabras que guardan relación con las de los autores latinos ya recordados: «porque hallo pocos que digan lo que sienten, o que sientan lo que dicen».

(12) Rennert y Castro, *Vida*, pág. 508.

(13) *Biblioteca de autores españoles*, XXIV, pág. 496, b).

(14) Página 231. Véase también *Boletín de la Real Academia Española*, XII, págs. 587 a 605.

(15) Publicado en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, Santander, 1926, y reproducido con aumentos en nuestros *Estudios de literatura española*, Biblioteca Humanidades, La Plata, 1928, pág. 229 y siguientes.

(16) *Biblioteca de autores españoles*, XXIII, págs. LXVII y 485, y XLVIII y 463.

Véanse también las adiciones de Menéndez y Pelayo al trabajo de Fernández Guerra, en *Obras completas de Quevedo*, edición Bibliófilos Andaluces, I, Sevilla, 1897, págs. 565-567, donde se dá razón de ciertos ataques de Montalbán contra Quevedo en las comedias *Ser prudente y ser sufrido* y *Como padre y como rey*.

condenado y multado en 1627 (17). Hay quien habla (18) de una disputa entre los dos ingenios en casa de cierto D. Jerónimo del Prado, y se propasa hasta asegurar que es obra de Montalbán aquel soneto tan conocido de Góngora:

«Anacreonte español, no hay quien os tope».

Sin duda se trata de una burda patraña.

En fin, el caso es que en 1632 publicó Montalbán su *Para todos*, en el que en varios lugares elogiaba a Quevedo. Pero éste le salió en seguida al paso, y redactó e hizo circular, manuscrita en 1633 (19), una sátira, llamada *La perinola*, en que se burlaba despiadadamente de Montalbán y de su *Para todos*.

Juzgamos que puede tener algún interés para el estudio de estas cuestiones un pasaje, que no sabemos haya sido señalado hasta ahora, y que forma parte de la comedia de Montalbán *No hay vida como la honra*, aparecida por cierto en 1632 en el *Para todos*.

Se trata (20) de una imitación, con muy poca sombra, de aquel saladísimo cuento que Quevedo, en *El Buscón* (21), había puesto en escena en la casa del «archipobre y protomisericia» del famoso licenciado Cabra.

Cierto personaje describe una casa sumamente miserable:

TRISTÁN. «Sin duda debe de haber
precepto de no comer
en aquella casa escueta;
porque a nadie vi tratar
de pedir manducación,
y tanto que un sabañón,
que me solía abrasar,
tan cortés y honrado fué
en ayunar como yo,
que aun de burlas no comió
mientras allí tuve el pie.
No es burla, un frisón grosero,
sólo de estar por su mal
dos horas en el portal,
salió caballo ligero;
y un mastín entró —esto es más—
más pesado que un hidalgo,
y otro día salió galgo.

DON CARLOS. ¡Siempre de burlas estás!»

(17) *Biblioteca de autores españoles*, XXIII, pág. 485

(18) *Biblioteca de autores españoles*, XLVIII, pág. 667.

(19) *Biblioteca de autores españoles*, XXIII, pág. LXXXVI.

(20) Acto tercero, escena primera.

(21) Libro primero, capítulo III.

V

BAUTISTAS Y EVANGELISTAS

En uno de los últimos capítulos de la *Vida del Buscón* (22), refiere Quevedo cómo el picaresco protagonista —que por entonces ejercía la profesión de cómico— llegó a ser «pretendiente de Antecristo, que es lo mismo que galán de monjas». Una de éstas aficionósele viéndole representar «un San Juan Evangelista» (que lo era ella). Y se siguieron después unos amores monjiles a la moda de la época, platónicos hasta no poder más, a pesar de la condición del héroe, por cierto nada platónico, hasta que Pablos hubo de desengañarse y se determinó a dejar a su devota «el día de San Juan Evangelista, porque acabé de conocer lo que son las monjas. No quiera vuesa merced saber más que las bautistas, todas se enronquecieron adrede, y sacaron tales voces, que, en vez de cantar la misa, la gimieron; no se lavaron las caras, y se vistieron de viejo; y los devotos de las bautistas, por desautorizar la fiesta, trajeron banquetas en lugar de sillas a la iglesia y muchos pícaros del Rastro». Y cuando Pablillos echó de ver que las «unas por un santo y las otras por el otro, trataban indecentemente de ellos», lleno de santa indignación tomó el camino de Sevilla, con ánimo de embarcarse para las Indias, aunque no sin haber tomado venganza de la impiedad de su devota, estafándola.

Este pasaje no había sido hasta ahora suficientemente anotado por los comentaristas del *Buscón* (23). Sin embargo de esta parcialidad y división de las monjas en bautistas y evangelistas, abundan los testimonios coetáneos. Vamos a detallar algunos seguidamente:

a) En Alcalá, 1548, se imprime cierta curiosa *Justa en alabanza de los muy gloriosos y bienaventurados Sant Juan Bautista y San Juan Evangelista; compuesta por uno de los menores, reprehendiendo las parcialidades que a cerca de esos gloriosos santos hay entre muchas personas, especialmente religiosas. El nombre y renombre del autor va declarado en el siguiente proemio*. Y, efectivamente, descifrado el acróstico, resulta ser fray Antonio de Vera (24).

El autor nos presenta a los dos santos justando a la manera de caballeroscos paladines y quedando los dos victoriosos. En los golpes que han

(22) Parte segunda, capítulo XXII.

(23) El Sr. Selden Rose, en su reciente edición, Madrid, 1927, pág. 294, que hemos conocido mucho después de haber redactado esta nota, da razón, comentando el tal pasaje, del lugar de *El Crotalón* que recordamos bajo la letra b).

(24) La obra de fray Antonio ha sido reproducida modernamente por medio de la fototipografía.

cambiado en la arremetida sólo los plumajes han caído por el suelo, mientras los caballeros han quedado incólumes, y esos plumajes simbolizan «las simples opiniones» de los que tratan de averiguar

cuál será más excelente,
el Apóstol o el Bautista.

En opinión del autor, semejantes insensateces son propias sobre todo de las monjas:

«Veréis en las religiones
infinitas religiosas,
con dañados corazones,
buscar dos mil invenciones
para tratar estas cosas;
las palabras injuriosas
que dicen es confusión
destas dos piedras preciosas;
no toco en las virtuosas
ajenas desta pasión».

b) Hacia mediados del siglo xvi se escribe *El Crotalón*, atribuido a Cristóbal de Villalón. El protagonista, en una de sus transformaciones, queda convertido en monja y relata como levantó «un bando en el monasterio de los dos San Juanes, Evangelista y Bautista, y como yo tuve entendido que mis contrarias, con quien yo tenía mis diferencias y pundonores, seguían al Evangelista, tomé yo con mis amigas la devoción, el apellido y parcialidad del Baptista no más que por contradecir». De suerte que entre ambos partidos andaban al morro y se mataban «a chapinazos» (25).

c) Una monja, doña Leonor de Ovando, profesa en la isla de Santo Domingo hacia fines del siglo xvi, escribe a Eugenio de Salazar cierto soneto (26):

«De la misma señora al mismo, en respuesta de otro suyo sobre la competencia entre las monjas bautistas y evangelistas

No sigo el estandarte del Baptista,
que del amado tengo el apellido;
llevóme tras su vuelo muy subido
el águila caudal Evangelista.

(25) *Nueva biblioteca de autores españoles*, VII, pág. 167.

(26) Menéndez y Pelayo, *Obras completas*, II, pág. 298.

Mirélo ya con muy despierta vista
dende que tuve racional sentido,
y puesto que el profeta es tan subido,
mi alma quiso más al coronista.

No quiero yo altercar sobre su estado,
pues sé que fueron ambos claro espejo
y de la perfección rico dechado;
tomo con humildad vuestro consejo
y quiero, destos fuertes capitanes,
ser (como me mandáis) de entrambos Juanes.»

d) Ya vemos que esta monja, que se confiesa evangelista, era relativamente fácil de convencer. Las bautistas eran más recalcitantes, si hemos de creer a Lope de Vega, que en una epístola que salió en *La Filomena*, el año 1621, dirigida a D. Juan de Arguijo, dice (27):

«Yo he visto enloquecer dos mil versistas,
a quien el seso la afición ofusca,
en seguir su opinión monjas bautistas.»

e) Por fin, hacia 1633, Quevedo, en la *Perinola*, enrostra «al doctor Juan Pérez de Montalbán, graduado no se sabe dónde», el haber sostenido en su *Para todos* que, de los santos, es el mayor San Juan Bautista, y da a entender maliciosamente que esa conclusión le ha sido inspirada por el deseo de agradar a alguna monja partidaria de ese santo: «dice nuestro doctor que, de los santos, es el mayor San Juan Baptista... El autor es pretendiente de Antecristo, por los locutorios, a ratos; ama mucho y sabe poco. Yo le perdono, y afirmo que estas conclusiones son hermanas de habilidad, como de leche, de las profecías de Pero Grullo» (28).

VI

EL PRETENDIDO VIAJE A ITALIA DE LOPE DE VEGA

En varias ocasiones se ha hablado de un pretendido viaje a Italia de Lope de Vega:

a) El autor más antiguo que sepamos haya hecho alusión a él es don Francisco de Bances Candado, que en 1690 (29) redactó cierta obra llamada

(27) *Biblioteca de autores españoles*, XXXVIII, pág. 425, b).

(28) *Biblioteca de autores españoles*, XLVIII, pág. 468.

(29) E. Cotarelo, *Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España*, Madrid, 1904, págs. 73 a 82.

Teatro de los teatros de los pasados y presentes siglos, en la cual (30), entre otras cosas, propugna una idea disparatada: la del origen italiano del arte dramático de Lope, que fundamentalmente es del todo español, autóctono. Y dice así: «Lope de Vega, ingenio en quien con perenne facundia destilaba Apolo todos los raudales de su influencia, habiendo militado en el Piemont y en el Milanés en las guerras de Italia, y habiendo visto las representaciones de aquel país, vino a España, donde ya había comediantes que representaban prosa, y puso en estilo las comedias».

b) En 1845-1846 se publicó el original alemán de la *Historia de la Literatura y del Arte dramático en España*, por Schack, en cuya traducción castellana (31), al trazarse la biografía de Lope, y después de relatarse su primer casamiento, se indica que «de los últimos versos de la comedia *El Caballero de Illescas*, puede colegirse que pasó algún tiempo en Italia en esta época de su vida». Cópanse acto seguido los versos de que se trata, que son bien poco convincentes: «Esta historia verdadera —que halló su autor en Italia— de *El Caballero de Illescas* (32). Como lo indica el señor Cotarelo (33), lo que Lope quiere decir es que halló esta historia en algún libro italiano.

c) En 1881 se publica el *Théâtre de Lope de Vega*, traducido, sin duda, bastantes años antes, por Damas Hinard. Este señor manifiesta que Lope sirvió como secretario «a dos o tres grandes señores, establecidos en Italia, donde pasó algunos años» (34).

d) D. Juan Pérez de Guzmán, en el tomo primero de su *Cancionero de la rosa*, publicado en 1891 (35), al trazar la biografía de Lope, conjeturó que éste «en 1585 huyó de la justicia, y se refugió en Valencia, de donde pasó a Nápoles y Milán», y que «en 1587, dió un soneto a Miguel Ginés, en Milán, para su poema *El sitio y toma de Amberes*».

Como vemos, en ninguno de esos casos se indica un argumento que revista alguna seriedad y que acredite el pretendido viaje. Bances no da razón alguna; Schack había entendido mal el lugar de que trata; Damas Hinard tenía una vaga idea del gobierno en Nápoles del sexto y del séptimo conde de Lemos, a los cuales no acompañó el poeta. En cuanto al Sr. Pérez de Guzmán, resulta, según él, que Lope dió un soneto preliminar al libro de Miguel Giner (no Ginés) *El sitio y la toma de Anvers*. Hemos omitido, precisamente, tratar de ese soneto en nuestros recientes *Apuntes para una bibliografía de las obras no dramáticas atribuidas a Lope de Vega* (36), y aprovechamos la ocasión para hacerlo notar. Pero la

(30) Página 75.

(31) Tomo segundo, pág. 329.

(32) Véase *Obras de Lope*, nueva edición, IV, pág. 144.

(33) *Ibid.*, pág. IX.

(34) *Théâtre de Lope de Vega*, traduit par M. Damas Hinard, I, París, 1881, pág. IX.

(35) Página 163.

(36) Publicados en la *Revue Hispanique*, que dirigía mi buen amigo M. R. Foulché-Delbosc, de grata memoria, tomo LXXIV.

obra de Giner se publicó a la vez en Milán, 1587, y en Zaragoza, 1587. Por otra parte, aunque solamente se hubiese publicado en Milán, ello no implicaba, necesariamente, que Lope se hallase en Italia, y lo que sabemos de su vida por ese tiempo contradice esa idea (37). Consta también, por manifestaciones del propio Lope en la epístola a Juan Pablo Bonet, aparecida en *La Circe* en 1624 (38), que hasta aquella fecha Lope no había estado en Roma.

Debemos concluir, por lo tanto, que el pretendido viaje a Italia del gran poeta no se efectuó nunca.

VII

SOBRE UN PASAJE DE «LA PERINOLA»

Es notable la semejanza de un pasaje de *La Perinola*, sátira que escribió Quevedo en 1633 contra Montalbán (39), con otra de *La Dorotea*, obra publicada por Lope de Vega en 1632.

Veamos primeramente el pasaje de Quevedo, en que después de calificar a Montalbán de «retacillo de Lope de Vega, que de cercenaduras de sus comedias se sustentaba» (40), dice así: «El pobre en lo que escribe parece hombre que pelea de tejado, que tira cuanto se topa, con la furia; el vidrio quebrado, los cascós de la olla, las calzas viejas, el estropajo y la urraca muerta.»

Compárese con *La Dorotea* (41): «mas no querría que nos dijesen que parecemos a los trastejadores, que desde el tejado ajeno van echando a la calle cuanto hallan: allá va una pelota, allá va una bola, allá unas calzas viejas, algún cadáver gato, a quien dieron la muerte los perdigones y las tejas sepultura.»

Pero ambos pasajes proceden, sin duda, de las famosas *Observaciones* que hizo el encubierto Preta Jacopín a Fernando de Herrera, con motivo de las *Anotaciones* de éste a las obras de Garcilaso: «dicen los que lo han visto que os hubisteis con él como quien pelea de tejado, que arroja al enemigo el pedazo de la teja, el zapato viejo, la olla quebrada, el cuchillo mohoso, la bragueta mugrienta, la picaza o gato muerto» (42).

(37) Sobre el libro de Giner, véase Palau, *Manual*, III, pág. 343, y Cejador, *Historia*, III, pág. 283.

(38) Vid. *Biblioteca de autores españoles*, XXXVIII, pág. 407.

(39) *Biblioteca de autores españoles*, XXIII, págs. LXXXVI y XLVIII, 463.

(40) *Ibid.*, XLVIII, págs. 465-466.

(41) Acto cuarto, escena segunda.

(42) Fernando de Herrera, *Controversia sobre sus Anotaciones*, Sevilla, 1870, pág. 3.

VIII

OTRA MENCIÓN DE JUAN DE LEGANÉS (43)

En un artículo anterior (44) hicimos ya la historia de este calculador mental, mencionado por Quevedo en el *Buscón*, y de quien nos dió noticias tan interesantes D. Luis Zapata en su *Miscelánea* (45). Después, el erudito escritor Sr. M. Herrero García, en un artículo aparecido en el diario madrileño *El Debate*, en el cual se refería muy amablemente a nuestro trabajo (46), trajo a colación cierto pasaje del *Lazarillo de Manzanares*, de Juan Cortés de Tolosa (47), mediante el cual queda demostrado que Juan de Leganés murió antes de 1619.

Hemos hallado con posterioridad, en la comedia de Lope de Vega *El ingrato arrepentido* (48), otro pasaje que contiene algunos datos interesantes acerca del mismo. Cierta enamorado, Albano, pondera sus sufrimientos durante diez meses de ausencia:

«ALBANO. ¿Diez meses no más dijiste?
¡Ay si amases y te fueses!
Pinta en mi dolor profundo
desdenes y desengaños,
Tancredo amigo, los años
desde el principio del mundo;
cuando rendía sus frutos
sin ver diligencia ajena;
da otros tantos a mi pena
y repártela en minutos;

(43) Los datos contenidos en esta nota fueron ya utilizados por nosotros en otra que publicamos con nuestra firma en *El Debate*, Madrid, 7 de febrero de 1930. El Sr. Alemany y Selfa, que en su reciente *Vocabulario de Góngora*, Madrid, 1930 (véase Apéndice, págs. 1.025 y 1.026, artículos «Leganés», «aloque», «cojo», «disciplina» y «Palacio»), ha utilizado sin duda nuestro trabajo, así como también otro titulado *Comentarios a dos sonetos de Góngora*, aparecido en la revista *Humanidades*, de La Plata, omite la cita que es de rigor en estos casos.

(44) Juan de Leganés, *Una rectificación al texto de la «Vida del Buscón»*, artículo aparecido en la *Revista del Ateneo Hispano-Americano*, Buenos Aires, agosto-octubre de 1918, y reproducido después con aumentos en nuestros *Estudios de literatura española*, Biblioteca Humanidades, La Plata, 1928, págs. 285-298.

(45) *Buscón*, libro primero, capítulo IV. El pasaje de Zapata, en *Memorial histórico español*, XI, Madrid, 1859, págs. 85-86.

(46) Reproducido en un diario de mi ciudad natal, *La Independencia*, Almería, fines de agosto o primeros de septiembre de 1929.

(47) Edición de Madrid, 1901, pág. 129 (capítulo XVII).

(48) *Obras de Lope*, nueva edición, VI, Madrid, 1928, pág. 516.

y en cada minuto dellos
los años del mundo pon;
que esos los diez meses son
que no os he visto, ojos bellos.
TANCREDO. ¡Los años del mundo dados
a un minuto de tu penal
¡por Dios que la cuenta es buena
si han de ser multiplicados!
¡Cuenta la que dices es
que tendría algún primor!
Basta, que te ha vuelto amor
otro *Juan de Leganés*.
ALBANO. ¿Quién dices?

TANCREDO. Un español
que tuvo infusa esa ciencia.
ALBANO. ¿Qué ese contara mi ausencia?
TANCREDO. ¡Y los átomos del Sol!
Pero era *un hombre menguado*,
sin género de sentido,
y por eso parecido
a cualquier enamorado,
que todos sois *mentecatos*
y andáis contando imposibles*.

La forma (*tuvo, era*) en que se trata de Juan de Leganés en los versos transcritos autoriza a suponer que para entonces ya estuviese muerto; y como el título de la tal comedia aparece registrado en la primera lista de *El Peregrino* (49), que data de 1604, resulta muy verosímil que el tan traído y llevado calculador mental hubiese fallecido ya algunos años antes de esa fecha.

JUAN MILLÉ Y GIMÉNEZ

(49) Obras citadas, VI, pág. XXV.

VARIEDADES

Nacimiento, vida y muerte de la romería madrileña de «La Cara de Dios»

El autor del *mañoso plan* que puso fin a la famosa romería no era un quídam, ni un echadizo, ni un fariseo, como suponían algunos periódicos de Madrid, sino un asiduo concurrente a la calle de la Princesa (hoy de Vicente Blasco Ibáñez) todas las mañanas de los Viernes Santos, desde antes del mediodía, más bien tarde que temprano, porque no era nada madrugador, hasta la hora de comer; y a la hora que él iba no veía nada censurable, sino muchos mantones de Manila, mucha alegría, muchas muchachas bonitas, unas a pie y otras en coche, y en las aceras largas filas de mesas enmanteladas con toda clase de baratijas y chucherías. Aquello le parecía el real de la feria de Sevilla en una de sus mejores tardes de abril.

Pero, andando el tiempo, fué a vivir nuestro hombre a una casa de la citada calle, y cuando llegó la víspera del primer Viernes Santo, en que esperaba soñar con los cuadros que contemplaría al día siguiente desde sus propios balcones, se encontró con que en toda la noche no le dejaron dormir el claveteo de los puestos de los vendedores ambulantes y el extraordinario ruido de la concurrencia de noctámbulos, que semejaba el de una tempestad; y cuando se levantó del lecho y abrió las maderas de las ventanas observó con asombro que, no obstante haber estado herméticamente cerradas las puertas de todos los huecos exteriores, todos los muebles de la casa estaban cubiertos por un dedo de polvo. Entonces la calle todavía no estaba adoquinada y sembraba una carretera.

Aún no se había acabado de asear el inquilino cuando vió invadido su cuarto por numerosas familias amigas que iban a recrearse viendo pasear a los romeros, y a las que, por exigencias de las mismas, tuvo que obsequiar con churros y aguardiente. Este era otro de los encantos que tenía la romería para el vecindario de la hermosa avenida.

Hasta entonces no había conocido, el que había de acabar con ella, el verdadero carácter de la por él admirada fiesta, ni tenía la menor noticia de su historia que le habría explicado los agudos gritos de las bacantes y las groseras interjecciones de los sátiros que, con los otros sonidos, le impidieron conciliar el sueño, ni aun en las avanzadas horas de la madrugada, en las que de ordinario todo el mundo se rinde a Morfeo.

Al cambiar impresiones con sus convenciones se enteró de que la tal romería debía su origen y su actual vida a las mozas del partido que, acos-

tumbradas a no dormir mientras lucen las estrellas y encontrándose ociosas en la noche del Jueves al Viernes Santo, la pasaban bebiendo amflico y jugando a las cartas con sus cortejos y sus descansadas celestinas, no acostándose hasta salir el sol.

Por sabido se calla lo pobres que estas doncellas suelen hallarse en Cuaresma, y ya puede el lector suponer lo desocupadas que estarán en la citada noche de pasión. Pues bien, la romería se inició desde el año en que las pupilas de alguna de las madrileñas mancebías acordaron, al amanecer de un Viernes Santo, en vez de irse a la cama, irse a desayunar en los entonces desiertos desmontes de la Montaña del Príncipe Pío. A esta primera casa le fueron siguiendo poco a poco casi todas las demás en los años sucesivos, formando los más variados y pintorescos ranchos al repartirse por aquellos cerros después de entrar antes a rezar en la ermita, que se hallaba y se halla en el camino de la Moncloa, las pecadoras que no habían olvidado del todo la educación cristiana que sus madres les dieran.

Los jóvenes *bien* de entonces conocían esta costumbre de sus amigas, y tras ellas iban ellos para pasar revista al aire libre a las casas de la fulana, la mengana y la zutana.

Estas expansiones matutinas cuaresmales tomaron cada vez más incremento, y como a la jira precedía la oración, sirviendo ésta de pretexto para satisfacer la curiosidad de la opuesta clase femenina, a las mujeres de mal vivir siguieron las de vida honesta que tenían noticias de aquellas *matinés sui géneris*, concluyendo por mezclarse todas, las que iban a venerar el divino rostro y a tomar el sol un poquito y las que iban a escandalizar con creencias y sin ellas...

Éstas, para poder expansionarse sin las cortapisas que les ponía la presencia de aquéllas, fueron madrugando cada año más hasta empezar sus jolgorios desde media noche, entregándose a los mayores desenfrenos, que continuaron en las calles, sobre todo en la que después fué de la Princesa cuando el barrio de Pozas empezó a formarse. La impudicia llegó a tal punto que incluso los taberneros, que hacían su agosto consumiendo las existencias, renegaban de la fiesta, porque, hasta muy entrada la mañana, sus familias no podían asomarse a los balcones sin presenciar algún cuadro repugnante.

Desde que conoció estos antecedentes el que, sin proponérselo, había de dar muerte a la romería, empezó a preocuparse del asunto. Reconocía que era un espectáculo indigno de una capital como Madrid y de todo pueblo culto, y mucho más de un vecindario católico; pero reconocía también la imposibilidad de suprimirlo, porque era de tradición popular, y con las tradiciones populares no hay quien pueda. Sin embargo, pensó, puesto que el escándalo obedece a la obligada concurrencia del Viernes Santo, quizás trasladando la romería a otra fecha en que las revoltosas no estén tan propensas a concurrir, por encontrarse en pleno ejercicio de su agitada profesión, al poderse contar con la ausencia de éstas, que serían reemplazadas por jóvenes y señoras distinguidas, la hasta entonces vituperable costumbre cambiaría por completo de aspecto, sobre todo si se trasladaba al Domingo de Resurrección.

Cuando se acercó la inmediata Cuaresma ya tenía el tracista concebido su plan y redactadas las cuartillas que pensaba mandar a los periódicos,

cuartillas que leyó una tarde en el *bufet* del Congreso a sus compañeros D. Miguel Fernández «Peñaflor», D. Ricardo Flores Mora y D. Domingo Cirici Ventalló.

—No se precipite usted —le aconsejó «Peñaflor»—, y espere a que empiece la campaña que todos los años emprende la prensa madrileña contra esa romería.

Aquella misma noche apareció el primer artículo, en forma de carta abierta, en el *Heraldo de Madrid*, y a las tres o cuatro fechas envió José María (que así se llamaba el autor de la maniobra) su gacetilla a todos los diarios de la corte, encabezándola con una alusión a dicho artículo.

El que la insertó con menos variantes fué *El Correo Español*, en su número del 1 de abril de 1917, y decía así:

«La romería de la Cara de Dios.

Háyala o no motivado la carta que publicó el *Heraldo de Madrid* recientemente, con la firma de «Un viejo suscriptor», la resolución recaída sobre el asunto que la inspiraba no puede ser más satisfactoria.

La romería de la Cara de Dios, que hasta la Cuaresma pasada se venía celebrando el Viernes Santo, sin que hubiese fuerzas humanas que pudiesen impedirlo, se celebrará desde el presente año en adelante el Domingo de Resurrección, por mutuo y terminante acuerdo de las autoridades eclesiásticas y civiles. Éstas han determinado prohibir que en dicho viernes se instalen puestos de reliquias, juguetes, buñolerías, etc., en las calles de la Princesa, San Bernardino, Duque de Osuna y demás en que era costumbre establecerlos.

No se prohibirá la circulación de coches por las citadas vías; pero para circular por la de la Princesa, los que lleven aspecto de romeros (por los mantones de Manila, figuras grotescas, botas de vino y demás indicios de sus ocupantes), si no quieren exponerse a una fuerte multa, que se especificará en el correspondiente bando de la Alcaldía, necesitarán proveerse de un permiso equivalente al que se les exige para circular por el centro de la Castellana, durante las tardes del Carnaval.

El señor obispo, por su parte, no consentirá que se abra al público la ermita, en que se venera el Divino Rostro, desde el Jueves Santo hasta el Domingo de Gloria. Éste día se abrirá la ermita a la misma hora que se venía abriendo los viernes de los años pasados, y, por iniciativa de varios señores concejales, se adjudicarán premios en metálico a los puestos que, en este domingo, estén mejor y más artísticamente instalados, a los coches que mejor se presenten y a las mujeres de más castizo atavío.

Por un procedimiento parecido acabó otro alcalde con los escándalos de la víspera de Reyes.

Lo que no han podido conseguir hasta ahora, con sus continuadas campañas, todos los periódicos católicos de Madrid, lo han resuelto

de una vez, tan piadosa como acertadamente, coincidiendo con las indicaciones de un diario como el *Heraldo de Madrid*, el señor duque de Almodóvar y el nuevo obispo de Madrid-Alcalá (1).

Esto se dice. ¿Se atreverán a hacerlo?

Creemos que si aunasen sus esfuerzos todas las cofradías de las parroquias de la corte, y en compañía de una comisión de damas católicas, que podrían presidir la condesa de Romanones, la señora del ministro de la Gobernación y las de los demás consejeros de la Corona, la religiosidad de todas las cuales es bien notoria, contando con la santidad del nuevo prelado y con la entereza del señor duque de Almodóvar, nuestro colega el *Heraldo* obtendría el mayor de sus éxitos.

Nosotros, que hemos venido haciendo desde hace años esa campaña, que debe triunfar por la religiosidad y por la cultura del pueblo madrileño, tendremos gran satisfacción por este éxito, de la que participará gran número de personas católicas, que han venido a nuestra redacción rogándonos que lo hagamos constar así.»

El Imparcial del mismo 1 de abril dió la noticia en esta forma:

«Contestando a una carta publicada recientemente por el *Heraldo de Madrid* sobre la romería de la Cara de Dios, nos dice lo siguiente un suscriptor nuestro, en amable carta que nos dirige:

Me consta que se vienen haciendo gestiones para conseguir que este año y en los sucesivos se celebre la citada romería el Domingo de Resurrección, y han tomado cartas en el asunto, según parece, las autoridades civiles y eclesiásticas.

.....
Aunque no tenemos la menor noticia de estas innovaciones, que, según nuestro comunicante se intenta introducir, lo hacemos público por considerarlo de interés.»

En el número del día 7, también de *El Imparcial*, publicó Mariano de Cavia el siguiente:

«Despachos del otro mundo.

Por el cable de M. de C.

¡Por vida de la burra de Balaám! Al cabo de los años mil, vienen los hechos legales a darme la razón.

La romería de la Cara de Dios, que celebraban los Madriles el Viernes Santo, se ha trasladado al Domingo de Pascua de Resurrección, y hasta premios y todo da el Concejo a los que coloquen en la romería mejores puestos de comer, beber y arder. Es decir,

(1) Hay que advertir que la sede estaba vacante, pero nadie cayó en la cuenta.

que lo pecaminoso e impío en Viernes Santo, se vuelve piadoso y decente dos días después y en fecha tan santa como la que más.

Desde fines del siglo XVIII, en que florecí, cuatro o cinco generaciones de chuscos han venido divirtiéndose a costa de aquel celebrísimo sermón de Semana Santa, en que dije: ¡Tocar a gloria es lo mismo que si tocaran a pecar!

¡Por vida del perro de San Roque, y qué discreto estuve! En el año de gracia de 1917 nadie como yo podría ejercer con toda dignidad y justicia, en los Madriles, así la autoridad eclesiástica como la municipal.—El cura de Cieza.»

Tan pronto como leyeron la noticia los vendedores ambulantes de la entonces coronada Villa, los que se interesaban y se interesan por todas las verbenas más que los respectivos comerciantes vecinos de cada una de ellas, se presentaron en el Municipio al duque de Almodóvar del Valle en demanda de la confirmación o negación del supuesto acuerdo. El señor duque les dijo que él no sabía nada del asunto, pero que fuesen al Negociado de Espectáculos, donde podrían informarles mejor. El jefe del Negociado de Espectáculos les aseguró que no tenía conocimiento ni oficial ni oficioso de tal resolución, y los soliviantados vendedores se marcharon confiados en que aquello no sería otra cosa que una broma periodística.

Cuando el duque llegó a su casa, a la hora de comer, se encontró con un espectáculo inesperado. La escalera, desde el zaguán hasta su piso, estaba ocupada por dos filas de honor, constituidas por todas las señoras de la vecindad que, al verle aparecer, atronaron sus oídos con vivas al alcalde cristiano, al hombre valiente, al carácter firme, al modelo de políticos y gobernantes, etc., etc.

—¿A qué viene esto, señoras? —preguntó el vitoreado—. Entra, entra y te lo contaré —le replicó su esposa, abriéndole la puerta del cuarto.

Durante la comida le explicó ésta la causa de aquel alborozo, que no era otra que la noticia dada por los periódicos de la mañana, y le refirió lo que ella había oído de las desvergüenzas de la romería. Mas el duque apenas le prestó atención, preocupado con otros asuntos del día, y, sin haberse enterado, en cuanto se levantó de la mesa, se marchó al Casino. En éste el recibimiento fué más estruendoso que en su casa: —No sólo el Viernes, ni el Domingo se debe consentir tanto libertinaje. Es un espectáculo vergonzoso, con el que hay que acabar de una vez, y si eres hombre de valor, demuéstrolo en este caso como lo has demostrado en tantos otros.

Entonces se acabó de enterar, por sus consocios, de todos los detalles de la vituperable bácanal, y tomó su determinación, que se abstuvo de exponer. Mas llegó el discutido Viernes, y la calle de la Princesa amaneció militarmente ocupada por guardias municipales y de Orden público, de a pie y de a caballo, que no permitían colocar un solo puesto, y los pobres vendedores eran arrollados hasta la plaza de España, sin permitirles dar un paso hacia la ermita, en cuyas inmediaciones pretendían vender sus mercancías. Aquello impresionó fuertemente al tracista, que no había previsto los perjuicios que se irrogarían a tantos infelices. ¡Si cae

en la cuenta a tiempo, desiste de la pesada broma, y aún se estaría celebrando la romería! Mas, qué diantre —se dijo—, ya se desquitarán el Domingo.

Llega el Domingo y se repite la ocupación militar del Viernes. La desanimación es completa, ni buñolerías, ni puestos, ni coches, ni mantones de Manila. Los vendedores son perseguidos sin piedad, lo que provoca su desesperación, y haciendo frente a la tropa, intentan asaltar la casa, casi fronteriza a la ermita, de D. Joaquín Ruiz Giménez, entonces ministro de la Gobernación, por creerlo el causante de la supresión inesperada, tanto más inesperada cuanto que no había sido anunciada en ningún bando, y muchos vendedores gastaron cuanto tenían en artículos para su venta. Algunos para adquirirlos tuvieron que empeñar hasta los colchones, y todos se encontraron con que no podían dar salida a las existencias, lo que les suponía su ruina.

El Sr. Ruiz Giménez, compadecido de aquellos desgraciados, recibió una comisión de ellos, a la que socorrió, después de sincerarse y demostrarles su ignorancia del acuerdo.

El País, en su número del día 7, dijo tratando de aquella manifestación de protesta:

«El Sr. Ruiz Giménez refirió ayer a los periodistas que el Domingo los vendedores ambulantes armaron la gorda delante de su casa. Silbaron, gritaron, ¡pobrecillos! Yo —añadió el ministro— soy inocente, no tengo la culpa de que se haya suprimido la romería; ignoraba que se hubiese pretendido semejante cosa, es más, siento la supresión, pues a mis niños les divertía la fiesta, que veían desde los balcones de casa, exponiéndose a constipados y catarros. Tal vez —concluyó el ministro su charla con un epigrama—, tal vez el alcalde, sabiendo que soy vecino de la Cara de Dios, haya querido evitarme molestias.»

En *El Imparcial* del 9 se completaba esta información agregando:

«Conste —manifestó el Sr. Ruiz Giménez— que no me he metido en nada, y que el año pasado, siendo alcalde de Madrid, y pudiendo prohibir eso, tampoco intervine.»

Al conocer D. Martín de Rosales los comentarios de la prensa mandó a todos los periódicos el siguiente suelto, que copio de *El Siglo Furo* del día 10:

«El alcalde de Madrid manifestó ayer que las órdenes dadas para la supresión de la fiesta de la Cara de Dios han sido exclusivamente suyas, y que por ello asume toda la responsabilidad de lo ocurrido.

Añadió el señor duque de Almodóvar que como entra en sus atribuciones la disposición tomada, a nadie ha dado cuenta de ella, suprimiendo de una vez el espectáculo que todos los años se daba con motivo de dicha fiesta.»

El *Siglo Futuro* añadió por su parte:

«Con ello el Alcalde ha prestado un servicio a los católicos, que veían con profundo disgusto la profanación del Viernes Santo, a todas las personas de buen gusto a quienes repugnaba aquella soez mamarrachada, a los vecinos de la calle de la Princesa y adyacentes y a Madrid en general, mereciendo por su laudable determinación toda suerte de felicitaciones.»

La mejor prueba de que la fiesta estuvo bien suprimida el Viernes Santo, es que hasta el madrileñísimo y nada mojigato Casero la condenó en estos versos publicados en el *Heraldo* del 8:

«*Coplas del Domingo.*—A «*La Cara de Dios*».

Antes de que amaneciese
ya estaba mi pobre vieja
haciéndose ratimagos
con las canas que aún la quedan
y pasando las azules
pa sujetar la peineta,
y no es c'alardee yo
de mi blonda cabellera,
que si ella tié cuatro pelos
yo tengo media docena;
güeno, pues a lo que vamos;
volcó el cofre la parienta
se separó sus alares
a mi me dió la de felpa,
el pantalón de cuadritos
y las de caña canela,
y aquí tienes a dos viejos
chavaleando de veras
como en sus mejores años
de juventud y pependencias.

Por fin se puso el mantón
de flecos mi Magdalena,
y chico, no sé explicártelo
pasó una cosa por ella
que su carita rugosa
se puso lozana y fresca;

yo cogí el bastón de perro
me coloqué el hongo sepia,
y la dije: «Este es mi brazo;
apoyate en él, morena,
y vamos a dar achares
a la romería, reina.»

Y allá que te van dos viejos
por calles y por callejas
paseando su reuma,
por no faltar a la fiesta;
pero llegamos y ¡piscis!
la mañana estaba tétrica
y la calle solitaria
y brillando por su ausencia
los romeros; yo, acharao
le pregunté a la parienta:
«¿Pero ésta es la romería
de la Cara de Dios, prenda?»
«¡Si es que estaremos soñando!»
contestó mi Magdalena.

Por fin, le pregunto a un guardia
y dijo: ¡Noticia fresca!
Señor si s'ha suprimido
¿u es que no lee la prensa?
—¿Pero qué está usted diciendo?
—Pos que ya no se celebra
el viernes, sino el domingo.
—¿Pos por qué causa?

—Miserias;

no es apropiado ese día
pa dedicarlo a tal fiesta;
además y usted perdone
aquello daba vergüenza
coches llenos de mujeres
pregonando desvergüenzas,
chulos, matones de oficio
señoritos calaveras
gusarapos de la noche
que a la del alba negrean...
—No siga usted, amigo guardia
bien quitada está tal fiesta
en tal día, yo le juro
c'a mí me daba vergüenza
comparar la romería
de ahora con la de mi época.

.....

Y caminito de casa
nos fuimos yo y la parienta
desencantaos de la vida

y de esa gente «flamenca»
chulos que con sus desplantes
to lo pudren y envenenan.
«¡Guarda otra vez en el cofre
tus alares, Magdalena,
que con nosotros s'acaban
las costumbres madrileñas!»
Esto la dije, y la pobre
mirándole con tristeza
dió un beso al mantón de flecos
y fué y le dijo: «¡Ahí te quedas!
¡Ya no volveré a lucirte
hoy si que me siento vieja!».

Antonio Casero».

A P É N D I C E

CÓMO NACIÓ LA HOY VERBENA DE SAN FERNANDO

José María, que deseaba el traslado de la romería de la «Cara de Dios», no para que terminase, sino para que pudiera celebrarse con mayor lucidez, vió con hondo disgusto que se trataba de suprimirla en absoluto y temió que tal intento fuera contraproducente, puesto que la ermita seguiría abriéndose los Viernes, y en ellos, y no en los Domingos de Resurrección, podría reaparecer, cuando menos se le esperase, por obra y gracia de cualquier concejal simpaticote y juerguista. Para gestionar que no quedase abolida, sino que se permitiera celebrarla el Domingo, en la inmediata Cuaresma convocó a una reunión a la mayoría de los comerciantes del barrio, que designaron a tres de ellos para que fuesen a ver al alcalde y enviaron a la prensa sueltos como estos de *El Imparcial* de 21 y del 24 de mayo de 1918:

Del 21:

«Algunos vecinos del barrio de Pozas se han dirigido al obispo de Madrid-Alcalá, al príncipe Pío de Saboya y al alcalde de Madrid en solicitud de que no se suprima la fiesta de la Cara de Dios, y para evitar el espectáculo de una romería bulliciosa en plena Semana Santa, se traslade definitivamente al Domingo de Gloria.

También se dirigen a conocidas personalidades madrileñas y madrileñistas con objeto de que les ayuden en su pretensión.»

Del 24:

«Los industriales y vecinos del barrio de Pozas han acudido al Centro de Hijos de Madrid en súplica de que gestione que se celebre el Domingo de Gloria la tradicional romería y que lleve la iniciativa de los festejos con que, de conseguirse, deberá celebrarse dicho traslado en favor del pequeño comercio.»

Los comisionados visitaron varias veces la Alcaldía, siempre con resultados negativos, incluso cuando la ocupaba D. José Francos Rodríguez, a quien tampoco lograron convencer. Pero tuvo el noble rasgo de dar a la barriada una compensación. «La romería —les dijo éste— sólo dura una mañana, y en tan pocas horas poco negocio puede hacer el pequeño comercio, sin que sea posible evitar la reproducción de los pasados escándalos. En vez de una sola mañana proporcionaré a los feriantes medio mes, desde los últimos días de mayo hasta el 10 o el 12 de junio, creando al efecto una nueva verbena que, con el nombre de la Princesa (1), se celebrará en la plaza de la Moncloa, inaugurándola este mismo año.» Y a partir de entonces:

«No es la de San Antonio de la Florida
la primera verbena que Dios envía.»

JOSÉ CASCALES MUÑOZ



Sobre la «Fiesta de toros en Madrid»

Todos coinciden en que la *Fiesta de toros en Madrid*, de D. Nicolás Fernández de Moratín, fué un acierto insuperable. ¿Tuvo en realidad presente D. Nicolás, como dice el manuscrito a que hizo referencia D. Aureliano Fernández Guerra, «una pieza árabe que le dió D. Mariano Pizzi, catedrático del mismo idioma en los Reales estudios de Madrid»? (2). Debe creerse que no. Todo lo más que haría el citado Pizzi, entiende con gran fundamento Fernández Guerra, sería proporcionarle noticias y datos en materia de nombres arábigos de barrios, calles y plazas de Madrid, de sus pueblos inmediatos, y de trajes, dignidades y oficios entre los agarenos. Y

(1) Desde el 1931 ha tomado el de San Fernando.

(2) *Lección poética sobre las celeberrimas quintillas de D. Nicolás Fernández de Moratín*. Ext. de la *Revista Hispanoamericana*, 1883.

aun si se rastrea un poco —no es ése mi propósito en estas cuartillas—, creo que se dará fácilmente con las fuentes impresas, asentadas seguramente en las fábulas a que dió lugar el pretense *Magerit*, de que Moratín se valió para documentarse.

Pero el principal atractivo de las famosas quintillas, más que en el traslado de episodios y costumbres, está en el tono francamente popular dominante del principio al fin, y que da al relato un colorido de realismo que suple con creces lo que en él pudiera faltar de exactitud histórica. Esa es la tradición netamente castellana, con sus toques gráficos, su ropaje pintoresco, sus pormenores ingenuos, su dicción sencilla y cabal, caracteres todos muy adecuados para cautivar la atención popular.

La *Fiesta de toros en Madrid*, constó en un principio, según hizo saber Fernández Guerra en la aludida *Lección poética*, de 157 quintillas. En su redacción definitiva quedó reducida a 72. Las supresiones y reformas fueron, por lo general, muy acertadas. Desaparecieron anacronismos, como los de las tocas de cambray usadas por las moras y la venera de Santiago ostentada por el Cid; fueron eliminados mil detalles que nada tenían que ver con la fábula principal, y otros mil alardes de postiza erudición sobre cosas árabes; cayeron igualmente al golpe depurador las inoportunas referencias a la historia anterior de Rodrigo y el más extemporáneo *apóstrofe* a Madrid; y, en una palabra, sucumbieron a la implacable corrección de D. Nicolás numerosas digresiones y trivialidades, bien que consigo arrastraran algunas bellezas sueltas.

La reforma, sin embargo, hizo perder a las quintillas gran parte de sus elementos populares, vulgares más bien, adrede introducidos por Moratín en la *Fiesta de toros*. Porque bueno es decirlo ya. D. Nicolás, al escribir su hoy celeberrima poesía, tuvo presente, sin duda alguna, un género de composiciones que entonces gozaba la mayor popularidad: las *quintillas de ciego*.

De tales y semejantes estrofas hacía ya varios siglos que la poesía popular usaba preferentemente, en simultaneidad con los romances. Las *coplas reales* —quintillas dobles— que todos los poetas del siglo xv, Diego de San Pedro, fray Iñigo de Mendoza, Juan de Mena, Alvarez Gato, etcétera, etc., usaron tan pródigamente, informaron bien pronto gran parte de los pliegos sueltos que, como pasto a la avidez del pueblo, circulaban sin cesar. Así las *Coplas de la Madalénica*, las de Alonso de Salaya, las de Mateo Brizuela y mil más. Cuando de referir algún suceso o de pintar algún espectáculo se trataba, los autores de tales pliegos derrochaban las tintas, en forma ruda e imperita, sí, pero gráfica y expresiva; ni más ni menos que había de hacerlo, con mejor arte y más gallarda inspiración, D. Nicolás en su *Fiesta*. Viérase, por ejemplo, a Antonio de Valcázar Menestril, coplero vallisoletano, referir en 1545 las fiestas hechas con motivo del nacimiento del príncipe D. Carlos:

«Luego sin más dilatar,
chicos, grandes y mayores
y la gente popular,
con regozijo sin par
dauan a Dios mil loores.

Las campanas se quebraban
tañendo con regozijo;
mil invenciones sacauan;
los pressos todos soltauan
con el gozo de tal hijo.

Ya después que fué llegada
la noche con su lumbrera,
otra fiesta, ordenada
por do la fiesta pasada,
se dobló en la Corredera.

Parecía el elemento
del fuego estar allí junto,
y hundirse el firmamento,
y hallarse en un momento
todo el ser en aquel punto.

¡Quién viera los caualleros
todos de juego de cañas,
en caualllos muy ligeros,
y también sus escuderos
con luzes muchas y estrañas!

¡Quién viera los añafles,
las trompetas y atabales,
y los altos menestriles
hazer passos muy sotiles
a modo de celestiales!» (1).

Bien sabía también Lope de Vega lo que agradaba al pueblo el sonsonete de las quintillas, y el relato vistoso y desgarrado, cuando compuso en aquellas estrofas y en aquel tono su poema del *Isidro*. No intentó, pues, elevar su estro a las altas regiones de la poesía; antes bien, quiso mantenerse al nivel de las coplas populares, y se puso a los alcances del lector más sencillo e ignaro.

Y en la segunda mitad del siglo xvii las coplas en quintillas abundan hasta la saciedad. Las *quintillas de ciego* —así se llamaban ya— aumentaron aún más su predicamento en la opinión popular, sin menoscabo de los romances. Temas religiosos, relatos variados, sátiras y jocosidades hallaron su expresión bajo la forma de quintillas.

Vaya un ejemplo. En 1657, al nacer el príncipe Felipe Próspero, hijo de Felipe IV, se hicieron en Valladolid, como en muchos lugares de España, diferentes fiestas. Con tal motivo, un coplero anónimo publicó un pliego así titulado: «*Quintillas de Ciego hechas a Don Gerónimo de Villasan-*

(1) «*La triste y dolorosa muerte de la princesa nuestra señora, agora nuevamente trobada en la noble villa de Valladolid por antonio valcaçar menestril, vezino de la dicha villa. Año M.D.xlv.*».

te, Cavallero de la Orden de Santiago, que toreó en la fiesta que hizo Valladolid al nacimiento del Príncipe de las Españas Don Phelipe Quinto Próspero Nuestro Señor» (1). Y en él se encuentran quintillas como las siguientes:

En fin, se quitó el nublado
pronosticando alegría,
y anduvo el tiempo acertado,
que es fuerza esté despejado
si es de Villasante el día.

Toda la gente al miralle
el puesto desembaraza,
que aunque era confuso valle,
no es mucho le hiciesen calle
puesto que él les hizo plaza.

En lo negro del vestido
los golpes le vi brillar:
famosa la traza ha sido,
que es prevención lo lucido
de los golpes que ha de dar.

.....

Diez y seis rejonos fuertes
quebró en linda coyuntura,
y si en su destreza adviertes,
aunque todas fueron suertes
ninguna fué de ventura.

Muerto un toro, es alentado
fruto de su impulso duro,
y el toro lo ha declarado,
pues, porque estaba pasado,
vino a caer de maduro.

Siendo éste el rejón mejor,
no quebró su gentileza,
y es conocido primor,
pues un rejón superior
no ha de perder su entereza.»

No es que D. Nicolás pretendiera imitar a éste y otros tales copleros. Es que quiso dar a su composición todo el sabor popular que cuadraba al asunto, y entendió que el mejor medio de conseguirlo era escribirla en quintillas y prodigar en ella todos los trazos descriptivos y pintorescos que

(1) Biblioteca Nacional, Ms. 3912. Es un tomo de *Varios*. El pliego está impreso, s. l. n. a. Son numerosas las coplas en quintillas existentes en la Biblioteca Nacional.

los poetas del pueblo empleaban. Mejoró los moldes. Perfeccionó como poeta lo que la musa popular, con su instinto certero, había siempre preferido.

Que en todos los pormenores trató de seguir la expresión y la técnica populares es indudable. Uno de esos pormenores es el uso frecuente de la enálage, tan característico en las coplas del pueblo. No sólo alterna de continuo el pretérito con el presente histórico, sino que hace traslaciones más singulares. Así con el imperfecto:

«Mas, viendo se culparía,
va a ponérsele delante:
la fiera le *acometía*,
y, sin que el rejón la plante,
le mató una yegua pía.»

Así también con el presente de subjuntivo:

«La mora se puso en pie,
y sus doncellas detrás.
El alcaide que lo ve,
enfurecido además,
muestra cuán furioso *esté*.»

Y obsérvese de paso ese chocante *enfurecido además*. Parece un ripio, y es, sin embargo, una de las más felices similitudes con la ingenua fraseología de la musa callejera.

D. Nicolás, en suma, quiso ser en su *Fiesta* un poeta más del pueblo. Ni para ello necesitó violentar los usos, dado el nivel a que había llegado la poesía española, en que casi se confundían los poetas eruditos y los populares, ni, aun reducido a tal empeño, había de faltarle ocasión para demostrar que estaba muy por encima de sus cofrades en Apolo. Y produjo, en efecto, una obra maestra.

NARCISO ALONSO CORTÉS

RESEÑAS

CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL.—*Don Quijote de la Mancha*. Nueva edición conforme a los textos de las dos impresiones por Juan de la Cuesta, con una vida del gran ingenio complutense, prólogo y notas por Juan Suñé Benages. Barcelona, Editorial Iberia, Joaquín Gil, 1932, dos tomos.

Muy rara es la editorial española de ponderada solvencia que no cuenta en el catálogo de sus fondos, una, al menos, edición de la obra española y españolista por excelencia de Cervantes. Diríase que esta edición es como el espaldarazo que da el prestigio al digno anhelo del editor. El huevo y el fuero son perfectamente compatibles. Pues bien, este afán de todos y cada uno es lo que ha convertido al *Quijote* en una obra de competencia. ¡Y feliz conversión!.. Porque hay que editarlo bien, y que editarlo barato. Y quien gana es el público. Hay que reconocer, sin embargo, que si lo segundo —baratura— casi siempre se cumple, bajo la imperiosa necesidad, lo primero —belleza— muy pocas veces se logra, y cada época más espaciadas.

Una editorial barcelonesa: Iberia, a la que ya nos hemos referido en otra ocasión para señalarla digna de la atención de público y crítica, por sus innumerables prestigios ganados libro a libro, acaba de lanzar una nueva edición del *Quijote*. Detallemos: desde hace diez, desde hace veinte años ¿qué bellas ediciones de la obra inmortal han aparecido en España? Recordamos las pobres, cortas y malas, con las notas más o menos agudas del Sr. Rodríguez Marín. Y alguna que otra *de tapadillo*, o del quiero y no puedo.

La edición del Sr. Gil Guinón —Editorial Iberia— es una cosa aparte, excepcional, altamente honorable. Edición en dos tomos, 8.º mayor, con encuadernación primorosa y cubierta a colores y... 25.000 ejemplares. ¿No es asombroso el atrevimiento? ¿No decían que la industria del libro permanecía en ruinoso estado? Anotemos los primores de esta nueva edición: 37 láminas al huecograbado, fuera de texto, reproducción de las dadas por la Academia en 1780. Papel verjurado. Indices de refranes, máximas, frases adverbiales, aforismos, libros de Caballería y de Historia, novelas, poemas, obras dramáticas y nombres geográficos mencionados en la obra inmortal. Un mapa a dos tintas, de la ruta de Don Quijote, delineado por D. Tomás López, geógrafo que fué de S. M. Reproducción

de las primeras páginas de cada parte del *Quijote*, impresas por Juan de la Cuesta —1605-1615—, que comprende la portada, la tasa, el testimonio de erratas, la aprobación, la real licencia y el privilegio. Juan Suñé Benages, director de *Crónica Cervantina*, y continuador de la edición crítica de D. Clemente Cortejón, ha escrito una breve y original y muy amena biografía de Cervantes, y ha puesto numerosas notas, de propia investigación, que anulan tantas como corren impresas por esos *Quijotes debidamente anotados*, a decir de los comentaristas.

Por las indicaciones anteriores puede fácilmente presumirse la importancia de esta *nueva salida* de Quijano, precisamente en Barcelona «archivo de la cortesía», según expresión del manco inmortal. *Nueva salida*, que seguramente se hará muy pronto famosa, como cualquiera de las llevadas a término por el andante caballero bajo la buena ventura de la universal admiración.

Ningún cervantófilo, ninguna biblioteca podrá prescindir de esta primorosa edición.

Y a nosotros nos causa singular complacencia que puedan saltar de los puntos de la pluma —por justas causas— elogios sin tasa.

S. DE R.



M[ARTÍNEZ] VÉLEZ, P. PEDRO. — *Leyendo nuestras Crónicas. Notas sobre nuestros cronistas y otros historiadores. Estudio crítico y reconstructivo de la historia antigua de la Orden de San Agustín en relación con su origen, continuidad y un nuevo florecimiento de la misma. Tomo I. Historiadores generales y particulares de interés general para nuestra historia antigua.* El Escorial, Imprenta del Monasterio, 1932. Dos vols. en 4.º, de 1.169 páginas correlativas.

Sólo el «Índice completo» de esta obra magna comprende 39 páginas, desde la 1.131 hasta la 1.169. Extractado se reduce a la «Advertencia preliminar», que parafraseamos; a un «Prefacio», que es una verdadera curiosidad histórica, concerniente al Colegio de Valladolid y a los libros agustinianos; a la «Razón de estas Notas», capaces de competir con los más concienzudos trabajos benedictinos; a «El P. Andrés de San Nicolás, sus continuadores y apologistas», cuya clasificación y labor paciente analiza después de ofrecer a la vindicta pública la calidad e importancia de los historiadores generales y particulares de la Orden, el excelso apostolado de San Agustín, la organización de los antiguos agustinos y la historia

agustiniana en África, Italia, Cerdeña, España, Portugal, Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Alemania, Grecia, Chipre, Palestina y Etiopía; a «El P. Jaime Jordán, el Torrelli Español», que a nosotros mismos, lectores seculares tan distanciados de la vida monástica o conventual, nos incita a seguirle paso a paso, a reflexionar sobre tan interesante monografía y, finalmente, el «Apéndice», cuyo sabroso juicio crítico, muy a la ligera, reseñaremos al final de nuestra lectura, mejor dicho, rápida ojeada.

Tras de la dedicatoria a «San Agustín, Protopatriarca del Monacato de Occidente», y «a la Apostólica y Gloriosa Provincia Agustiniana de Filipinas», el P. Vélez, dicho en cuatro frases, convencido de que en su origen están las crónicas agustinianas «mezcladas con falsas leyendas», creía preciso para escribir la verdadera historia de la Orden «empezar por saber lo que de ella hay aprovechable en nuestros propios historiadores». Aun cuando sin titubeo alguno el P. Vélez, apoyado en documentos fehacientes, afirma «que San Agustín fué monje y fundador de monjes, y que éstos, al salir de África, ya por expansión del Instituto, ya por las persecuciones vandálica y mahometana, vinieron de África a Europa», según el gran Wulf o Lupo, cabe preguntarse: «¿Fué San Agustín el verdadero padre de los actuales ermitaños, canónigos y monjas de su nombre?» Quienes lo niegan no tienen razón; mas, en cambio, tampoco se ha probado la veracidad. El pueblo, en caso de ser en realidad «Hermanos Agustinos», seguiría creyendo que forman la «Orden de San Agustín.»

Esto es una minucia. Lo de mayor gravedad para el P. Vélez sería «incurrir en los errores pasados o dar saltos en el vacío». En el estudio del P. Andrés de San Nicolás juzga que está la llave de aquellas nebulosidades. En este tomo I no todos los historiadores, cuyos nombres callamos en honor a la brevedad, están estudiados con la misma extensión, pues el P. Vélez les consagra la que su importancia reclama. En caso de no poder terminar la obra, otros, siguiendo la orientación señalada, podrían escribir el tomo II, que tratará de los «Historiadores apologistas y hagiográficos», sin excluir, como ha ocurrido en el tomo I, a «otros historiadores o escritores que se han ocupado de nuestra Orden o de sus hombres insignes, y especialmente de sus santos».

Menester es, a los que somos seculares, atenernos a lo que de su obra nos refiere el P. Vélez: «Creo, además, conveniente advertir que, aunque he procurado señalar y agrupar las principales fuentes de los errores de nuestros cronistas, y hacer las necesarias referencias, cuando ellos tratan del mismo asunto, sin embargo, dado mi método de estudiar a cada cronista por separado, y tratando todos ellos de las materias del presente estudio, y repitiéndose, por tanto, generalmente el asunto en cada uno de ellos; y, por otra parte, siendo detallado, quizá nimio, y acaso, para algunos lectores, abrumador el análisis que hago de varios de los cronistas, me ha parecido necesario poner al fin de la obra un resumen general sistemático, según el orden de los tiempos, para que fácil y claramente se pueda ver y retener pronto el resultado de mis estudios, o lecturas e investigaciones, en la materia de que se trata. En resumen, podría ser como previo bosquejo del futuro «Compendio histórico de la Orden», que tanto necesitamos.»

Dicho esto, el P. Vélez estudia con San Agustín la «edad de oro» de la

Orden; después la «edad de hierro»; el cambio de función orgánica; la heterogeneidad de los elementos de la Unión; la difícil adaptación a las tendencias de las Ordenes mendicantes; el agustinianismo institucional, subdividido en muchas frondosidades; el eco de simpatía que sus buenos deseos despertaron en 1927, en que dió comienzo a su investigación; la correspondencia de la provincia agustiniana, y cuantos generosos propósitos animan a consejeros, favorecedores y colaboradores.

Al razonar el P. Vélez sobre sus notas, que nosotros llamaríamos ilustraciones, maneja tanta bibliografía que sólo su enumeración ocuparía gran espacio. Limitémonos a decir que la Orden agustiniana está falta de suficientes libros modernos, y aun antiguos modernizados, aptos para formar el espíritu, todo amor y caridad, de San Agustín. Además, para los terciarios y cofrades, el P. Vélez considera precisa esta trinidad agustiniana: «Compendio o Manual histórico de nuestra Orden»; «Santoral de la Orden o Leyenda de oro agustiniana»; «Devocionario agustiniano.»

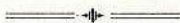
Nosotros propondríamos otro manual: «Deberes del agustinianismo para con las clases desheredadas.» *In partibus* lo viene practicando la Orden agustiniana bajo distintos aspectos de socialización cristiana o humanitaria, pero tal libro revelaría cómo puede reemplazarse la tea incendiaria por la antorcha de la Civilización.

En esta forma se completaría el brillante historial agustiniano, y hasta al vulgo llegarían las disquisiciones acerca de lo que fué y lo que pretende ser la Orden de San Agustín. El P. Vélez, que tan ecuaníme e independiente se nos reveló al calificar a ciertos inquisidores en su libro anterior, *Observaciones al libro de Aubrey F. G. Bell sobre Fray Luis de León*, como copioso de doctrina y arsenal viviente de humanidades, en la actual obra, definiendo todas las características de los historiadores, generales y particulares de su Orden, desde que las despoja del epíteto de eremítica y se adentra en un verdadero laberinto de Creta con «el hilo luminoso y conductor de la nueva Ariadna, que es la crítica moderna» (págs. 569, 741, 773 y muchas más, anteriores y posteriores); el P. Vélez, repetimos, con la misma dulzura cristiana que hace anotaciones sobre la virgen de Regla (llamada 1 de la pág. 677), el ascetismo cristiano-católico español (llamada 1 de la pág. 681), las supuestas fundaciones de San Paulino en España (pág. 723), algún desliz histórico del P. Jaime Jordán (pág. 765), los canónigos que fueron obispos (pág. 809), la reedificación del Monasterio de Urgel (pág. 861), a un prodigio que cantó Santa Teresa (pág. 869), la fusión efectuada colosalmente en el convento romano de Nuestra Señora del Pópolo (pág. 1.017), la fundación de los Agustinos recoletos (págs. 1.052 a 1.062), las Constituciones (págs. 1.121 a 1.122), etc., etc., asimismo debe compenetrarse de lo evangélico de nuestra devoción.

Callemos, como dijimos más arriba, cuanto hicieron Egidio Romano, Enrique de Urimaria, Jordán de Sajonia, Ambrosio de Nassari y otros historiadores generales de la Orden agustiniana, entre quienes destacan Tomás Herrero y Luis Torrelli y el P. Maturana (págs. 20 a 262). Elogiemos las semblanzas que traza el P. Vélez de Landucci, el P. Andrés de San Nicolás, sus continuadores y apologistas, y el P. Jaime Jordán (hecha con gran extensión), como historiadores particulares (págs. 263 a 900). Del «Apéndice», comprensivo de 269 págs., y de multitud de ilustraciones, que

no podemos reseñar, sacamos como consecuencia el alto magisterio de quien, a más de ser doctor en Filosofía y Letras y maestro en Sagrada Teología y ex profesor de Biblia y Lengua bíblica, es de una capacidad asombrosa para el trabajo.

AURELIO BÁIG BAÑOS



BALLESTEROS BERETTA, ANTONIO.—*Historia de España y su influencia en la Historia Universal*. Tomo VI (802 págs. en 4.^o), Barcelona, 1932.

Varias veces he tratado en estas columnas de la monumental historia española que está publicando hace años el laboriosísimo profesor de la Universidad Central y académico de la Historia D. Antonio Ballesteros. Pero cada uno de sus gruesos volúmenes que van saliendo a luz es en cierto modo una obra aparte, y merece algún comentario.

El tomo que últimamente se ha puesto a la venta se refiere a las instituciones, la organización, las costumbres y la cultura en el siglo XVIII, desde el advenimiento de los Borbones, en 1700, hasta la abdicación de Carlos IV, en 1808, tanto en España como en sus dominios coloniales ultramarinos y en Portugal con sus colonias; es decir, es una civilización *ibérica* dieciochesca en la plenitud de su contenido. Y constituye un complemento del volumen anterior, que estudiaba esa misma época en su aspecto político y militar.

Con decir que el tomo no desmerece en nada de los anteriores, quedaría hecho su elogio. Contiene, como ellos, una *bibliografía en acción*, la más completa que se ha reunido hasta el día; capaz de asombrar por los millares de obras puestas a contribución, clasificadas, utilizadas, resumidas y extractadas a veces (libros nacionales y extranjeros de la más varia índole, artículos de revista y aun de periódico), a quien no viniera siguiendo, paso a paso, la labor ingente, única en su género, que constituye esa obra magna del autor.

Pero si el libro es único en información documental, lo es también en presentación lujosa e información plástica, no de la que puede pasmar a los incautos, como la de la voluminosa *Historia de España*, de Codola, editada, en Barcelona también, por la casa Seguí, abundantísima en artísticas viñetas, que forman verdaderos cuadros..., pero todos de pura fantasía del dibujante. No; en la obra del Sr. Ballesteros toda ilustración es auténtica: retratos, estampas, escudos, planos, mapas, periódicos, cartas autógrafas, diplomas, ciudades antiguas, calles, plazas, palacios, iglesias, barcos, sepulcros, estatuas, lienzos, salones y *boudoirs*, muebles, trajes, uniformes, armas, carrozas, tapices, trofeos, emblemas, lápidas, sellos, portadas de libros, facsímiles de manuscritos, bulas, monedas, porcelanas, utensilios y

objetos varios de indumentaria, diversión y adorno, incluso abanicos, encajes, pañuelos, zapatos y hasta mandiles masónicos y piezas de música. Todo está tomado de originales existentes en poblaciones varias, archivos, bibliotecas, museos, iglesias, casas particulares y monografías especialísimas, con fructuosa labor de rebusca dentro y fuera de España. Cada ilustración lleva al lado su procedencia, y el número de entidades y particulares puestos a contribución es copiosísimo. Los retratos (pictóricos o escultóricos) nos hacen conocer, prodigando a veces sus efigies, a cuantos personajes figuran con algún relieve en la España dieciochesca: reyes, reinas, príncipes, infantes, políticos, favoritos, damas célebres, eclesiásticos, próceres, teólogos, economistas, historiadores, eruditos, marinos, viajeros, geógrafos, naturalistas, médicos, juristas, poetas, comediógrafos, fabulistas, satíricos, músicos, pintores, escultores, arquitectos y artistas menores, incluso cómicos, cantantes, tonadilleros y toreros. Y no sólo personas de España, sino las extranjeras, que algo influyen en nuestra vida: pontífices, príncipes, estadistas, filósofos y literatos de otros países. Todo ello con verdadera profusión.

Los cuadros de costumbristas, como Goya, y las curiosísimas estampas de la época, nos revelan la vida íntima de aquella sociedad, aun en sus más detallados pormenores: la tertulia elegante, la *toilette* de la dama, los cambios de la moda en el indumento femenino, los bailes, los teatros por dentro, las corridas de toros en Madrid y en provincias, las fabricaciones de la pequeña industria, la tienda del mercader, la fiesta popular, verbenas, cabalgata carnavalesca, procesión religiosa, entradas solemnes de personajes con calles engalanadas, merendonas, romerías, paradas militares, juegos, danzas y charlas de socios o de enamorados.

La variedad de asuntos va desde la ejecución del reo hasta las castañuelas para bailar seguidillas.

Para el estudio de la sociedad, las instituciones, la cultura y las costumbres de España en el siglo XVIII, este tomo del Sr. Ballesteros ha tenido más precedentes que los anteriores; pues, aparte la *Historia de España y de la civilización española*, de D. Rafael Altamira (pauta y base de todos los estudios sobre civilización de nuestro país), existe la notabilísima y extensa obra del ilustre hispanista Desdévise du Dezert, *L'Espagne de l'ancien régime*, que estudia a fondo, orgánicamente y en pormenor, la España interna de aquella centuria como ninguna otra etapa de nuestra historia ha sido estudiada (salvo acaso la España goda, por Pérez Pujol). Pero ello no amengua la labor del Sr. Ballesteros, que trabajó por su cuenta, recogió todo lo posterior a sus predecesores y que en aportación gráfica y estudio colonial hace enteramente obra propia. En historia *intimista* va todo lo lejos que es posible ir, siguiendo la orientación de Danvila, Villaurrutia, etc., en mostrarnos al natural las flaquezas de reyes, reinas y altos personajes. Destacan el *ménage* de Felipe V sus esposas, y la princesa de los Ursinos, el de Carlos IV, María Luisa y Godoy. El Sr. Ballesteros, antiguo conservador en política, no usa los eufemismos y atildamientos de otros colegas metidos a historiadores cuando hablan de personas reales. Sabe que éstas no tienen fuero alguno de vida privada inaccesible; pues un secreto de alcoba puede cambiar una política y sostener muchos años una privanza.

El mismo sabroso pormenor emplea al describir las costumbres de la muchedumbre en sus clases diversas, estudiando por separado *la corte, los magnates, la capital, la vida ciudadana, habitación, vestido y yantares, fiestas, diversiones y visitas, los viajes y la mala vida*.

Nos descubre abismos de corrupción en altos y bajos, y un *tono medio*, frívolo e inmoral, que mina la familia con los *cortejos y chischiveos* de las damas casadas, obligatorios por el uso y aun impuestos por contrato matrimonial; parásitos que las acompañaban desde el tocado de la alcoba a la visita, la comedia y el templo, sin dejarlas a sol ni a sombra, en equívoco papel, que resbalaba de sirviente portador de baratijas a galanteador platónico, aprovechado *flirt* y amante declarado, dejando al marido (a quien era del mejor tono tratar con glacial desdén) en el más lamentable de los ridículos. No era raro el *abate*, de tipo francés, *periquito entre ellas*, que actuaba de cortejo y subía agarrado a las faldas, cuando no, como Alberoni, cimentaba su poder en su habilidad de cocinero.

De la administración, la marina, el ejército, la diplomacia, la agricultura, la ganadería, la industria, el comercio, las obras públicas (entonces en su apogeo), la posta, que empezaba a organizarse, la hacienda, la beneficencia, la iglesia, la inquisición, las relaciones con el Pontificado, las bibliotecas, los centros de enseñanza, las ciencias, las artes, la literatura (no sólo la castellana, sino la catalana y la portuguesa), el teatro, las fiestas, muy señaladamente la tauromaquia, que, con Romero, Cúchares y *Pepe-Hillo*, nacía como profesión; en suma, de todos los aspectos de la vida española, hace completos estudios, a base de cuanto sobre cada especialidad se ha publicado hasta el día. En todo momento, aun al tratar las más espinosas cuestiones (el regalismo, las relaciones entre la iglesia y el Estado, la expulsión de los jesuitas), se muestra historiador ecuaníme, ponderado, imparcial y objetivo, a quien los hombres de todas las ideas podrán consultar sin sentirse molestos.

En cuanto a la forma, hallo en este volumen una mayor soltura, mayor viveza y amenidad, evidente progreso en el arte narrativo, dentro de la técnica erudita del autor, que ya noté en otro de los tomos recientes, en comparación con los primeros de la obra.

Esperamos impacientes el fin de la misma.

J. DELEITO Y PIÑUELA



SALAVERRÍA, JOSÉ MARÍA.—*Iparraguirre. El último bardo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1932, 184 págs. En la colección *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*. Tomo 21.

Los editores, el seleccionador de *estas vidas*, no se han comprometido a dar siempre las de personajes célebres, que ofrezcan un interés o una enseñanza al lector. Ellos, como el funámbulo del chascarrillo, no engañan

a nadie. Vidas... Hoy la de Iparraguirre; mañana la de cualquier otro *ochocentista* justamente desconocido. No queremos afirmar que el bardo vasco esté en este caso. Pero sí que tampoco lo está en el otro, en el de ser glorificado con estas palabras: «¿Cuándo volverá el mundo a producir un hombre como Iparraguirre?» D. José María Salaverría, autor y único responsable de la antecedente interrogación, es un correcto escritor nacido bajo el prestigio interlunar de Loyola. Frio de estilo. Nada imaginativo. Como la biografía del poeta del *Guernicako arbola* es, por otra parte, muy poco movida, de aquí que la última *Vida* publicada en dicha colección peque de anodina, pese a la brevedad con que está escrita: 180 páginas de poco nutrida composición, que difícilmente aguantará ningún lector sin *esos saltos*, que acaso sean un aliciente más de la lectura. Nació. Cantó. Fué incomprensido. Marchó a América. Volvió a España. Murió pobre... Esta es la síntesis de la biografía. No se crea que exageramos. El propio biógrafo lo confirma: «Un día salió, predestinado viajero, por todos los caminos del mundo para cumplir el sino de su fatalidad de poeta; otro día el destino le trajo al mismo paraje para cerrar el círculo de una vida caprichosa y volandera.»

Nacer... Vivir incomprensido... Cantar y versificar... Muchos, muchísimos volúmenes tienen que preparar los editores si quieren recoger vidas similares. Desconfiamos, sin embargo, de que el público les siga. La vida vulgar del bardo Iparraguirre no hace vulgares sus versos, de un gran sabor local. El biógrafo, en unos apéndices, recoge lo más selecto de la labor del poeta. El celeberrimo *Arbol de Guernica*, el *Agur Euskal-erriari* —Adiós a Vasconia—, *Nere etorrera luz maitea* —Mi regreso a la tierra amada—, *Cantari euskalduna* —Cantar vascongado...

Gran sabor local, insistimos. Las traducciones que el biógrafo hace de estas poesías, con ser perfectas, no dan siquiera ese sabor local. Acaso sea que la pluma de Salaverría, movida, eso sí, con el mejor interés, no puede competir con la voz y el acompañamiento de guitarra con que el bardo baserritarra lanzaba sus coplas por caseríos y suburbios.

Nosotros, que hemos alabado el *Boltvar* del mismo Salaverría, no acertamos a entender su predilección por esta muy secundaria figura de Iparraguirre. A no ser por un prurito de regionalismo. Pero desconfiamos de estos pruritos. Son peligrosísimos para el escritor. Le hacen creer que caza águilas cuando apenas si son gorriones los que malamente caen a sus escopetazos.

S. DE R.



VILLA-URRUTIA, MARQUÉS DE.—*Fernando VII, rey absoluto. La ominosa década de 1823 a 1833.* Un tomo de 230 págs. Madrid, 1931.

El marqués de Villa Urrutia se ha conquistado a pulso, por la docta amenidad de sus evocaciones históricas, un público numeroso de los *no profesionales*, de los que huyen de la historia grave, con fárrago de erudi-

ción y polvo de archivo, para buscar la narración pretérita, verídica y fiel, sí, pero también interesante y pintoresca por los tipos y los asuntos: la *historia novelada*, que parece novela sin dejar de ser historia.

Se prestan para ello más las biografías —y el autor las ha hecho deliciosas sobre personajes del Renacimiento y de los albores del mundo contemporáneo—. Dan más ocasión al detalle jugoso, al lance original, a la anécdota peregrina, al hondo atisbo psicológico. La relación de un reinado, con sus Ministerios, sus asuntos públicos y su política interna y externa, ofrece menos coyuntura para esa nota intimista en que el marqués de Villa Urrutia es maestro. Además, Fernando VII es mucho más conocido que otros héroes y heroínas (con preferencia las últimas) de los que movieron la pluma del autor; y ciertas analogías de carácter y de actuación con su biznieto Alfonso XIII (sobre todo exteriorizadas con motivo de la Dictadura) hicieron a la oposición antimonárquica, en las postrimerías del último Borbón, exhumar a aquél como forma indirecta de atacar a éste. Menudearon los artículos de prensa; algunos periodistas (con más espíritu de proselitismo que ciencia histórica) publicaron sendos volúmenes sobre *el rey felón*, y hasta el Ateneo de Madrid inició para 1931 un ciclo de conferencias (para el que me honró solicitando mi concurso), aunque no se llegó a dar, sin duda porque la caída de la Monarquía le privó de estímulo.

Con todo ello, este libro del marqués de Villa Urrutia no puede descubrir tantos panoramas ni lucir tanto las dotes del ingenio, la novedad y el interés como sus hermanos anteriores. No es culpa del autor, sino de la materia. Pero el marqués había acometido ya hace tiempo, antes de que las circunstancias pusiesen de moda al *Rey Deseado*, un estudio histórico sobre él, y había dado a luz su primera parte: *Fernando VII, rey constitucional*. Era justo que completase su visión del funesto monarca con este *Fernando VII, rey absoluto*.

Debía tal obra a sus lectores, y ellos se la agradecerán, pese a cuanto queda apuntado, porque si el lector que maneja libros grandes (desde la *Historia anónima de Fernando VII*, atribuida a D. Estanislao de Koska Bayo, hasta la *Historia general de España*, por D. Modesto Lafuente) sabe a qué atenerse con conocimiento de causa sobre *el rey chispero*, los que no tienen vagar y hábito para leer sino libros breves y de divulgación necesitaban algo más sólido, y escrito por más autorizada pluma en menesteres históricos, que los libritos de *circunstancias* publicados recientemente. No es, pues, ociosa, sino muy útil, esta obra del marqués de Villa Urrutia, que sabe sentir y escribir como literato, pero documentarse como historiador.

Comienza con las gestiones de Fernando VII para conseguir la intervención militar de su pariente Luis XVIII de Francia, a fin de reintegrarse en la plenitud de su poder absoluto, y termina con la muerte del tirano, legando a su pueblo la herencia trágica de una guerra civil.

No nos muestra el marqués de Villa Urrutia un Fernando VII distinto del conocido, porque respeta la verdad histórica y sabe escribir con pluma que nunca pecó de cortesana. Fervores dinásticos o pruritos de originalidad hicieron que algunos escritores —creo que el general Gómez Arceche y el marqués de Dos Fuentes, entre ellos— soñaran con una reivindicación del torvo personaje, la cual no llegaron a realizar; y hasta he oído referir

a persona muy conocedora del Palacio Real hace pocos lustros, que, como uno de los rehabilitadores *en potencia* del séptimo Fernando acudiera a exponer sus propósitos a su último sucesor en el trono, éste le desconcertó diciéndole: «¡Reivindicar al NARIZOTAS! Pues no sé por dónde le vas a co-ger.» *Si non è vero...*

El marqués de Villa Urrutia nos pinta un Fernando VII falaz, solapado, cobarde, cruel, despótico, traidor a todas las causas, licencioso, arbitrario, constante conspirador contra sus padres, contra sus ministros y contra su pueblo; perjuro, adulador de los fuertes, desde Napoleón hasta las revoluciones triunfantes; mal hijo, mal marido y pésimo rey; ruin de alma y soez en sus gustos, en su lenguaje tabernario y en la predilección de sus amistades, donde triunfaban analfabetos, espías, esbirros, fanáticos y agentes provocadores.

Aprovecha toda ocasión para bosquejar la figura del rey en su intimidad, y a la vez las de sus mujeres (ya tratada a fondo en una de sus más saladas y chispeantes monografías); las de sus víctimas, los liberales (*El Empecinado*, Riego, Torrijos y sus compañeros, etc.); las de sus parientes, cortesanos y compinches: el *cretino* D. Carlos (su hermano predilecto), las intrigantes infantas y princesas; la camarilla de aguadores, esportilleros, parásitos, covachuelistas, obispos y frailes cerriles; el *tercero* duque de Alagón (el más constante y hábil en tal oficio), y, sobre todo, el sinuoso Calomarde (cuyo nombre es símbolo de toda una época inicua), sosteniéndose en equilibrios de privado adulador, entre el *amo* de hoy y el que pudiera serlo mañana (el *Pretendiente*), hasta que una robusta mano femenina, de hija de reyes, derribó en la Granja, de una bofetada sonora, su privanza y sus maquinaciones y el advenimiento del carlismo.

El autor traza agudamente las siluetas de sus personajes y aprovecha sus conocimientos internacionales de antiguo embajador para examinar de modo especial las relaciones de España con Francia, Inglaterra, Rusia, América y otros países, en aquel tiempo de la *Santa Alianza*, de príncipes absolutistas, a pesar de cuyo espíritu regresivo, tan grato a Fernando, hacía España el más triste y pobre papel en el concierto de las naciones.

J. DELEITO Y PIÑUELA

BIBLIOGRAFÍA

POR

AGUSTÍN MILLARES CARLO, JENARO ARTILES Y AGUSTÍN G. IGLESIAS

Archiveros bibliotecarios

Esta sección, que inauguramos hoy en nuestra REVISTA, tendrá por objeto dar a conocer a nuestros lectores los trabajos (libros y artículos de revistas) que vayan apareciendo durante el transcurso del año sobre Paleografía, Diplomática, Bibliología o, en general, sobre la Edad Media española, y que consideremos de interés para medievalistas y bibliógrafos. Nos limitaremos unas veces a dar simplemente la nota bibliográfica escueta, y otras, según lo creamos conveniente, una breve reseña-resumen, huyendo deliberadamente de toda labor crítica, pues es nuestro propósito que esta sección no llegue a bibliografía crítica ni pase de bibliografía comentada.

ADALBERTO DE BAVIERA (Príncipe) y MAURA GAMAZO (Gabriel): *Documentos referentes a los patrimonios de la Casa de Austria en España*. (Continuación.) Madrid, en *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo C (1932), páginas 359-400.

ALBA (Duque de): *Leprosaría de la Espina en el Concejo de Salas*, en *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo C (1932), páginas 9-16.

Publica un privilegio de Alfonso XI, fecha Tineo, 30 de julio de 1229, librando de cargas y tributos a los leprosos de Santa María de Bazar (tomándolo del privilegio de Carlos V, de Valladolid, 28 de febrero de 1520, que lo inserta), una donación

al mismo convento, por Gonzalo Peláez y su mujer María Díaz, de una tierra en la villa de Piero (julio de 1248), y un convenio de reedificación y reparo de la leprosería entre el abad y enfermos de ella y Juan Alfonso, ante el notario Gutier Alvarez (18 de julio de 1426).

ALTOLAGUIRRE Y DUVALE (Angel): *Colombo*. Obra redactada por una Comisión científica y editada por la ciudad de Génova, en demostración de que en ella nació el descubridor del Nuevo Mundo. Madrid, en *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo C (1932), páginas 27-34.

Resumen crítico de la obra *Colombo* citada, al mismo tiempo que resumen comentado de la polémica

acerca de Colón español, iniciada por D. Celso García de la Riega en su obra *Galicia, patria de Colón*, polémica en la que el mismo académico Sr. Altolaguirre ha intervenido con acierto más de una vez. (*Vid.* CRISTÓFORO COLOMBO.)

Anuario bibliográfico mexicano de 1931, compilado por Felipe Teixidor. Méjico. Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 1932, 243 págs. en 4.º

Consta de 635 notas bibliográficas, dispuestas alfabéticamente, de libros impresos en Méjico durante el año 1931, completado con un índice de materias, dispuesto según el sistema decimal, con envío a los números de las noticias del cuerpo. Es el volumen primero del *Anuario*.

Les Archives de l'État en Belgique de 1919 à 1930. Rapports publiés sous la direction de Joseph Cuvelier. *Table onomastique*, par H. Cosemans. S. 1., 1931, 133 páginas en 8.º

ASÍN PALACIOS (Miguel): *El abecedario de Yūsuf Benaxeij el Malagueño*. Madrid, en *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo C (1932), págs. 195-228.

BLÁZQUEZ (Antonio): *Diversas longitudes de las millas romanas*. Madrid, en *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo C (1932), págs. 43-57.

Estudio sobre la reducción a la metrología moderna de la medida miliaria romana mediante la comparación de las distancias mencionadas comprobables de vías existentes en España. Establece cinco distintas equivalencias para otros

tantos tipos de milla: de 1.481 metros (no usada en España); de 1.393 metros (es la general de España); de 1.666 (empleada con preferencia en la parte central de la península); de 1.250 metros, y de 1.000 metros.

BOURGUIGNON (Marcel): *Inventaire des Archives de la Belgique*, publié par ordre du Gouvernement. *Les chartes du Luxembourg. Introduction à l'inventaire des chartes et cartulaires du Luxembourg*. Bruxelles. Imp. E. Guyot, 1931, 58 págs.

Se refiere a importantes documentos de los siglos XII al XVIII, cuyo inventario, redactado entre 1914 y 1921 por A. Verkooren, debe ser revisado por la dispersión que por causas políticas y militares han experimentado los fondos.

BRESLAU (Harry): *Handbuch des Unkundenlehre für Deutschland und Italien*, publicado por Hans Walter Klewitz, tomo II, segunda parte, segunda edición. Berlín y Leipzig, Walter De Gruyter, 1931.

Volumen póstumo y último de la conocida Diplomática de Breslau.

Breviaire de l'imprimeur et du bibliophile. París, 1931, 63 págs. en folio.

Número Noël del *Bulletin officiel de la Union Syndicale des Maîtres imprimeurs*, que continúa la serie espléndida de los publicados ya. Contiene un estudio sobre *L'écriture et les caracteres* (págs. 1-20), otro titulado *Panthéon de l'imprimerie* (págs. 21-42), que no es otra cosa que un diccionario biográfico de impresores y grabadores de im-

prenta, y acaba con un *Vocabulaire des arts graphiques* (págs. 43-63). Los tres trabajos interesantes, aunque excesivamente elementales y vulgarizadores, son anónimos.

BULLÓN (Eloy): *Sobre crítica histórica. La oscuridad de lo presente*. Madrid, en *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo C (1932), págs. 299-304.

Ensayo erudito en favor de la necesidad de la perspectiva histórica para juzgar y apreciar la magnitud de los hechos humanos.

CASTAÑEDA (Vicente): *Pedro Antonio Beuter*. Madrid, en *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo C (1932), pág. 151.

Estudio biográfico y bibliográfico del historiador valenciano y de la génesis y resultados de su obra.

CASTAÑEDA (Vicente): *Pleito que se puso en la Abadía de Párraces para el exterminio de la langosta*. Año de 1650. Madrid, en *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo C (1932), págs. 313-351.

Curioso proceso de excomunión contra una plaga de langosta que asoló las tierras de la Abadía de Párraces (Segovia, entre el Voltoya y el Eresma), por los años de 1647 a 1650. Lo transcribe íntegro, suprimiendo (indebidamente, creemos nosotros, dado el interés que tienen) «cuanto atañe a meros trámites judiciales, que no quitan ni ponen en el contenido de la verdad histórica», pero lo son todo — añadimos nosotros — para el estudio de los formularios, que tienen interés mucho mayor que lo que alegaran unos contra la langosta y exculparan otros, única, aunque insignifi-

cante, verdad histórica aquí. Está tomado el proceso de la *Quinta parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, por fray Juan Núñez, libro II, capítulos III-XI, manuscrito de El Escorial J-I-8, págs. 422-478, con la particularidad de que este proceso es la única parte de la obra autógrafa del autor, que confió el resto a un copista.—A.

CRISTOFORO COLOMBO: *Documenti e prove della sua appartenenza a Genova*. [Génova], 1931. 287 páginas, grabados, y dos de índice, en gran folio.

La ciudad de Génova, en alarde magnífico, documental y tipográfico, intenta resolver definitivamente el problema de la nacionalidad de Cristóbal Colón, recabando la gloria mucho tiempo indiscutida y hoy en tela de juicio para muchos (no para nuestra Academia de la Historia, que, en conocido informe, ha rechazado las tesis contrarias) de haberlo visto nacer. En este tomo, editado con un lujo y perfección materiales insuperables, se publican en facsímil gran número de documentos colombinos, libros y cartas, que prueban la nacionalidad genovesa de Colón. No se podrá afirmar que con esta publicación quede resuelta la cuestión, pero sí que la coloca en vías de estarlo, facilitando a los historiadores un caudal de materiales, materia de discusión y de estudios, que pueden conducir a aquel fin.

Paleográficamente tiene el interés propio de las colecciones de facsímiles de documentos reproducidos con fidelidad y técnica irreprochables. Para el bibliógrafo, las reproducciones de raras impresiones del xv y del xvi, de difícil consulta. Para el diplomatista, la serie de pro-

blemas que suscitan los documentos exhibidos. Ejemplo: una carta de Felipe II, inserta en el *Libro de privilegios*, de Colón (aquí reproducida), que lleva fecha 6 de noviembre de 1566, y va suscrita por Gonzalo Pérez, secretario de Felipe II, que, a creer a Cabrera de Córdoba, había fallecido el mes anterior, habiéndole sucedido su hijo Antonio Pérez.—A.

CHAVIGNY (Ch.): *Organización del Trabajo intelectual*, traducido y anotado por Jenaro Artiles. Barcelona, Editorial Labor, 1931. Cinco pesetas.

DAHLMANN (Waitz): *Quellenkunde der deutschen Geschichte*. 9. Auflage, herausg. von Hermann Häring. Leipzig, Verlag V. K. F. Koehler, 1931, XL-992 págs.

Nueva edición de la de 1912, extraordinariamente aumentada; de 13.380 números, que figuraban en aquella, aquí hay 16.337. El método y la distribución de materias son los mismos.

Documentos del Archivo general de la Villa de Madrid, publicados, bajo la dirección del archivero de Villa, D. Angel Pérez Chozas, por Agustín Millares Carlo y Eulogio Varela Hervías; prólogo del Excmo. Sr. D. Pedro Rico López, alcalde de Madrid. Segunda serie, tomo I. Madrid. Artes Gráficas Municipales, 1932, XIV-442 págs. en 8.^o

En realidad no se puede llamar nueva esta colección; desde 1888 se venía publicando la de documentos del Archivo Municipal de Madrid, tarea que comenzó el entonces archivero, D. Timoteo Domingo Palacio (a cuya diligencia se deben los volúmenes publicados: I, 1888; II, 1906;

III, 1907, y IV, 1909). Desde esta última fecha la interesante publicación ha estado en suspenso hasta hoy, en que, con el volumen I de la segunda serie, sale el que puede ser, y es, el V de la colección, debido éste al esfuerzo y cuidado de nuestros compañeros del Archivo Municipal Agustín Millares Carlo y Eulogio Varela, uno y otro profesores, además, de Paleografía en la Universidad Central. Empieza el tomo con una carta de San Fernando, fechada, *in exercitu prope Sibillam*, el 1 de mayo de 1248. prohibiendo a los vecinos de Segovia hacer pueblas en Madrid, y continúa, a partir de esta fecha, una interesante serie, que acaba en 1406 con el albalá de Enrique III de 20 de marzo sobre exención de tributos a los ganados del monasterio del Paular.

Las transcripciones son literales y completas, con la sola introducción de mayúsculas y de signos de puntuación para facilitar la inteligencia del sentido, y las faltas de transcripción y hasta las erratas de imprenta, tan perjudiciales —tanto como frecuentes— en publicaciones de esta naturaleza, han sido eliminadas casi en absoluto. Se propone el Archivo continuar la serie hasta la época de Felipe II. Aparte el valor de medio y material histórico desconocido que tienen los documentos publicados, tienen el interés diplomático inherente a la época que comprende (siglos XIII al XV, Fernando II a Enrique III), en que tan profundamente cambia la estructura interna de los documentos, y consiguientemente la nomenclatura diplomática, cuyas evoluciones se pueden seguir y estudiar aquí paso a paso.—A.

FLICHE (Augustin): *Histoire du Moyen Age*. Tomo II: *L'Europe Occi-*

dental de 888 à 1125. Paris. Les Presses Universitaires, 1931, 672 páginas.

Fuero de Madrid. (Publicaciones del Archivo de Villa.) Madrid. Artes Gráficas Municipales, 1932, 73 págs. y 32 hojas de facsimiles, más una hoja de índices, en folio.

Consta de dos partes perfectamente distintas: los estudios jurídico y filológico, además de la transcripción paleográfica del Fuero de Madrid otorgado por Alfonso VIII y conservado en un manuscrito de letra gótica del siglo XIII, y la edición en facsímil de este códice. El catedrático de Historia del Derecho en la Universidad Central, D. Galo Sánchez, autor del estudio de este texto legal desde el punto de vista del derecho; D. Rafael Lapesa, del Centro de Estudios Históricos y catedrático, del glosario; y la transcripción paleográfica, que, como dice muy bien el Sr. Rico López en la introducción, mejora en mucho las ediciones anteriores (Cavanilles, Amador de los Ríos y Palacio), se debe al cuidado de Agustín Millares Carlo, catedrático de Paleografía en la Universidad de Madrid y archivero del Ayuntamiento. En cuanto a la reproducción en facsímil, en colores y por el sistema directo, obra de las Artes Gráficas Municipales, que rige D. Pedro del Olmo, y desde el punto de vista técnico, está realizada con el mayor cuidado y esmero, resultando un trabajo acabado en lo posible, dado el estado, hoy por hoy, de la técnica tipográfica en España. — A.

GARCÍA DE LA FUENTE (P. Arturo): *El Concilio III Emeritense*. Badajoz, Imprenta de la Diputación

Provincial, 1932. 27 págs. + 3 láminas.

El autor hace relación del contenido doctrinal de cada uno de los veintidós cánones del Concilio celebrado en Mérida en 6 de noviembre del año 666, seguida de un comentario histórico acerca de sus disposiciones. Refiérese también a la autenticidad de dicho Concilio, puesta en duda por San Martín de Braga en carta a Inocencio III y defendida por este mismo pontífice en la suya a Pedro Compostelano (año 1199). Finalmente, menciona las ediciones y manuscritos que traen las actas del Concilio Emeritense, deteniéndose en señalar las variantes del Escorialense e. I. 13, más numerosas e importantes — algunas mejoran el texto común — que las anotadas por González y Tejada en su *Colección de Concilios españoles*. — A. G. I.

GAIBROIS DE BALLESTEROS (Mercedes): *Los testamentos inéditos de Don Juan Manuel*. Madrid, Tipografía de Archivos, Olózaga, 1, 1932. 39 págs. + una lámina.

La publicación de estos dos testamentos inéditos, sacados por la Sra. Gaibrois de Ballesteros del Archivo de la Torre do Tombo de Lisboa, nos revela ciertos aspectos de la vida privada del infante, alguno tan interesante y nuevo como su antagonismo con los Núñez de Lara, que rectifica la versión que, debida a la *Crónica de Alfonso XI*, teníamos acerca del carácter de las relaciones entre los tres parientes. Considerando las recomendaciones que D. Juan Manuel hace a su heredero, a fin de apartarle del trato de su abuela y tío, no es aventurado pensar, según observa atinadamente la autora, que el infante creía en la responsabilidad de los Núñez de

Lara respecto a sus discordias con Alfonso XI.

El primer testamento lo otorgó D. Juan Manuel en Santa Olalla, en 31 de mayo de 1339; el segundo, y más interesante, en Sevilla, en 14 de agosto de 1340, año restituído, mediante una inteligente argumentación, por la autora, ya que ha desaparecido en un roto del documento.

Los encariñados con la figura del infante agradecerán a la Sra. Gai-brois de Ballesteros su notable aportación.—A. G. I.

Gesamtkatalog der Preussischen Bibliotheken. Mit Nachweis des identischen Besitzes der Bayerischen Staatbibliothek in Wien, herausgegeben von der Preussischen Staatbibliothek. Berlin, Preussischen Druckerei und Verlag Aktiengesellschaft. 85 marcos volumen, en rústica.

Para dentro de poco se anuncia (Vid. *Boletín Bibliográfico del Centro Germanoespañol e Instituto Iberoamericano*. Año V, 1932, página 72) la aparición de esta importante serie, que, como fruto de más de treinta años de trabajo, publica la Biblioteca Nacional de Berlín. Constará de 150 volúmenes, en 4.º, de unas 1.000 páginas cada uno, y comprenderá unos siete millones de títulos. Si los alemanes logran dar cima a esta empresa (que supone la catalogación de la casi totalidad de la producción bibliográfica alemana), habrán hecho un bien incalculable a la bibliografía. En España, la Cámara Oficial del Libro tiene en preparación algo parecido, aunque no en forma de catálogo de biblioteca, sino como resumen de la producción bibliográfica española e hispanoamericana durante el siglo actual, y, aunque aún no ha aparecido, ha sido anunciado ya en su *Boletín*.

GROETZ: *Les juifs d'Espagne*. París, 1872.

Jahresberichte für deutsche Geschichte. 5. Jahrgang, 1929. Unter redaktioneller mitarbeit von Staatsarchivrat Dr. Victor Loewe herausgegeben v. Albert Brackmann und Fritz Hartung. Leipzig, Verlag von K. F. Koehler, 1931, XIV-773 págs. en 8.º

Volumen V de esta notable publicación, el cual se refiere al año 1929.

KRÜGER (Gustav): *Das Papstum. Seine Idee und ihre Träger*. Segunda edición. Tübingen, Mohr, 1932, VII-158 págs.

LÉVI-PROVENÇAL (E.): *L'Espagne musulmane au x^e siècle. Institutions et vie sociale*. Avec 24 planches et une carte hors-texte. Paris, Larose, 1932, 272 págs. en 4.º

Constituye la materia ampliada de una serie de conferencias dadas en el Instituto de Estudios Islámicos de la Sorbona a principios del año.

En la páginas 32 y siguientes se refiere a la vida y condición de los mozárabes. Estudia con gran extensión Córdoba histórica, topográfica y socialmente. En el diario *El Debate*, de Madrid, ha publicado un excelente resumen crítico el notable arabista y colaborador nuestro, don Angel González Palencia.

LEVILLAIN (Léon): *La formule «bene valiat» et le sceau dans les diplômes merovingiens, en Bibliothèque de l'École des Chartes. Revue d'Erudition*. París, XCII (1931), págs. 1-22.

Se debe a M. Levillain la tesis, nueva hasta él en Diplomática, de

que las leyendas en notas tironianas que se encuentran al pie de los diplomas carolingios son simples órdenes internas de la cancillería, de oficina a oficina, entre la expedicionaria del acta y la del sello, fundándose en la particularidad de que la parte esencial de la leyenda, el nombre de la persona, queda en parte o totalmente cubierta por la cera del sello (*Recueil des actes de Pepin I^{er} et de Pepin II, rois d'Aquitaine*). La misma teoría la aplica ahora a la fórmula *bene valiat* concluyendo que no es un saludo del rey al destinatario (hay casos de no coincidencia de personas gramaticales por ejemplo, y observa que queda asimismo recubierto de cera: luego no estaba destinada al beneficiario del acta), sino que es simplemente una orden transmitida desde la oficina de redacción a la del sello. Con este motivo, León Levillain resume lo publicado sobre la lectura de la fórmula en cuestión (*bene valiat* y no *bene valete*), y añade curiosos argumentos en pro de la lectura de Erben y M. von Ottenthal.

Estudia a continuación la diversidad de sellos usados en diplomas de un mismo rey, que se explica por la existencia de varios refrendatarios, cada uno con su sello («C'est par la remise de l'anneau que le referendaire est revêtu de sa fonction, comme c'est par la remise de la lance et l'épée que le roi était investi de la dignité royale», dice a propósito de determinado texto de la vida de San Bond), y el empleo de la fórmula *per anolum N* en el diploma de Childeberto III y en los dos de Chilperico II, en el último de los cuales propone una nueva lectura de la fórmula: en lugar de *ambasciatoris abbatis, ambasciante abbate*, y en el nombre de persona, no *per anolo Ramosier*, que introduce un

nombre nuevo en el documento y en el idioma, sino *Ra[ganfridi] m[ajo-redomus]*.—A.

MAILFERT (Yvonne): *Fondation del monastère bénédictin de Saint-Nicolas d'Angers*, en *Bibl. de l'Ecole des Chartes*, tomo XCII (1931), págs. 43-61.

Estudio del cartulario de San Nicolás de Angers y de la «indicción del monasterio», elemento cronológico curioso empleado en algunos de sus documentos, y que, teniendo su punto de arranque en la consagración de la iglesia, comprende periodos quindecenales como la romana.

MILLARES CARLO (Agustín): *Contribución al «Corpus» de códices visigóticos*. Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Madrid. Vol. I. Madrid. Tipografía de Archivos, Olózaga, 1, 1931, 281 págs. + 47 láminas.

Una de las tareas más interesantes que en relación con el estudio de nuestra escritura nacional cabe hacer actualmente es el inventario de códices y fragmentos de códices visigóticos, preliminar indispensable para su repartición por escuelas caligráficas. El Sr. Millares Carlo ha aumentado la bibliografía sobre este punto con un libro de la calidad a que nos tiene acostumbrados. Agrúpanse en él diversos trabajos.

Analiza el autor algunos ejemplos, poco conocidos, de reproducciones hechas por Palomares de códices visigóticos escurialenses y toledanos contenidas en la colección del P. Burriel, que para en nuestra Biblioteca Nacional.

De la comparación del contenido

del *Emilianense* 47, con las noticias debidas a Burriel acerca del *Toletanus* 33, 2, hoy perdido, y, sobre todo, del cotejo de algún fragmento de las reproducciones del código toledano, ejecutadas por Palomares e incluídas en la transcripción íntegra mandada hacer por Burriel, con alguna página del *Emilianense* 47, deduce el Sr. Millares la independencia de ambos manuscritos, en contra de lo supuesto por Ferotin.

Incluye también en su libro el erudito paleógrafo un agudo y minucioso análisis de los dos manuscritos de la Biblioteca Nacional 494 y 822, llegando a resultados positivos respecto a la reconstrucción de ambos.

En las págs. 99-130 vuelve el autor sobre el *Codex Hispalensis de la Biblia*, hoy en la Biblioteca Nacional, *Toletanus* 2, 1, objeto de la preocupación de buen número de estudiosos nacionales y extranjeros. Su trabajo adiciona y mejora la parte gráfica del publicado con anterioridad (*R. F. E.* 1925) sobre el mismo asunto. Sometiendo a revisión la tesis de Loewe —quien en sus *Studia Palaeographica* asigna el código al primero de los períodos de la escritura visigótica (siglos VIII y IX), aunque posteriormente ha reconocido (*Revue Bénédictine* XXXV^e année, núm. 4) que hay en él partes más modernas—, y completando el minucioso análisis que del código en cuestión hizo el P. Fernández Zapico (*Razón y Fe*, XXXIX), llega a las conclusiones siguientes: Las particularidades del *Toletanus* inducen a suponerlo escrito en la primera mitad del siglo X, a instancias de Servando, obispo de Ecija o de Baza, según resulta de la suscripción. No parece aceptable la opinión de Loewe de que existan partes del siglo IX, ya que hay más ejemplos dentro de la prime-

ra mitad de la décima centuria en que coexisten copistas que escribieron con diversos sistemas, y en que no se hace distinción entre *ti consonante* y *ti vocal*. En su ejecución intervinieron, por lo menos, cinco amanuenses. El *compte perfectum* de la suscripción debe interpretarse en el sentido de que fué completado de orden del obispo Juan, antes de regalarlo a la iglesia de Santa María de Sevilla. Tales adiciones serían, según supuso atinadamente el padre F. Zapico, los prefacios y argumentos de San Isidoro a los profetas menores, añadidos algo antes del 988, y por mandato del mencionado obispo.

Finalmente, reúne y cataloga el Sr. Millares un código completo, el B. N. 6.126, y varios fragmentos de códigos no registrados en los catálogos especiales, alguno tan interesante como el que contiene una carta, inédita hasta ahora, dirigida por Alcuino a Beato de Liébana, en que aquél refuta la herejía adopcionista defendida por Elipando (págs. 206-222.)

Buen número de facsimiles transcritos irreprochablemente, a más del índice de manuscritos citados, avaloran el libro, cuyas excelencias hacen esperar con verdadera impaciencia la aparición de la segunda edición de la *Paleografía española*, donde D. Agustín Millares, investigador tan agudo como incansable, insertará el catálogo rectificado y completo de los manuscritos en letra visigótica.—A. G. I.

MILLARES CARLO (Agustín) y ARTILES RODRÍGUEZ (Jenaro): *Libros de acuerdos del Concejo Madrileño, 1464-1600*. Tomo I: 1464-1485. Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1932. XV + 504 pági-

nas, más una hoja y dos láminas, en folio.

Desde hace varios años se venía preparando esta edición, tan necesaria como documentación para la historia de Madrid en el siglo xv, hasta donde no habían podido llegar los especialistas, que no han rebasado el siglo xvi hacia atrás, cuando lo han alcanzado, más que por otras causas, por falta de material utilizable. Con el *Libro de acuerdos*, complemento necesario de la colección de *Documentos*, y ambos del *Fuero de Madrid*, reseñados en otros lugares de esta misma sección (1), este vacío se llena y pueden los historiadores de Madrid avanzar en sus investigaciones más allá de la época del traslado de la corte, y estudiar a Madrid en lo exclusivamente suyo, su vida local reflejada en las actas del Concejo. El propósito de los editores es el de llevar la publicación, en volúmenes sucesivos, hasta el año 1600, y hay para ello una razón: la de que toda persona aficionada a los estudios históricos puede leer por sí los tomos de actas del siglo xvii; pero no todos tienen la práctica paleográfica necesaria para descifrar la letra cortesana, y menos las de las actas municipales, trazada rápidamente y plagada de abreviaturas y localismos paleográficos.

Este primer volumen está completado con una serie de índices alfabéticos minuciosos: de lugares, de personas y de materias, además del sistemático general. — A.

MOLLAT (G.): *Les Papes d'Avignon*

(1) También habrá que tener en cuenta los documentos referentes a judíos, publicados en esta REVISTA, y el índice y extracto del «Libro Horadado del Concejo» (como anejo), obra del primero de los firmantes del libro de ahora.

(1305-1378). Sexta edición. París. Librairie Lecofre, 1930.

Reseña y resumen por el profesor D. Carmelo Viñas Mey, en *Anales de la Universidad de Madrid*, tomo I, núm. 1 (5.932), págs. 116-117.

MUNK (S): *Mélanges de philosophie juive et arabe*. París, 1899.

OTS CAPDEQUÍ (José María): *Los portugueses y el concepto jurídico de extranjería en los territorios hispano-americanos durante el período colonial*. Madrid. Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Congreso de Lisboa. Tomo I: Discursos inaugurales, primera parte, páginas 95-107, en 4.º

Estudio de la situación jurídica de las personas en América durante los primeros tiempos de la época colonial.

PARRY (John I.): *A Bibliography of critical Arthurian Literature for the years 1922-1929*. New York. Modern Language Association, 1931, 59 págs.

Tiene por objeto, inicialmente, completar la bibliografía de James Douglas Bruci, *The evolution of Arthurian romance*, y se anuncia que se continuará mediante fascículos sucesivos.

PAZ [y ESPESO] (Julián): *Catálogo de la colección de documentos inéditos para la Historia de España*. Madrid, 1930-1931, dos volúmenes en 4.º; XVII-728 y 870 páginas. (Instituto de Valencia de Don Juan, con la cooperación de la *Hisp. Soc. of America*, New York.)

Índice detallado de cada uno de los 112 tomos de la colección a que se refiere, y que ocupa todo el volu-

men primero y 773 páginas del segundo. Desde la página 775 al final, 870, las ocupan una serie de prolijos y nutridos índices alfabéticos (de personas, topográfico y de materias), uno de las series de documentos publicados en la colección, distribuido en dos secciones, por reinados (cronológico) y por asuntos (alfabético), y un índice final de procedencias. Los envíos, en todos estos índices, como en el general de la colección, son a los tomos y páginas de ésta.

PAZ [Y ESPESO] (Julián): *Catálogo de los documentos españoles existentes en el Archivo del Ministerio de Negocios Extranjeros de París*. Madrid, 1932, XXII-400 páginas + una hoja. (Instituto de Valencia de Don Juan, con la cooperación de la *Hispanic Soc. of America*, New York.)

La colección de documentos españoles del Archivo de Negocios Extranjeros de París está constituida en su mayor parte por los documentos comprados, copiados o sustraídos (que de todo hubo) por el famoso D. Melchor Tirán cuando, entre los años 1841 y 1844, recorrió España rebuscando antigüedades que interesaran a la historia de Francia. El catálogo de P. y E. se refiere sólo a documentos originales, y preferentemente a los que pertenecieron a la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid o al Archivo de Simancas. Son todos documentos del siglo xv (muy pocos, y principalmente copias) y siguientes. Lleva el tomo tres índices alfabéticos: de personas, topográfico y de materias, además del general. Los envíos en los tres primeros son a los números de los artículos, no a las páginas del volu-

men. Conviene tenerlo en cuenta, porque el autor no lo advierte. A.

PRIETO (Antonio): *Numismática granadina*. Madrid, en *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo C (1932), págs. 305-311, con dos hojas de grabados de tres y dos reproducciones, respectivamente.

REDONET (Luis): *Ordenanzas de la Comunidad y tierra de Segovia en 1514*. Madrid, en *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo C (1932), págs. 279-297.

Es un estudio del texto contenido en un manuscrito que fué de Bonilla y San Martín. No coincide en la numeración, aunque sí en el cuerpo de los capítulos, con el otro manuscrito de las mismas ordenanzas que se guarda en el Archivo municipal de Segovia. Acompaña un buen facsímil de un folio. El Sr. Redonet dice que de letra cortesana, aunque no le corresponde exactamente este nombre, puesto que son bien claras, a juzgar por la reproducción, las influencias de la bastarda, tan patentes en los escritos de carácter no real de este siglo xvi, en el fondo de los cuales (como no podía ser menos) se nota la supervivencia de la cursiva del anterior.—A.

REGNÉ (Jean): *Repertoire alphabétique des anciens inventaires manuscrits conservés aux archives de l'Ardèche*. Annonay. Imprimerie Decombe, 1932, 30 págs.

RODRÍGUEZ MARÍN (Francisco): *Una reparación bibliográfica. El licenciado Méndez Nieto y sus discursos medicinales*. Madrid, en *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo C (1932), páginas 255-271.

Estudio sobre la importancia de

los *Discursos* de Juan Méndez Nieto, compuestos entre 1606 y 1609, y las fracasadas gestiones de Jiménez de la Espada para publicarlos, mediante el apoyo de la Academia, después de haberlos transcrito y dispuesto para la imprenta. (Véase el tomo I del *Boletín*, 1877, pág. 151). En un interesante *post scriptum* el erudito académico inserta algunas noticias bibliográficas y biográficas, siendo de éstas la más interesante la de que no era, como se había creído, salmantino ni extremeño: fué portugués, de Miranda de Duero, «particularidad de la cual no hay referencia, ni aun leve indicación, en toda la obra».—A.

R[ODRÍGUEZ] RODRÍGUEZ MOÑINO (Antonio): *Una visita de archivos en el siglo XVIII. (Ascensio de Morales en Plasencia, 1753)*. Badajoz. Centro de Estudios Extremeños, 1931, 39 págs., en 16.º

Es una especie de continuación del folleto del mismo autor y parecido asunto *Ascensio de Morales, cronista de Badajoz*, publicado el año anterior. Se refiere a la estancia en Plasencia de A. de Morales durante la visita de archivos que le encomendó Felipe V en 1743.

R[ODRÍGUEZ] y RODRÍGUEZ MOÑINO (Antonio): *Bibliografía hispano-oriental*. Apuntes para un catálogo de los documentos referentes a Indias Orientales (China, Japón, Cochinchina, etc.), que se conservan en las colecciones de la Academia de la Historia. Madrid. Tipografía de Archivos, 1931. Una hoja + 59 páginas + una hoja, 4.º

El Sr. Rodríguez Moñino, ventajosamente conocido ya por algunos interesantes estudios bibliográficos,

como los titulados *La imprenta en Jerez de la Frontera durante los siglos XVI y XVII (1564-1699)*, Badajoz, 1928, y *La biblioteca de Benito Arias Montano; noticias y documentos para su reconstitución (1548-1598)*, Badajoz, 1929, ha publicado a fines del pasado año el erudito folleto cuyo título encabeza estas líneas. Trátase de una preciosa contribución a la historia de nuestras misiones en China y Japón, historia que, hablando en términos generales, está por escribir en sus aspectos más interesantes, cuales son el literario, el jurídico y el que atañe a la vida interna y costumbres de los pueblos evangelizados y al esfuerzo civilizador de los religiosos españoles. La bibliografía de lenguas indígenas, como las del conde de la Viñaza y la más reciente de J. T. Medina acerca de la lengua tupí o guaraní, los trabajos de Alegambe, Rivadeneyra, Sotroel y otros muchos, han puesto de relieve, especialmente en lo que a América respecta, la ingente tarea realizada por los misioneros católicos, que, no contentos con llevar a cabo el aprendizaje de lenguas difíciles, publicaban gramáticas, vocabularios, sermones, catecismos y antologías en caracteres europeos.

Deseoso el Sr. Rodríguez Moñino de aportar materiales destinados al esclarecimiento del espíritu que hubo de informar las relaciones de China y Japón con España durante los siglos XVI, XVII y XVIII (1575 a 1772), ha recorrido las principales colecciones de la Academia de la Historia que podían interesar a su objeto, y ha catalogado y descrito, con todo rigor bibliográfico y paleográfico, 153 documentos manuscritos e impresos. Proceden éstos en su mayoría de los 234 volúmenes de la llamada *Colección de jesuitas*;

otros han sido encontrados en las series reunidas por Abella, Muñoz, Velázquez, etc., de la misma biblioteca académica. Un índice de personas hubiese facilitado el manejo de este interesante folleto.—A. M. C.

SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS (Marqués de): *Pleito teresianista luminoso y memorable*. (Ávila, 1544-1551). Madrid, en *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo C (1932), págs. 125-150.

Merece se incluya en esta bibliografía por referirse a un episodio biográfico de Santa Teresa, y por tratarse de la publicación de datos contenidos en un códice del siglo XVI, encontrado en el convento de la Encarnación de Alba de Tormes (donde murió y se conserva el cuerpo de la Santa), por el P. Lamano, códice que contiene el pleito cuyas actuaciones jurídicas se siguieron en Ávila, por el escribano del mismo Hernando Manzanas, desde 4 de enero de 1544 a 2 de octubre de 1548, pleito que se refiere a la herencia del padre de la Santa.

SAYOUS (André): *La vie commerciale à Barcelona pendant le XIII^e siècle, d'après des documents inédits des archives de sa cathédrale*. Communication en *Académie de Inscriptions et Belles-Lettres. Comptes rendus de séances de l'année 1932. Bulletin de Janvier*. Mars., págs. 18-24.

Resumen de estudios hechos en el archivo mencionado, utilizando documentos comprendidos entre los años 1215 y 1266, y, sobre todo, los referentes a contratos de sociedades y los de mando. Anuncia el autor un estudio más amplio, acompañado de una serie de documentos inéditos, que aparecerán en *Etudis Universitaris Catalans*.

SCHIAPARELLI (Luigi): *Note diplomatiche sulle carte longobarda. I Notai nell'età longobarda*. Firenze, en *Archivio Storico Italiano*. Serie VII, vol XVII (1932), página 3.

«¿Qué carácter tuvo el notario longobardo?, ¿qué puesto ocupaba?, ¿depende del romano o tiene relación con el franco-carolingio?» Estas preguntas se hace el autor al comienzo de su trabajo, y responde a ellas en el transcurso del artículo. Estudia sucesivamente las diversas denominaciones que aparecen en los documentos longobardos; después de establecer la distinción entre el valor de la palabra *notario* frente a las de *scriptor* y *tabellio*, palabra esta última que, designando un funcionario de una verdadera organización oficial (lo que no ocurre con la de *notarius*), no aparece jamás en documentos longobardos en la edad longobarda, mientras es frecuente en documentos de romano-ravenenses. Las denominaciones encontradas y estudiadas por Schiaparelli son las siguientes: *N. civitatis*, *N. Ecclesiae*, *N. Ducis*, *N. Curtis*, *Regis* (dudosa), *N. Sacri Palatii*, *regie potestatis* o *Regis* y *Notarius*, simplemente.—A.

SIMONET: *Historia de los mozárabes de España*. Madrid, 1903.

TENIER (Georges): *Les chartes du monastère de Devre et la valeur historique des cartulaire de Vierzoon*, en *Bibliothèque de l'Ecole de Chartes*, tomo XCII (1931), páginas 23-42.

Estudio de las contradicciones y anomalías en el formulario de este cartulario, compilado en la segunda mitad del siglo X.

THÉRY (P. G.): *Scot Erigène, traduc-*

teur de Denys. Archiuum Latinitatis Medii Aevi, 1931, fasc. 2.º, páginas 185-280.

Tras el estudio de Hilduino, primer traductor de Dionisio en la Edad Media, el Sr. Théry, benemérito de los estudios sobre el Areopagitismo, emprende el análisis de la versión de Escoto Erígena. Mientras la traducción de Hilduino, llevada a cabo por inexpertos, no ejerce influencia alguna en la literatura latina occidental, la traducción del *Corpus Dionysiacum* ejecutada por Escoto es la única utilizada durante tres siglos, y los traductores posteriores del *Corpus*, Juan Sarracino, Tomás Gallo y Roberto Grosseteste, más que verter nuevamente, lo que hacen es revisarla, adaptarla a la mentalidad occidental, ya que, muy cercana al original, posee un marcado carácter oriental. Es Erígena el auténtico introductor de la doctrina dionisiaca en Occidente, y su texto latino se utilizará durante toda la Edad Media. De ahí la importancia que el estudio de su terminología tiene para el conocimiento de la lengua filosófica y teológica occidental, que surge en el siglo ix con la introducción de estas nuevas doctrinas.

¿Qué fecha cabe asignar a esta traducción? Hasta hace poco era unánimemente aceptada la creencia de Traube, quien la supone anterior al 860 (*Mon. Germ. Hist. Poët. lat.*, t. III, p. 521), fundándose en unas citas de Dionisio, incluidas en el *De prædestinatione* (años 859-860) de Hincmaro de Reims. Mas sabemos hoy que Hincmaro conoció a Dionisio a través de Hilduino, y no de Dionisio. P. G. Théry, en el capítulo I de su monografía, donde traza un ligero bosquejo de la fisonomía intelectual de Erígena, menciona dos puntos de partida: la epis-

tola *Inter cetera*, que Anastasio el Bibliotecario envió a Carlos el Calvo acerca de la versión de Escoto en 875, fecha en que ya estaba largo tiempo concluida, y la anterior enviada por Nicolás I, papa de 858 a 867, igualmente al monarca franco, doliéndose de que no hubiera sido sometida a la aprobación de la Iglesia Romana. No es posible precisar más con la documentación actual.

La parte fundamental del trabajo es el capítulo IV, donde se trazan las características y la valoración filológica de la versión de Erígena. Resumamos sus conclusiones.

La traducción es oscura. Tal reproche se lo han hecho a Escoto todos los comentaristas de la Edad Media. Mas hay que considerar los materiales y condiciones en que acomete Escoto su esfuerzo. El único manuscrito utilizado, el actual número 437, correspondiente al fondo griego de la Biblioteca Nacional de París, también manejado por Hilduino y sus colaboradores, puesto que estuvo depositado en la abadía de Saint-Denis, escrito en unciales, sin separación de palabras y con pocos acentos, presentaba no pocas dificultades para un helenista del siglo ix; sin resolverlas todas Erígena se mostró más hábil que Hilduino. La consulta a glosarios no pudo serle eficaz, ya que los existentes en el siglo ix, y actualmente conocidos, compuestos al margen de la *literatura dionisiaca*, son pobres en términos filosóficos y en términos compuestos, numerosos en Dionisio. Mientras los traductores posteriores del *Corpus Dionysiacum* encuentran gran ayuda en su versión, Escoto únicamente dispuso de la llevada a cabo por Hilduino, llena de errores. Por otra parte, la doctrina del pseudo Areopagita, de

difícil comprensión aún hoy, lo era mucho más para hombres que carecían de tradición teológica. Ante estas dificultades, Escoto se apega al texto griego, limitándose a traducir su vocabulario; pero ignorante de la naturaleza diversa del griego y latín, se le escapa elemento tan vital como es la sintaxis.

Entrando en detalles de tipo sintáctico, el autor nota que, entre los casos, la versión del genitivo es la que le plantea más dificultades: esclarecer si se encuentra ante un genitivo propio o un genitivo que hay que traducir por un ablativo latino, es para Erígena un problema lingüístico, no siempre correctamente resuelto. Dificultades al verter las preposiciones, sobre todo *πρός*, *ἀνά*, *κατά*. Confusiones en la elección del caso régimen del verbo: *ταύτης ἐμνήσθημεν* vertido por *huius commemoravimus*, donde lo correcto sería un acusativo.

Idéntico apego servil se nota en el vocabulario. La abundancia de términos griegos entorpecen la frase y prestan oscuridad al pensamiento. Tales helenismos retrasaron la asimilación de la doctrina dionisiaca en la Edad Media y fueron una de las más frecuentes acusaciones contra esta traducción. La causa se debe al gusto del tiempo y a la vanidad literaria más que a ignorancia, puesto que, a las veces, tropezamos con la verdadera versión latina; así *σύναξις* vertido por *synaxis* y *communio*, *θεουργία*, por *theurgia* y *divina operatio*, etc. Es notable el esfuerzo de Escoto en buscar sinónimos, a fin de matizar su versión: *κοινωνία* vertido por *communitatio*, *communio*, *societas*; *σκοπέω* por *interpretatio*, *speculatio*, *visio*. La traducción de las palabras compuestas, tan frecuentes en el *Corpus*, constituía una de las mayores com-

plicaciones; mientras Juan Sarracino y Roberto Grosseteste acuden a la formación de neologismos, Escoto adopta un término medio entre el neologismo y la paráfrasis que constituye el procedimiento mejor para verter con precisión los compuestos griegos; lo frecuente es verter por dos términos, ya yuxtapuestos, ya unidos por conjunción: *manifestationis hominem* *χωριστάνειας, optime ac large ἀλλοδοτος*.

La terminología metafísica y psicológica ofrece vacilaciones y lagunas, careciendo de la precisión que después encontraremos en los traductores y comentaristas de los siglos XII y XIII. El autor comprueba, acudiendo a la comparación con las versiones posteriores, la falta de términos filosóficos ignorados para el pseudo Areopagita y posteriormente recogidos. Así desconoce el término *aevum* usado por Sarracino para traducir *αἰών*, que traduce por *eternum*; mientras Sarracino traduce *ὑπόστασις* por *persona*, Erígena por *substantia*, que no recoge el pensamiento dionisiaco; *νοητόν* en Erígena *invisible*, los posteriores, con más justeza, *inteligible* o *incomprendible*. A pesar de todo sorprende la gran cantidad de expresiones técnicas necesarias para expresar en latín doctrinas abstrusas y nuevas.

Acaba el estudio ofreciendo a modo de resumen algunos ejemplos de la terminología de Erígena comparada con la de Hilduino, a fin de manifestar el progreso técnico de su lenguaje.

El magnífico trabajo de P. G. Thérý constituye una interesante aportación al conocimiento de la lengua filosófica y teológica del siglo IX, y sus resultados son aprovechables para el futuro y monumental diccionario latino de la alta Edad Media, cuya colaboración española se redu-

ce por ahora a la región catalana; esperamos que una contribución más amplia no se hará esperar mucho.—A. G. I.

VALLS TABERNER (Ferrán): *Notes sobre el «Consolat de mar». Treball publicat a la «Revista de Catalunya» del mes de Setembre del 1929.* Barcelona [Tip. Occitania.], s. a. 16 págs. en 4.º

Estudio bibliográfico e histórico del famoso libro de costumbres marítimas de Barcelona.

VAN MOË (Émile A.): *Suppliques originales adressées à Jean XXII, Clément VI et Innocent VI*, en *Bibl. de l'École des Chartres*, tomo XCII (1931), págs. 253-276.

Serie de varias súplicas del siglo xiv encontradas en la encuadernación del manuscrito latino 4.121 de la Biblioteca Nacional de París, y estudiadas aquí y editadas en facsimil. Con este motivo encontrará el lector un buen resumen de las prácticas cancellerescas de Avignon: manera de fechar, firmas, formulario, etc. Una observación curiosa: hasta hoy se tenía por cierto que las súplicas se escribieron todas en papel; tres de las estudiadas por Van Moë están escritas en pergamino.—A.

VEGA INCLÁN (Marqués de la): *La descendencia del Sr. D. Juan.* (Del libro en preparación: *Don Juan de Austria y su tiempo.*) Madrid, en *Boletín de la Academia de la Historia*, tomo C (1932), páginas 273-278.

Es, como se anuncia, un capítulo del libro en preparación del marqués. Esta circunstancia y el poco interés del capítulo que adelanta nos eximen de mayor comentario.

Publica, tomándolo del Archivo de Simancas, Sección de Estado, legajo 180, un documento curioso sobre «reconozimiento de D. Juan, hijo que dizen ser de su alteza Don Juan de Austria».

VOSSLER (K), SPITZER (L) y HATZFELD (H): *Introducción a la estilística romana.* Traducción y notas de Amado Alonso y Raimundo Lida. Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Filología, 1932, 253 páginas en 8.º

Es reunión en un solo volumen, por los traductores y anotadores, de tres diversos estudios: *Über grammatische und psychologische Sprachforme*, de K. Vossler, publicado primeramente en *Logos*, t. VIII, y más tarde en *Gesammelte Aufsätze zur Sprachphilosophie*, Munich, Hueber, 1923, págs. 105-151; *Zur sprachlichen Interpretation von Wortkunstwerken*, de Spitzer, aparecido en *Nue Jahrbücher für Wissenschaft und Jugendbildung*, 1930 (págs. 632-651), y más tarde en las páginas 4-31 de la obra del mismo autor, *Romanische Stil- und Literaturstudien*, tomo I (Marburgo, 1929); y *Romanistische Stilforschung*, de H. Hatzfeld, aparecido en *Germanisch-Romanische Monatsschrift*, 1929, páginas 50-67.

WALBERG (M. E.): *Principien und Methoden für die Herausgabe alter Texte nach verschiedenen Handschriften*, en *Zeitschrift für romanische Philologie*, volumen LI (1931), fascículo 6.

Consejos prácticos utilísimos, frutos de una larga experiencia en la materia, para la adición de textos antiguos conservados por varios manuscritos.

ARCHIVO DE VILLA

La Sección Histórica del Archivo, dirigida por el Archivero de Villa, tiene en publicación una serie de textos interesantes para el estudio de la vida y organización medieval del Concejo:

LIBRO DE ACUERDOS DEL CONCEJO DE MADRID, 1464-1485.—Edición de Agustín Millares Carlo y Jenaro Artiles. — Madrid, 1932.

FUERO DE MADRID.—Edición facsímil hecha por Agustín Millares Carlo y estudio de Galo Sánchez.—Madrid, 1932.

DOCUMENTOS DEL ARCHIVO GENERAL DE VILLA, segunda serie, tomo I.—Edición de Agustín Millares Carlo y Eulogio Varela Hervías.—Madrid, 1932.

CUADERNOS DEL ARCHIVO DE VILLA

Se inicia, con estos cuadernos, una sección nueva, dentro de nuestras publicaciones generales, que aspira a recoger, en forma monográfica, trabajos que se refieren a temas de historia local y, también, aquellos estudios históricos, diplomáticos y paleográficos que tienen íntima relación con nuestra labor científica.

Cuaderno I.—NOTICIAS SOBRE EL TRASLADO DE LA CORTE A MADRID POR FELIPE II.—Agustín Millares y Eulogio Varela.

Cuaderno II.—DOCUMENTOS Y NOTICIAS REFERENTES A LA IGLESIA DE SAN SALVADOR—Jenaro Artiles.

Cuaderno III.—RAZÓN DE CORTE, por Lope de Deza.—Edición y notas por María Pilar Lamarque.

Cuaderno IV.—LA ESCUELA DE GRAMÁTICA, 1346-1629.—Agustín Millares y Eulogio Varela.

Cuaderno V.—ANALES DE MADRID, 1598-1661, según un manuscrito del Archivo de Villa.—Edición de Agustín Millares y Eulogio Varela.

ARTES GRÁFICAS MUNICIPALES

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es